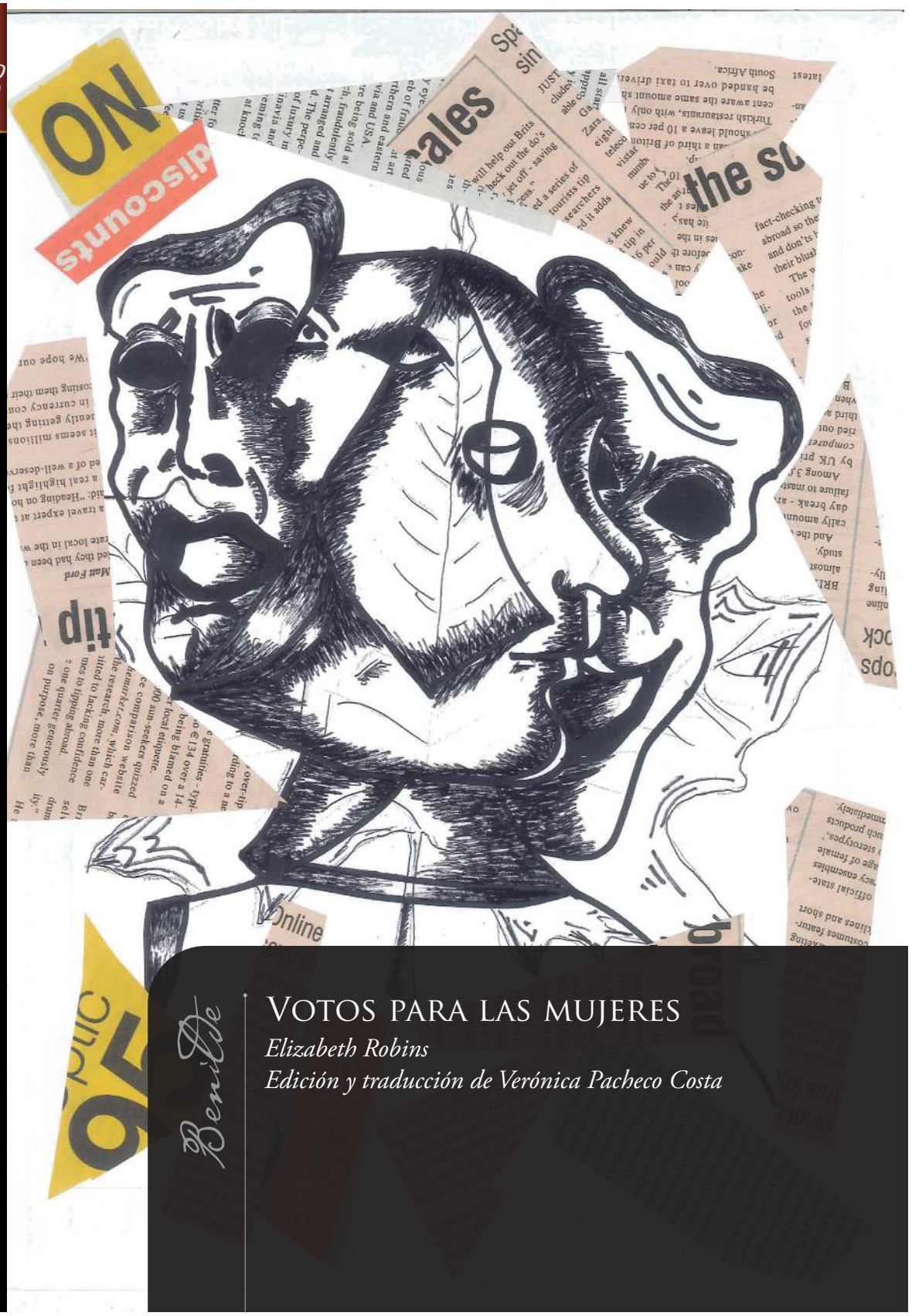
Dra. Verónica Pacheco Costa, profesora en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla e Investigadora en el grupo de Investigación HUM 753, "Escritoras y Escrituras", ha colaborado en diversos proyectos de investigación dentro de su campo de investigación: el estudio de textos literarios escritos por mujeres en los siglos diecinueve y veinte. Especialmente en los últimos años sus principales estudios y publicaciones se centran en el teatro escrito por mujeres en inglés y su traducción al español. Es autora de numerosos artículos, capítulos de libros y traducciones de textos literarios.

Con ocasión del 100 aniversario del derecho al voto para las mujeres en el Reino Unido, esta traducción inédita al español de la obra de Elizabeth Robins, Votes for Women (1907) nos ofrece una oportunidad única para transportarnos a comienzos del siglo veinte y vivir a través del teatro la titánica lucha que, durante años, mantuvieron las sufragistas británicas para conseguir sus derechos como ciudadanas.

VOTOS PARA LAS MUJERES



Biblioteca Benilde

VOTOS PARA LAS MUJERES

Elizabeth Robins

Edición y traducción de Verónica Pacheco Costa

VOTOS PARA LAS MUJERES

VOTOS PARA LAS MUJERES
Elizabeth Robins
Traducción de Verónica Pacheco Costa

BENILDE EDICIONES
2018
http://www.benilde.org
Sevilla-España

DISEÑO
Bane

IMAGEN DE PORTADA
Alejandro Osuna Pacheco

ISBN 978-84-16390-75-5

Volumen 11. Colección Benilde Teatro.
Directora: Milagro Martín Clavijo (Universidad de Salamanca, España).

Comité científico internacional: Antonella Capra, Universidad de Toulouse (Francia); Javier Carou, Universidad de Santiago De Compostela (España); Luciana d'Arcangeli , Universidad de Flinders (Australia); Antonio Catalfamo, Universidad de Messina (Italia); Alessandra De Martino Cappuccio, Universidad de Warwick (Reino Unido); Loreta de Stasio, Universidad del País Vasco (España); Juana Escabias, dramaturga/UNED (España); Ilona Fried, Universidad de Budapest (Hungría); Eva María Moreno Lago, Universidad de Sevilla (España); Florinda Nardi, Universidad de Roma "Tor Vergata" (Italia); Andrés Pociña, Universidad de Granada (España); Pasquale Sabbatino, Universidad de Nápoles "Federico II" (Italia); Marina Rosenzvaig, Universidad de Tucumán (Argentina).

Esta traducción tiene fines exclusivamente docentes. Se han hecho todos los esfuerzos posibles para contactar con quienes tienen los derechos de autor de la obra pero ha sido imposible localizarlos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

VOTOS PARA LAS MUJERES

VERÓNICA PACHECO COSTA

Nota: esta publicación ha sido posible gracias a la estancia de investigación (julio-agosto 2017) realizada por Verónica Pacheco Costa en la Universidad de Brown (EEUU) financiada por la ayuda del "Programa Atlanticus PDI de estancias docentes y de investigación en universidades y centros de investigación de Estados Unidos y Canadá", de la Universidad Pablo de Olavide, de Sevilla.

En la conquista de los derechos de las mujeres en el Reino Unido la publicación en 1792 de la obra de Mary Wollstonecraft, *La vindicación de los derechos de las mujeres,* fue el primer momento en el que, por escrito, se unieron las ideas acerca de los derechos de la mujer en general y el concepto de ciudadanía, esta última contagiada por la influencia francesa y norteamericana del momento, que se extendía, en el último caso, a la libertad y la abolición de la esclavitud. Con posterioridad a esta publicación, algunos pasos importantes en el Reino Unido fueron las campañas lideradas por Mary Smith (1832), las publicaciones de Anne Knight (1847) y Hariett Taylor Mill (1851), y los grupos de mujeres casadas creados por Barbara Leigh Smith (1856). En 1851, Harriett Taylor Mill difundió la idea del derecho de las mujeres al voto y la plena ciudadanía para todas ellas en su ensayo "Sufragio de las mujeres", en el que reivindica el derecho a las mujeres a votar; también colaboró con su esposo John Stuart Mill en la obra *El sometimiento de la mujer* en el que denuncian la esclavitud doméstica que sufrían las mujeres. En la misma época Barbara Leigh, Elizabeth Barret, Elizabeth Gaskell y otras mujeres ya habían constituido un movimiento organizado que reivindicaba la necesidad de derogar las leyes que impedían a las mujeres disponer de sus propios bienes y propiedades.

En los Estados Unidos, el movimiento sufragista estuvo ligado al movimiento abolicionista de la esclavitud y tuvo sus orígenes en el Reino Unido ya que las dos mujeres precursoras de la lucha por los derechos de las mujeres en los Estados Unidos, Lucretia Mott y Elizabeth Cady Stanton, se conocieron por primera vez en Londres en la Convención Anti-esclavitud en junio de 1840. Como apunta Patricia Greenwood (2000), en ese momento todavía no había organizaciones sufragistas ni en el Reino Unido ni en los Estados Unidos. El sufragio para los hombres también difería considerablemente de un país a otro puesto que en el Reino Unido solamente podían votar los hombres de clase media, mientras que en los Estados Unidos podían votar todos los hombres blancos y esta diferencia hizo que los movimientos sufragistas de uno y otro lado del océano fueran también diferentes. Lo que sí es innegable es que la relación de las

sufragistas británicas y americanas era fluida no solamente por carta sino que realizaron múltiples visitas las unas a las otras y que en sus respectivos periódicos y publicaciones sufragistas se citaban e informaban de los aconteceres al otro lado del océano; de hecho la palabra que usaban para referirse entre ellas eran la de "hermanas". Como ejemplo de esta cercanía podemos citar la frase que la editora de la revista británica sufragista *The Englishwoman's Review* escribió en 1878: "La conexión entre Inglaterra y América es tan cercana que un logro para una es un logro para la otra"; además en la revista americana *Woman's Journal*, una de las secciones habituales de la misma era la llamada "*Our letter from London*" (Nuestra carta desde Londres) en la que se detallaban los progresos y acciones llevadas a cabo por las sufragistas británicas.

Otro de los ejemplos de la estrecha relación entre ambos movimientos sufragistas nos lo ofrece la sufragista norteamericana Elizabeth Cady Stanton, que residió durante dos años en el Reino Unido, y en 1884 escribió desde Londres una carta a su compatriota y amiga Susan B. Anthony y que esta última leyó en la convención anual de la asociación sufragista norteamericana *National Woman Suffrage Association*:

> Nuestros periódicos americanos en el pasado tenían por costumbre hacernos ver cómo el movimiento sufragista en Inglaterra se organizaba de mejor manera que el nuestro, pero después de un año aquí y de haber asistido a muchas de las reuniones sufragistas, estoy satisfecha de la dignidad de nuestras convenciones, la apariencia de nuestras mujeres, la elocuencia de nuestras conferenciantes, y el entusiasmo de nuestras audiencias. Solamente nos aventajan en una cosa y es el gran número de caballeros interesados en el movimiento que siempre participan en sus reuniones.

En el Reino Unido en 1867 se creó la asociación *National Society for Women's Suffrage* (Sociedad Nacional para el sufragio de las mujeres) seguida de la creación de grupos de sufragistas en Bristol y Birmingham en 1868, año en el que tuvo lugar la primera reunión pro-sufragio en el Free Trade Hall en Manchester. Otras organizaciones importantes creadas en 1889 es la *Women's Franchise League* (Liga de la emancipación de la mujer) y la *National Union of Women's Suffrage Society* (Sindicato nacional de la sociedad para el sufragio de la mujer) (1897). No solamente hubo movimientos a favor del voto de la mujer sino propuestas para la legislación del divorcio, acerca de las propiedades de la mujer y sus condiciones laborales. En este aspecto legislativo, en 1850 desde las altas instancias gubernamentales se aclaró que cuando la ley decía "hombre" se incluía a la mujer también. En 1867, John Stuart Mill intentó, sin éxito, que la palabra "hombre" se sustituyera por la palabra "persona".

Las organizaciones sufragistas británicas que se crearon para defender los derechos de las mujeres funcionaban de manera diferente y sus mensajes eran variados. La organización más famosa era la WSPU, *Women's Social and Political Union* (Sindicato social y político de las mujeres) fundada en 1903 por Emmeline Pankhurst en Manchester aunque su lanzamiento oficial se realizó en 1905 cuando pusieron en práctica la desobediencia civil a través de su eslogan: "acciones y no palabras" (*deeds not words*). En 1897se creó otra organización, la NUWSS, *National Union of Women's Suffrage Societies*, (Sindicato nacional de sociedades por el sufragio de las mujeres). Sin embargo la WFL, *Women's Freedom League*, (Liga por la libertad de las mujeres), fundada por Charlotte Despard y como consecuencia de un desacuerdo con la primera, (WSPU) tuvo un papel esencial en la transmisión de las ideas y para ello tenían su propio departamento de propaganda y publicaban un periódico llamado *The Vote*.

Las diferentes situaciones políticas y de organización territorial en los dos países hicieron aconsejable que cada movimiento se organizara de manera independiente. Así, en los Estados Unidos el movimiento sufragista estaba más centralizado si bien la estrategia era conseguir los derechos para la mujer estado

por estado; en el Reino Unido el movimiento estaba compuesto por múltiples asociaciones pero la estrategia se centraba en una mayor militancia activa en la calle para conseguir los derechos desde el gobierno central. Con el paso del tiempo los dos movimientos sufragistas ganaron en respeto por parte de la sociedad y los intercambios y las visitas entre ellas se intensificaron. Prueba de ello es que una de las sufragistas americanas más activa, Anna Howard Shaw, había nacido en Newcastle, y que por ejemplo la sufragista británica Emmeline Pankhurst y especialmente sus hijas, Sylvia y Christabel, admiraran de manera extrema a la sufragista norteamericana Susan B. Anthony. De manera normalizada y rutinaria, mientras las sufragistas americanas visitaban el Reino Unido y participaban de las reuniones y de las manifestaciones, las británicas estaban en los Estados Unidos dando charlas y escribiendo artículos en las revistas pro-sufragio. Sin embargo, había un hecho que las diferenciaba claramente y era que la táctica militante de las sufragistas británicas nunca tuvo éxito entre las americanas ya que consideraban que la apariencia de "*respectable ladylike*" (dama respetable) les resultaba más beneficiosa en la puritana sociedad norteamericana. En cualquier caso, nunca las mujeres de los dos países habían estado tan unidas en tiempo de paz, como comenta Patricia Greenwood (2000).

Elizabeth Robins

Elizabeth Robins es un claro ejemplo de este ir y venir de escritoras y sufragistas de un lado y otro del océano Atlántico. Robins nació en la ciudad norteamericana de Louisville en 1862. Su familia tenía grandes problemas económicos y ella y sus hermanos fueron repartidos al cuidado de familiares. Robins se casó en 1885 con el actor George Richmond Parks y empezó a tener mucho éxito como actriz.

Como indica una de sus biógrafas, Angela V. John (2007), Robins reunía todos los retos de su clase social y de su género siendo la primera mujer de su familia en ganarse la vida, viuda desde joven pero sin casarse de nuevo y sin tener hijos, y sin dejar de viajar de un lado al otro del océano hasta su fallecimiento

a los noventa y dos años. Su abuela, Jane Hussey Robins, era una mujer adelantada a su tiempo, y según reconoció Robins en sus diarios, tuvo una gran influencia en su vida, teniendo en cuenta que su madre estaba enferma muy a menudo. De hecho le aconsejó que no se casara con el actor Parks en una carta que le escribió a Robins: "Tal como lo veo, querida niña, él, actor, no querrá que su esposa sea actriz. Su temperamento celoso no lo soportará". La carta continúa con un mensaje feminista que no parece que provenga del siglo diecinueve: "Lo esencial es la libertad de pensamiento, de acción, debes trabajar para ti, a tu manera. En casa él es el Gran Mogul, después de casaros será el Gran Turco, y a su sultana nadie le podrá poner la vista encima, su libertad se verá reducida. Puedes estar segura de esto". De hecho, una de las teorías acerca del suicidio de su marido es que él no pudo soportar la fama que tenía ella y lo poco valorado que estaba él dentro del mundo del teatro. Al año siguiente del fallecimiento de su marido, Robins se fue a vivir a Londres en busca de una nueva vida y allí pronto se convirtió en la actriz principal de todas las obras de las obras escritas por el dramaturgo noruego Henrik Ibsen. Robins, que siendo niña escribía textos literarios y nunca dejó de escribir sus diarios, se dio cuenta de que también tenía talento para la dramaturgia y empezó a escribir obras de teatro que publicó bajo el pseudónimo de C. E. Raimond.

Hay que tener en cuenta que la vida de las actrices de aquella época era muy dura puesto que se las consideraba mujeres "públicas", en el mismo nivel que las prostitutas, y generalmente eran asediadas por los productores de las obras, y por algunos espectadores que se creían con derecho a poseerlas y además eran remuneradas con salarios mucho más bajos que los de los actores. La familia de Robins siempre se opuso a que fuera actriz pero el mundo del teatro le atraía tanto que no pudieron luchar contra ese don, que más tarde dejaría para dedicarse a la escritura.

Una vez que se asentó en Londres, Elizabeth Robins tuvo un papel muy importante en la propaganda de la lucha sufragista siendo integrante de la asociaciones sufragistas ya mencionadas, además de ser la presidenta de la asociación británica

de escritoras sufragistas, *Women's Writer's Suffrage League*, y la vicepresidenta de la asociación de actrices sufragistas, *Actressess' Franchise League*. En 1907 publicó su libro *The Convert* que más tarde convirtió en obra de teatro al servicio del movimiento sufragista bajo el título *Votes for Women*. En la década de 1920 Robins era colaboradora habitual de la revista feminista, *Time and Tide* en la que el 16 de noviembre de 1922 publicó un editorial con seis puntos que consideraba de extrema importancia en la lucha por los derechos de las mujeres: necesidad de proteger a los niños de la violencia, necesidad de legislar en favor de las madres viudas, necesidad de legislar en favor de las madres no casadas y sus hijos, igualdad en la tutela, igualdad en los salarios de profesoras y profesores, igualdad de salario y oportunidades para hombres y mujeres en la administración pública. Robins participó activamente en la campaña a favor de permitir la entrada de las mujeres en el Parlamento aunque no tuvo demasiado éxito y no fue hasta el año 1958 cuando se permitió la participación de las mujeres en el parlamento. Durante su vida se codeó con los más famosos escritores de la época como Oscar Wilde y Henry James y tuvo amistad con Virginia and Leonard Woolf, y de hecho este último le publicó algunas de sus obras. Leonard Woolf la describiría más adelante como una mujer con un encanto personal inexplicable e indefinido

Su obra de teatro *Votes for Women* (1907) y su novela *The Convert* (1907) son textos claves para entender el proceso de propaganda sufragista a través de la literatura. En el Reino Unido Robins pretendía crear lo que llamó "El teatro del futuro" pero pronto se dio cuenta de que la sociedad victoriana era contraria a otorgar a las mujeres un papel destacado en la creación y gestión de obras de teatro. Como cuenta Kerry Powell (2006), Robins comprendió muy pronto que solamente las mujeres que gestionaban sus propias compañías de teatro podían ofrecen obras de teatro escritas por mujeres y que trataran temas que fueran interesantes a las mujeres. Esta fue la oportunidad para muchas dramaturgas de dar a conocer sus obras sin necesidad de esconder su nombre de mujer y sin tener que claudicar ante las exigencias del patriarcado teatral de la época.

Obras de teatro: propaganda sufragista

Como indica Aston (2000), el estilo y el contenido del teatro sufragista estaban determinados por la ocasión política, y de esta manera parece evidente que el mensaje debía ser claro, accesible, políticamente instructivo y a la vez la obra debía servir de entretenimiento. En general las obras eran monólogos o diálogos y sin demasiadas complicaciones en cuanto al escenario y el vestuario. Esta característica de inmediatez unida al propósito político desarrolló un estilo de realismo cómico semejante al "agitprop" o agitación política. Sin embargo, como argumenta Morgan (1994), estas obras escritas por mujeres dentro de la querella de las mujeres y del movimiento sufragista hay que estudiarlas sin olvidar que sus contemporáneos dramaturgos se aventuraban con el llamado grupo llamado "*Angry Young Men*" y que juntos, unas y otras obras, son reflejo de la sociedad británica de la época, muy diferente a la sociedad continental europea.

Como añade Morgan (1994), mientras el siglo veinte avanzaba, en los teatros europeos podíamos encontrar autores como Brecht, Artaud, Genet, Sastre, Lorca, Pirandello y Gorka entre otros, cuyas obras presentaban estructuras fragmentadas, y potenciaban la imaginación del público con unos escenarios y puestas en escena atrevidas y experimentales. En el Reino Unido, por el contrario las obras en general se escribían para un público que pertenecía a la clase media y que además representaban a la clase media. Los escenarios repetían una y otra vez el mismo esquema: salón, cortinas clásicas y sofá de una casa de clase media. Es por ello que quizá las obras de las sufragistas no nos parezcan excesivamente subversivas en la forma, es decir, en el decorado, ni en las maneras de hablar de los personajes ni tampoco en el vestuario. Si comparamos la literatura modernista con la sufragista, que convivieron en el tiempo y en el espacio, veremos grandes diferencias, como por ejemplo entre el estilo literario de Virginia Woolf y el de Elizabeth Robins. Todas las obras sufragistas tenían en común una gran dosis de naturalismo y de realismo necesario para atraer a la gente, lo que colocaba a estas obras en el centro de la producción y del mercado, a la vez

que incluían discursos políticos de manera disimulada bajo la apariencia de un escenario "normal" de una familia tradicional. El texto teatral se convertía así en un texto subversivo de reivindicación política semejante a la tribuna del orador político en el parlamento.

En el caso de la obra de Robins, *Votes for Women*, que en un comienzo se tituló *A Friend of Woman*, Joanne Gates (1994) relata las circunstancias en las que fue escrita y lo cercana y estrecha que era la relación entre la militancia y las obras de teatro sufragistas. En agosto de 1906, Robins siente la necesidad de reflejar en una obra toda la actividad militante sufragista y para ello acude a las reuniones al aire libre organizadas por la WPSU, y se entrevista con las sufragistas Emmeline y Christabel Pankhurst que le fueron suministrando ideas. En enero de 1907 sus amigos los escritores Bernard Shaw como Henry James le sugirieron algunos cambios en la obra que Robins recibió con mucho aprecio y agrado aunque le apremiaba estrenar la obra cuanto antes ya que el tema del sufragio podría quedarse anticuado si pasaba mucho tiempo después de la gran manifestación que la asociación sufragista WSPU tenía planeada para febrero de 1907. Después del estreno de la obra el 9 de abril de 1907 en el teatro Royal Court, dirigida por Harley Granville Barker, el periódico *The Times* indicó que "si bien había rumores de que podría haber algún desorden público a raíz de la obra, de hecho el público se comportó muy cívicamente y aplaudió con entusiasmo".

Votes for Women. A Play in Three Acts

El primer acto de esta obra, cuyo título hemos traducido como "Votos para las mujeres", se desarrolla en una casa de campo de clase alta mientras los diferentes personajes van entrando y saliendo del jardín al salón. El escenario es muy conservador ya que refleja la estancia convencional en la que no hay nada moderno ni diferente que pueda provocar rechazo del público, es más, el decorado del escenario crea unas expectativas conservadoras que contrastan con los temas que tratan los personajes. Una vez comenzada la obra y después de un rato de conversa-

ción banal da entrada en el escenario el personaje de Vida Levering, a la que las acotaciones de la obra describen como atractiva, bien vestida y con porte elegante. Levering destaca en la conversación por salir en defensa de las mujeres, primero de las que no tienen hogar y viven en las calles en situaciones de absoluta pobreza y más adelante defiende a las sufragistas y afirma que gracias a salir en los periódicos de todo el mundo los hombres han dejado de reírse de ellas y anima a la joven Jean Dunbarton a unirse a las sufragistas esa tarde en Trafalgar Square a las tres de la tarde. Ante este alarde sufragista, el señor Greatorex, miembro del parlamento comenta que le disgusta mucho que las mujeres hablen en público en lo que está de acuerdo la Sra. Heriot, que añade ninguna mujer debería decir la palabra sufragio sin sentir vergüenza a lo que Greatorex añade que en realidad las sufragistas solamente son unas pocas criadas descontentas y viudas que hablan de política. El honorable Richard Farnborough añade que todas las sufragistas deberían ir a la cárcel a lo que Greatorex afirma tajante que el peor error fue dejar que las mujeres aprendieran a leer y escribir. En mitad de este primer acto, Geoffrey Stonor candidato a las elecciones, hace su entrada de manera triunfal y muy vistosa, lo que provoca que el centro de atención se focalice en sus acciones. Así, el final de este primer acto provoca cierto suspense al estilo Oscar Wilde, como bien comenta Sheila Stowell (1992) ya que Stonor recoge del suelo un pañuelo que ha perdido Levering y reconoce las iniciales grabadas en él, cuando se suponía que no se conocían personalmente y por tanto desconocía el nombre de pila de la señorita Levering: Vida. Ante este desliz, su prometida, Jean, se queda muy sorprendida.

El segundo acto se desarrolla en Trafalgar Square y comienza con una conversación entre sufragistas y hombres que está mirando la manifestación e increpando a las mujeres. Una de ellas responde a un hombre:

> Las mujeres no estamos satisfechas. Queremos lo mejor para nuestros hijos, para todos y todas, Cada niño y niña es nuestro. Sabemos en nuestros cora-

> zones que no descansaremos hasta que los hayamos criado a todos y a todas. ¿Por qué las mujeres tienen un salario más bajo que los hombres por el mismo trabajo? Es por eso por lo que estamos aquí. De verdad piensas que nos gusta ganar menos? No. Somos iguales que tú.

De entre la multitud, la sufragista Ernestine Blunt, retrato de la verdadera Emmeline Pankhurst, comienza a hablar al público defendiendo su deseo de disfrutar de los mismos derechos que los hombres ya que las mujeres contribuyen de igual manera a la economía del país. Jean, en medio de la manifestación y de las proclamas siente que participa de ellas. La propaganda no se centra solamente en el sufragio sino en otros muchos temas que afectan a las mujeres: salarios injustos, trato desigual y sistema judicial pensado para defender a los hombres mientras castiga duramente a las mujeres:

> Les digo a las mujeres que están aquí, para concluir, que no es suficiente con que sintamos pena por nuestras desafortunadas hermanas. Debemos conseguir condiciones de una vida más justa. Las mujeres tenemos que organizarnos. Debemos aprender a trabajar juntas. Todas hemos trabajado mucho y de manera exclusiva para los hombres, y no sabemos cómo trabajar para nosotras. Pero debemos aprender.

Vida Levering toma la palabra y se dirige a la multitud hablando del caso de una joven que habiendo sido seducida por su jefe, se queda embarazada y abandona al bebé en la puerta del padre del mismo. Levering comenta que solamente una mujer puede sentir lo que otra siente al tener un hijo y que sin embargo en este caso la chica ha sido detenida por un hombre policía, juzgada por un hombre juez y conducida a la cárcel por un hombre. Stonor que también está escuchando a Levering cambia el rictus

e insiste a Jean que deben irse. En este momento Jean empieza a darse cuenta y a relacionar las diferentes pistas del Acto primero y a vislumbrar cual es la relación entre su prometido Geoffrey Stonor y Vida Levering.

El tercer acto es lo que Stowell (1992) califica como drama de desarrollo psicológico semejante a una obra de Ibsen y, como no podía ser de otra manera, se desarrolla en el salón, en este caso es una casa de Eaton Square. Jean y su prometido Geoffrey tienen una conversación acalorada de la que ella deduce que Vida Levering había tenido una relación previa con él quedándose embarazada aunque finalmente abortaría. Jean intenta que Geoffrey le aclare qué pasó con su relación y las causas de su ruptura. En este tercer acto hay muchos menos personajes que en los anteriores y en el mismo escenario se suceden las entradas y las salidas. Así pues, partiendo de esta conversación Jean/Stonor los personajes entran y salen para que Jean y Levering hablen antes de que Stonor regrese y se quede a solas con Levering. Vida Levering quiere que Stonor cambie la visión que tiene de las mujeres y que las trate mejor de lo que la trató a ella; también le recrimina lo mal que se portó con ella al abandonarla cuando estaba embarazada de su hijo y le cuenta que a ella no le quedó otra salida que abortar. Es por ello por lo que ahora ella quiere apartar a Jean de su lado y convencerla de que la lucha por los derechos de la mujer empieza por una misma en su propio entorno:

> Dices que quiero castigarte porque, como todos los hombres, no os tomáis la molestia de entender qué queremos nosotras, ni de conocer nuestra determinación para conseguir lo que nos proponemos. Tú no puedes matar este nuevo espíritu de las mujeres. Y no puedes cometer mayor error que creer que ese espíritu se encuentra solamente en aquello excepcional o infeliz. Es tan extraño, Geoffrey, ver a un hombre como tú incrédulo como todos los holgazanes de Hyde Park que le preguntan a Ernestine

> Blunt, quién ha herido sus sentimientos? Geoffrey, ¿Por qué no te das cuenta que todo esto es algo que va más allá de la experiencia persona. (…) Tendrás otros hijos, para mí solamente hubo uno. Bien, bien, ya que los hombres han fracasado en su intento de hacer un mundo decente para los niños que viven en él, y también para las que no tenemos hijos. Sí, somos las únicas que no tenemos excusa para quedarnos alejadas de la lucha.

La obra termina con el total convencimiento de Stonor confirmando su apoyo a las reivindicaciones de las mujeres. Como argumenta Gates (1994), Vida Levering acepta este apoyo a la causa sufragista como un sustituto de las deudas emocionales que Geoffrey no puede pagar. De esta manera, al combinar la historia personal con el mensaje político Robins puede explorar las diferentes conexiones dramáticas. El tercer acto es una exploración de la naturaleza de las relaciones entre hombres y mujeres y entre el pasado y el presente. La obra termina como acaba la obra de Ibsen, *Una casa de muñecas*, con la salida del personaje femenino, aunque en la obra de Robins, a diferencia de la de Ibsen, la protagonista Vida Levering sí sabe a dónde se dirige: a seguir luchando por los derechos de las mujeres.

Referencias bibliográficas

Aston, Elaine. (2000). *The Cambridge Companion to Modern British Women Playwrights*. Cambridge: CUP.

Cockin, Katharine (2007). *Women's Suffrage Literature*. Londres: Routledge.

Gates, Joanne E. (1994). *Elizabeth Robins 1862-1952. Actress, Novelist, Feminist.* Tucaloosa: University of Alabama Press.

Greenwood Harrison, Patricia (2000). *Connecting Links*. Westport: Greenwood Press.

John, Angela V. (2007). *Elizabeth Robins, Staging a Life*. Gloucestershire: Tempus Publishing Limited.

Morgan, Fidelis *(1994). The Years Between. Plays by Women on the London Stage.* Londres: Virago Press.

Powell, Kerry (2006). *Women and Victorian Theatre*. Cambridge: CUP

Robins, Elizabeth. Ed. Susan Croft (2009). *Votes for Women and Other Plays*. London: Aurora Metro Press.

Stowell, Sheila (1992). *A Stage of their Own. Feminist Playwrights of the Suffrage Era.* Ann Arbor: University Michigan Press.

VOTOS PARA LAS MUJERES

Elizabeth Robins
Traducción[1] de Verónica Pacheco Costa

PERSONAJES

Lord John Wynnstay
Lady John Wynnstay, su esposa
Sra. Heriot, hermana de Lady John
Srta. Jean Dubarton, sobrina de Lady John y de la Sra. Heriot
Honorable Geoffrey Stonor, Miembro del Parlamento, Partido Unionista, novio de Jean Dunbarton
Sr. St. John Greatorex, Miembro del Parlamento, partido Liberal.
Honorable Richard Farnborough
Sr. Freddy Tunbridge
Sra. Freddy Tunbridge
Sr. Allen Trent
Srta. Ernestine Blunt, sufragista
Una trabajadora
Srta. Vida Levering
Grupo de personas
Sirvientes de las dos casas

Acto 1: Casa de los Wynnstay en Hertfordshire
Acto 2: Plaza Trafalgar Square en Londres
Acto 3: Plaza Eaton Square en Londres

La acción de toda la obra se desarrolla un domingo entre las doce del mediodía y las 6 de la tarde.

1 Esta traducción tiene fines exclusivamente docentes. Se han hecho todos los esfuerzos posibles para contactar con quienes tienen los derechos de autor de la obra pero ha sido imposible localizarlos.

ACTO UNO

Primera escena

Salón de Wynnsta y House. Doce del mediodía, un domingo de finales de junio. Se levanta el telón y entra el mayordomo. Mientras camina majestuosamente para abrir la puerta, entra rauda Lady John Wynnstay, que viene del jardín, por una de las ventanas francesas; llega sonrojada, y abanicándose con un sombrero de jardín. Es una mujer de cincuenta y cuatro años, de mejillas sonrosadas, que se nota que ha sido guapa y ahora tiende a estar rellenita.

LADY JOHN. ¿Ha bajado ya la señorita Levering?

BUTLER. (*Sin prisa*) No la he visto señora.

LADY JOHN. (*Casi de inmediato en cuanto Butler se gira*) No querría despertarla si está descansando. (*Para ella misma en voz alta*) Ciertamente lo necesita.

BUTLER. Sí, señora.

LADY JOHN. (*Sentada en el escritorio, dando la espalda a la puerta*) Pero quiero que se le informe en cuanto baje de los nuevos planes han llegado con el correo de la mañana.

BUTLER. (*Se para cerca de la puerta*) Planes, se…

LADY JOHN. Ella lo entenderá. Allí están, (*mirando el reloj*). Es importante que ella los tenga a tiempo para echarles un vistazo antes de irse. (*Butler abre la puerta*) ¿Es la señorita Levering?

BUTLER. No, señora. El Sr. Farnborough.

Sale Butler.

Entra el Honorable R. Farnborough. Tiene veintiséis años, pelirrojo, buen color de piel, engreído.

FARNBOROUGH. Me temo que llego escandalosamente temprano. No he tardado tanto como me dijo Lord John.

LADY JOHN. *(Dándole la mano*) Me temo que mi marido no es una autoridad en conducción, y además todavía no ha vuelto de la iglesia.

FARNBOROUGH. Es una gran suerte encontrarla a usted. Pensaba que la señorita Levering era la única persona bajo este techo a la que se le permitía tomarse el domingo como un verdadero día de descanso.

LADY JOHN. Si usted ha venido a ver a la señorita Levering…

FARNBOROUGH. ¿Está aquí? Le doy mi palabra de que no tenía ni idea.

LADY JOHN. (*No muy convencida)* ¿Oh?

FARNBOROUGH. ¿Viene cada fin de semana?

LADY JOHN. Cada vez que podemos. Aunque solamente la conocemos desde hace un par de meses.

FARNBOROUGH. Y yo solamente la conozco desde hace tres semanas. Lady John, he venido a perdirle ayuda.

LADY JOHN. (*Rápidamente*) ¿Con la señorita Levering? ¡No puedo ayudarle!

FARNBOROUGH. No, no, no es buena idea. Ella solamente sonríe.

LADY JOHN. (*Aliviada*) ¡Ah!, le mira con cariño.

FARNBOROUGH. (*Enfadándose*) ¡Qué sandez! ¿Qué cree usted que me ella me dijo el otro día en Londres?

LADY JOHN. ¿Que es cuatro años mayor que usted?

FARNBOROUGH. Oh, ya lo sabía. No. Me dijo que ella es todas las cosas agradables que yo he estado diciendo, pero que solamente hay una manera de saberlo, y esa manera es casarse con alguien lo suficientemente joven como para ser su hijo. Ella se había dado cuenta de que es eso lo que hacen las mujeres más atractivas, e incluso nombró a algunas.

LADY JOHN. (*Riendo*) ¡Usted es demasiado mayor!

FARNBOROUGH. (*Mueve la cabeza*) Su futuro marido, dijo, estará entrando ahora en el colegio de Eton.

LADY JOHN. ¡Justo como ella!

FARNBOROUGH. (*Cambiando de tema*) No. Yo quería verla para hablar acerca de la Secretaría.

LADY JOHN. No la consiguió, ¿no?

FARNBOROUGH. No. Es la pena de mi vida.

LADY JOHN. Bueno, si no consigue una, conseguirá otra.

FARNBOROUGH. Pero solamente hay una.

LADY JOHN. ¿Solamente una vacante?

FARNBOROUGH. Solamente hay un hombre por el que daría todo para trabajar con él.

LADY JOHN. (*Sonriendo*) Ya me acuerdo.

FARNBOROUGH. (*Rápidamente*) ¿Siempre hablo de Stonor? Bueno, es una costumbre.

LADY JOHN. No recuerdo si conoce a Stonor en persona o si (*sonriendo*) usted está deslumbrado en la lejanía.

FARNBOROUGH. Oh, yo le conozco. El problema es que él no me conoce a mí. Si solamente se diera cuenta de que no puede estar seguro de ganar estas elecciones si no tiene mis valiosos servicios.

LADY JOHN. La reelección de Geoffrey Stonor es siempre una conclusión inevitable.

FARNBOROUGH. El hecho de que el gran hombre comparta esa opinión es precisamente su punto débil. (*Sonríe*) El único.

LADY JOHN. Usted cree que porque los Liberales barrieron el país la última vez…

FARNBOROUGH. Como podemos estar seguros de que ningún diputado Conservador está a salvo después de eso (*Lady John sonríe y mira sus papeles*). Perdóneme, ya sé que usted no está interesada en la política por la política. Pero esto es algo que le preocupa a Geoffrey Stonor.

LADY JOHN. Y usted puede contar con que yo estoy interesada en él como el resto de mujeres.

FARNBOROUGH. (*Se inclina hacia delante*) Lady John, ¿ha oído las noticias?

LADY JOHN. ¿Qué noticias?

FARNBOROUGH. Que su sobrina pequeña, la heredera escocesa, va a convertirse en la señora de Geoffrey Stonor.

LADY JOHN. ¿Quién le ha dicho eso?

FARNBOROUGH. Por favor no cuestione mis fuentes.

LADY JOHN. (*Visiblemente molesta*) Ha decidido sobre su corazón manteniendo el secreto a su familia, antes de que se desaten las felicitaciones.

FARNBOROUGH. Oh, así es. Yo siempre me entero de todo antes que los demás.

LADY JOHN. Bien, debo pedirle que sea muy bueno y sea prudente. No querría que mi sobrina pensase que yo…

FARNBOROUGH. Oh, por supuesto que no.

LADY JOHN. Estará aquí en una hora.

FARNBOROUGH. (*Se levanta entusiasmado*) ¿Qué? ¿Hoy? ¡La futura señora Stonor!

LADY JOHN. (*Agobiada)* Sí, desafortunadamente ya habíamos invitado a una o dos personas a pasar el fin de semana…

FARNBOROUGH. ¡Y voy yo y me invito al almuerzo! Lady John puede sobornarme, Le prometo que iré en cinco minutos si usted…

LADY JOHN. No, el castigo es que se quedará aquí y tendrá entretenidos a los demás entre la iglesia y el almuerzo, y así me dejan tranquila (*pensando*). Y recuerde…

FARNBOROUGH. ¡En boca cerrada no entran moscas! Yo solamente se lo mencioné a usted porque, desde que nos hemos instalado en esta parte del mundo usted ha sido muy amable, y yo pensé, esperaba que usted, intercedería por mí.

LADY JOHN. ¿Con…?

FARNBOROUGH. Con su futuro sobrino. Aunque no soy el satélite servil que la gente finge, no dude que…

LADY JOHN. Oh, no lo pongo en duda. Pero usted bien sabe que el Sr. Stonor inspira un entusiasmo similar en mucha gente joven…

FARNBOROUGH. No han estudiado la situación como lo he hecho yo. No saben lo que hay en juego. No van a ese agujero de Dutfield como yo hice para escuchar su discurso del viernes.

LADY JOHN. Ah, pero usted tendrá su recompensa. Jean, mi sobrina, me escribió para decirme que estuvo "glorioso".

FARNBOROUGH. (*Muy serio*) Bueno, usted sabe, yo salí decepcionado. Es demasiado prudente para criticar, para hacer un mordaz comentario de los hombres que están luchando por

el poder, de manera muy inadecuada, por supuesto. Hay un poder oculto (*se levanta y mira al público imaginario*), algunos de los amigos de Stonor deben denunciarlo, hay un poder manejado de la política más pobre que lleva a que la crítica más brillante parezca estéril.

LADY JOHN. *(Con cierta malicia y bromista*) ¿Quién se lo dicho?

FARNBOROUGH. Usted piensa que no es nada porque yo se lo estoy diciendo. Pero ahora entrará en la familia, Lord John o alguien debería decírselo, que Stonor debe tomarse más en serio su papel.

LADY JOHN. No veo yo a Lord John instruyendo al Sr. Stonor.

FARNBOROUGH. Créame, ¡ese es precisamente el peligro de Stonor! Nadie dice nada, todo el mundo esperando que finalmente adopte una línea clara, algo fuerte y original que vaya a encender la imaginación del público y traer a los Tories de vuelta al poder.

LADY JOHN. Lo hará.

FARNBOROUGH. (*Encendido*) No si sus reuniones son decepcionantes, se aproxima con calma y deja el terreno para los Liberales.

LADY JOHN. ¿Cuándo ha hecho algo así?

FARNBOROUGH. Ayer *(atormentado*). Y ahora que tiene otras preocupaciones…

LADY JOHN. Se refiere a…

FARNBOROUGH. Sí, su sobrina, esa hija de la Fortuna echada a perder. ¡Por supuesto! (*Se para de repente*). Lo mantuvo alejado del mitin de anoche. ¡¡Bien!! (*Se sienta*) Si esta es la consecuencia que va a tener entonces el tema es muy serio.

LADY JOHN. (*Sonriendo*) ¡Aquí está usted!

FARNBOROUGH. Le puedo asegurar que el jefe de campaña es más que eso. Él se siente frustrado.

LADY JOHN. (*Más seria y acercándose*) ¿Cómo lo sabe?

FARNBOROUGH. Me lo dijo ayer, me las ingenié para reunirme con su jefe de campaña para ver si.. si…

LADY JOHN. ¡Vaya, no solamente aquí manipula para conseguir la Secretaría!

FARNBOROUGH. (*Confidencial*) Uno nunca sabe cuándo llegará su oportunidad. El jefe de campaña me prometió que me tendría informado.

Se abre la puerta y Jean Dunbarton entra rápida.

JEAN. Tía Ellen, aquí yo…

LADY JOHN. (*Asombrada*) ¡Querida niña! (*Se abrazan*)

Entra Lord John que viene del jardín, un tipo bondadoso de pelo cano y sesenta y dos años.

LORD JOHN. Pensé que eras tú la que corría por la avenida.

Jean saluda cariñosa a su tío.

LADY JOHN. ¿Cómo es que has llegado tan pronto?

JEAN. Sabía que te daría una sorpresa, ¿a qué lo he hecho bien? Pero no todo el mérito es mío.

LADY JOHN. Pero si no hay ningún tren entre…

JEAN. Espera que te lo cuente.

LADY JOHN. ¿Has estado caminando bajo este sol de justicia?

JEAN. No, no.

LADY JOHN. Debes estar agotada. ¿Por qué no avisaste? Mandé el coche a recogerte a una y diez. ¿Dijiste la una y diez, no? Sí. Estoy segura que lo dijiste, aquí está tu carta.

LORD JOHN. (*Se ha dado las manos con Farnborough y hablan mientras se escuchan las voces al fondo*) Ahora se tirarán diez minutos hablando de que ha llegado una hora antes de lo esperado.

Lord John lleva a Farnborough hacia el jardín.

FARNBOROUGH. Los Freddy Tunbridges dijeron que vendrían esta semana a su casa.

LORD JOHN. Sí, están perdiendo el tiempo por el parque con los parroquianos.

FARNBOROUGH. ¡Oh! (*mirando a Jean*). Iré y les saludaré.

Farnborough sale.

LORD JOHN. (*Se da la vuelta*) Ese joven discreto será alguien en la vida.

LADY JOHN. (*A Jean*) Pero ¿cómo has llegado?

JEAN. (*Emocionada*) Me ha traído en coche.

LADY JOHN, ¿Geoffrey Stonor? (*Jean asiente*). ¿Por qué? ¿Dónde está?

JEAN. Me dejó al final de la avenida y se fue a ver a un simpatizante para hablar acerca de algo.

LORD JOHN. Y permites que se vaya así sin…

LADY JOHN. (*Tomando las dos manos de Jean*) Dime, querida niña ¿va todo bien?

JEAN. ¿Mi compromiso? (*Radiante*). Sí, absolutamente.

LADY JOHN, Geoffrey Stonor no es… ¿un poco mayor para ti?

JEAN. (*Riendo*) Dios mío, ¿soy tan bebé?

LADY JOHN. Antes veinticuatro años no se consideraba joven, pero hoy en día sí.

JEAN. Sí, no crecemos tan deprisa, (*divertida*). Pero por otro lado permanecemos de pie más tiempo.

LORD JOHN. Querida, tienes lo que vulgarmente se llama "buena pinta" y eso será lo que te mantenga de pie.

JEAN. (*Sonriendo*) Sé lo que está pensando el tío John. Pero no soy la única chica a la que han dejado lo que vulgarmente se llama "dinero".

LORD JOHN. Eres la única de nuestro círculo cercano que ha heredado una cantidad considerable.

JEAN. Ah, pero recordad que Geoffrey, todo el mundo lo sabe, podía haberse casado con quien hubiera querido en Inglaterra.

LADY JOHN. (*Irónica*) Me temo que todo el mundo lo sabe, incluído el señor Stonor.

LORD JOHN. Bien ¿Muy mimado está el gran hombre?

JEAN. Ni lo más mínimo. ¡Ya lo comprobarás! Quiere conocer a mis seres más queridos *(otro abrazo).* Una huérfana tiene tan pocas posesiones que tiene que aprovecharlas al máximo.

LORD JOHN. (*Sonriendo*) Esperemos que nos dé su aprobación cuando nos conozca mejor.

JEAN. (*Firme*) Por supuesto, es un cielo. Además se lleva muy bien con mi abuelo.

LADY JOHN. ¿En serio? *(Irónica*) Quizá el señor Stonor se cree un poquito… superior a los Disidentes.

JEAN. (*Tenaz*) ¡Ni la mitad que el tío John y todos vosotros! Mi abuelo está malo otra vez, y ya sabes, es un enfermo difícil, ¡Dios le bendiga! (*radiante*) Pero Geoffrey… (*estrecha sus manos*).

LADY JOHN. ¡Debe tener poderes de persuasión! ¡Para traerte en ese viejo tanque horroroso y en domingo!

JEAN. (*Susurrando*) ¡El abuelo no lo sabe!

LADY JOHN. ¿No?

JEAN. Yo en realidad quería venir en tren. Geoffrey me recogió de camino a la estación, Hemos tenido un viaje maravilloso ¡Oh tía Ellen! ¡Somos tan felices! (*Abrazándola*) Estoy deseando tenerte para mi sola todo el día y contarte todo…

LORD JOHN. (*Se da la vuelta con disgusto*)Ah, pues muy bien.

JEAN. (*Le coge cariñosa del brazo*) ¡Para ti sería insufriblemente aburrido escucharme hablar de Geoffrey todo el santo día!

LADY JOHN. Bueno, hasta el almuerzo, querido, si no te importa que yo... (*A Lord John mientras se acerca al escritorio*) La señorita Levering no estaba cansada anoche, estaba enferma.

LORD JOHN. Ya pensaba yo que la veía muy pálida.

JEAN. ¿Quién es la señorita…? ¿No me digas que hay más gente en la casa?

LADY JOHN. Una o dos personas. Tu tío es el culpable de invitar a ese viejo cínico de St. John Greatorex y yo…

JEAN. (*Muy seria*) El señor Greatorex… es un radical, ¿no?

LORD JOHN. (*Riendo*) ¡Jean! ¿Ya empiezas a pensar como un partido político?

LADY JOHN. Es de lo más normal ahora que ella…

JEAN. Solamente quería decir que me parece raro que esté aquí. Naturalmente en casa de mi abuelo…

LORD JOHN. Está bien querida. Por supuesto es de esperar que a partir de ahora empieces a pensar como Geoffrey Stonor, a sentir como Geoffrey Stonor y a hablar como Geoffrey Stonor. Y bien pronto.

JEAN. (*Sonriendo*) Bien, si pienso con mi marido y siento con él, como por supuesto haré, me sorprenderá si alguna vez me veo hablando a un grupo (*sigue a su tío hasta la ventana*) Deberíais haberle escuchado en Dutfield. (*Se para, emocionada*) ¡Oh! Los Freddy Tunbridges. ¿Qué? ¡No tía Lydia! ¡Oh! (*Mira con reproche a su tía Lady John que hace un gesto discreto de "no lo he podido evitar"*)

Entran los Tunbridges, El señor Freddy: ninguna profesión e ingresos independientes, bien acicalado, de aspecto agradable, de pocas palabras. Un hombre agradable al que le gustan las mujeres agradables y se ha casado con una de ellas. La señora Freddy tiene 30 años, atractiva figura, cara delicada, ojos grises inteligentes, boca sensual, y cabello rizado de color oscuro.

SRA. FREDDY. ¡Qué maravillosa sorpresa!

JEAN. (*Da la mano con cariño)* Estoy tan contenta. ¿Cómo está señor Freddy?

Entra la hermana de Lady John, la señora Heriot, inteligente, pretenciosa, en sus cincuenta años, seguida de Farnborough.

SRA. HERIOT. ¡Mi querida Jean! ¡Mi querida niña!

JEAN. ¿Cómo estás tía?

SRA. HERIOT. (*En voz baja*) No me ha sorprendido. Yo siempre lo he dicho…

JEAN. ¡Chitón! Por favor.

FARNBOROUGH. No nos hemos visto desde que llevabas falditas cortas. Soy Dick Farnborough.

JEAN. Oh, ya recuerdo. (*Se dan la mano*)

SRA. FREDDY. (*Mirando alrededor*) ¿No ha bajado todavía, la escurridiza?

JEAN. ¿Quién es la escurridiza?

SRA. FREDDY. La nueva amiga de Lady John.

LORD JOHN. (*A Jean*) Oh, olvidé que no habías conocido a la señorita Levering. ¡Una criatura encantadora! (*A la señora Freddy*) ¿No crees?

SRA. FREDDY. Por supuesto. Tienes suerte de que venga a tu casa tan a menudo. No va a casa de otra gente.

LADY JOHN. Sabe que aquí puede descansar.

SRA. FREDDY. *(Que se ha unido a Lady John cerca del escritorio*) ¿Qué es lo que le cansa tanto?

LADY JOHN. Nos está ayudando a mi hermana y a mí con un tema de los nuestros.

SRA. HERIOT. Desde luego sabe cómo sacarles el dinero a los hombres.

LADY JOHN. Podría sonar menos ambiguo, Lydia, si tuvieras en cuenta que el dinero es para construir unos baños en el Hogar de Acogida de Mujeres.

SRA. FREDDY. ¿Mujeres acogidas?

LADY JOHN. Sí, en la parte más insalubre del Soho.

SRA. FREDDY. Oh, ah, en serio.

FARNBOROUGH. ¡No le pega mucho a la señorita Levering!

LADY JOHN. Querido, como todos los hombres no tienes ni la más remota idea de lo que les interesa a las mujeres.

SR. FREDDY. (*Riendo*) ¡Cierto!

LORD JOHN. (*Indulgente, se dirige al Sr, Freddy y a Farnborough*) La filantropía en una mujer como Levering es una forma de inquietud. Pero ella es una criatura adorable. Todo lo que necesita es encontrar que un tipo adorable se case con ella.

SRA. FREDDY. (*Riendo mientras se agarra al brazo de su marido*) Sí, una mujer necesita un equilibrio, aunque solo sea para que no vuelva a la ciudad en un día con calor como hoy.

LORD JOHN. Quién proponga semejante idea…

SRA. FREDDY. La escurridiza.

LORD JOHN. No, la señorita…

Farnborough sale al jardín.

LADY JOHN. Dice que debe estar en Londres esta tarde.
LORD JOHN. ¿Para qué? En nombre de…
LADY JOHN. Bueno, eso no se lo he preguntado. Pero (*mira su reloj*) creo que subiré y veré si ha cambiado de planes…

Lady John sale.

LORD JOHN. Oh, está claro. ¡Una criatura tan adorable! Todo lo que necesita es…

Llegan voces de fuera. Entra St. John Greatorex hablando y gesticulando, seguido de la señorita Levering y de Farnborough. Greatorex tiene sesenta años, rico, de campo, miembro del Parlamento, liberal. Rechoncho con barba cuadrada. Su calva tiene dos mechones de pelo que cruzan del lado contrario y probablemente pegados. Ojos pequeños, chispeantes y cierta reputación por contar buenas historias después de la cena cuando las señoras se retiran. Lleva un librito para la señorita Levering. Ella (con el parasol apoyado en el hombro, es una mujer atractiva y muy lista, treinta y dos años, con cierto aire de extranjera; la clase de mujer de la que hombres y mujeres se preguntan ¿Cuál es su historia? ¿Por qué no está casada?

GREATOREX. ¡Protesto! ¡Dios mío! ¿A dónde van a llegar las mujeres de este país? Protesto en contra de que la señorita Levering se nos vaya a discutir sobre temas tan repulsivos. ¡Cielo santo! ¿Qué puede saber de eso una mujer como usted?
SRTA. LEVERING. (*Sonriendo*) Poco. Buenos días.
GREATOREX. (*Aliviado*) Eso mismo me imaginaba.
LORD JOHN. (*A un lado*) No lo dirá en serio lo de irse…
GREATOREX. (*Interrumpe divertido*) Estamos tan contentos aquí en la casa de verano, ¿verdad?
SRTA. LEVERING. Esto es ideal.

GREATOREX. ¡Y tener que dejar todo esto para hablar de los sanitarios públicos! (*Se da prisa detrás de la señorita Levering mientras ella avanza para hablar con los Freddys y compañía*)¿Por qué, cielo santo, se da cuenta de que eso son los desagües?

SRTA. LEVERING. Pues me temo que sí. (*Alarga la mano hacia el librito que lleva Greatorex. Greatorex se lo devuelve abierto por una página que ha estado manteniendo señalada con su dedo. Ella lo abre y pone un pañuelo*).

GREATOREX. ¡Y nosotros medio de una conversación sobre literatura italiana! No irá a decirme que no hay tema tan agradable que este para una dama.

SRTA. LEVERING. Excepto para la gente sin hogar que con menos ocasiones para lo agradable, qué mejor que un aseo, ¿no cree?

GREATOREX. No puedo entender este interés mórbido en los vagabundos. Usted es demasiado…déjeselo a los demás.

JEAN. ¿A quién?

GREATOREX. (*Con una sonrisa impertinente*) Oh, a la clase de mujer que huele a caucho. La típica inglesa solterona. (*A la señorita Levering*) Usted sabe lo que quiero decir, Italia está llena. Nunca salen sin una gabardina y un paraguas plegable. Cuando la miras, la tienes pegada al lado y no solamente huele a caucho, ella misma es caucho.

LORD JOHN. (*Riendo*) Esa es mi sobrina la señorita Jean Dunbarton, señorita Levering.

JEAN. *(Se dan la mano*) Encantada.

GREATOREX. (*A Jean*) Estoy seguro de que usted está de acuerdo conmigo.

SRTA. LEVERING. Acerca de que la señorita Levering es demasiado…

GREATOREX. Para esas cosas, sí, demasiado…

SRTA. LEVERING. Es una pena que usted haya agotado todos los adjetivos.

GREATOREX. ¡En absoluto!

SRTA. LEVERING. Bueno, no puede decirme a mi lo que le dijo a la Sra. Freddy: "Es usted demasiado joven y felizmente

casada"…y demasiado…(*Mira y sonríe a la señora Freddy, que, sin darse cuenta, está riendo y hablando con su marido y con la señora Heriot*).

JEAN. ¿Y por qué estaba la señora Freddy demasiado felizmente casada y todo lo demás?

SRTA. LEVERING. *(Jovial*) El señor Greatorex estaba rechazando el horrible rumor de que la señora Freddy hubiera estado hablando en público acerca de los sindicatos de mujeres, ¿No era eso lo que usted dijo, Sra. Heriot?

LORD JOHN. (Riendo entre dientes) Sí, la mezcla no es la habitual en las fiestas de tu tía. Por un lado Greatorex (*cogiéndole por el brazo*) que odia a las mujeres que se meten en política, y por otro lado nuestra encantadora e inofensiva dama (*señalando a la señora Freddy*)

GREATOREX. (*Encogiéndose con cara de miedo*) No querrá decir realmente…

JEAN. (*A la vez se alza graciosa*) ¡Oh, me ha pillado!

LORD JOHN. (*Afectuoso*) Mi querida niña, él no odia a las esposas encantadoras y dulces que ayudan a ganar escaños. (*Jean le hace a su tío un gesto discreto de advertencia*).

SRTA. LEVERING. El señor Greatorex solamente está en contra de las criaturas asexuadass que…ummm…

LORD JOHN. (*Veloz se tapa la boca*) Sí, sí, aquellas que quieren actuar de manera independiente de los hombres.

SRTA. LEVERING. Votas y hacer tonterías así.

LORD JOHN. (*Con entusiasmo*) ¡Exacto!

SRA. HERIOT. Pasará mucho tiempo antes de que escuchemos más tonterías de *esas.*

JEAN. ¿Se refiere al alboroto en el Parlamento?

SRA. HERIOT. Sí, ninguna mujer decente podrá decir "sufragio" sin ponerse colorada, ¡gracias a Dios!

SRTA. LEVERING. (*Sonriendo*) ¿Ah? Entendí que la gente estaba más revolucionada con esto que antes.

GREATOREX. (*Con cierto aire afectado y galante*) No la gente como usted.

SRTA. LEVERING. (*Provocativa*) ¿Cómo lo sabe?

GREATOREX. (De repente) ¡Dios bendito!

LORD JOHN. Solo lo dice para molestarle.

GREATOREX. Ya, claro, no lo dice en serio.

SRTA. LEVERING. He escuchado que cunde la idea de que las sufragistas son todas desaliñadas y sombrías.

GREATOREX. ¡No lo dude!

SRTA. LEVERING. Bien, por supuesto sabemos que usted es toda una autoridad en el tema, veamos, ¿cuántos años en el Parlamento ha vociferado en contra cada vez que se han mencionado los derechos de la mujer?

GREATOREX. (*Halagado pero no muy cómodo*) Desde que estoy metido en política siempre ha habido algunas viejas descontentas y viudas hambrientas.

SRTA. LEVERING. ¿Algunas? Eso es bastante contenido, Sr. Greatorex. Me temo que el número de descontentas y hambrientas era de 96.000, contando solamente en las fábricas. (*Rápida*) Al menos eso es lo que dijeron en los periódicos, ¿no?

GREATOREX. Oh, no me pregunte; esa clase de mujer no me interesa, me temo. Yo solamente puedo dirigirme a la gente que pierde la cabeza y parecen inclinados a tratar este tema como algo serio cuando no hay nada nuevo en él. En los últimos cuarenta años ha habido mujeres que no han hecho otra cosa que presionar al parlamento con sus peticiones.

SRTA. LEVERING. (*Reflexiona*) Y eso es lo que han conseguido.

LORD JOHN. (*Se gira rápido para alejarse*) Y eso es lo que conseguirán. (*Se une al grupo que llega*).

SRTA. LEVERING. (*Burlándse de Greatorex*) Veamos, ¿no le mandaron un nombramiento como diputado hace tiempo? (*Se sienta*).

GREATOREX. Hmmm (*Irritado*) Sí, sí.

SRTA. LEVERING. (*Como si se estuviera acordando de las circunstancias*) Oh, sí, ya me acuerdo. En ese momento yo pensaba, modestamente, que no había nada heroico en pedir audiencia al adversario.

GREATOREX. (*Tenaz*) No dio resultado.

SRTA. LEVERING. (*Inocentemente*) ¡Oh! Yo creía que insistieron en enfrentarse cara a cara sin miedo.

GREATOREX. Por supuesto, yo no iba a perder el tiempo con una pandilla de…

SRTA.LEVERING. ¡No me diga que no quiso salir y dar la cara!

GREATOREX. (*Con cierto aire de miedo*) No lo habría hecho ni en varias vidas. Pero un amigo fue y les echó un vistazo.

SRTA. LEVERING. (*Sonriendo*) Bien ¿Y sobrevivió?

GREATOREX. Sí, pero me aconsejó no acercarme. "Tienes razón", me dijo, "no te molestes". He echado un vistazo", añadió, "y no hay una sola dominguera".

JEAN. (*Se mete en la conversación*) ¿Recuerda al amigo del sr. Freddy que vino a tomar el té aquí un día en invierno? (*a Greatorex*) Era miembro del Parlamento también, y bastante joven, pues dijo que a las mujeres nunca se las respetaría hasta que tuvieran derecho a votar. (*Greatorex resopla, los otros hombres y las mujeres sonríen excepto la Sra. Heriot*)

SRA. HERIOT. (*Resuelta*) Recuerdo que le dije que era demasiado joven para saber de lo que estaba hablando.

LORD JOHN. Sí, me temo que al pobre hombre le dejaste chafado.

LADY JOHN. (*Entra*) ¡Oh, aquí está! (*Saluda a la Srta. Levering*)

JEAN. Fue muy divertido. Acabó aplastado como una tortita cuando acabamos con él. La tía Ellen le dijo con unos aires muy distinguidos que ella no quería ser "respetada".

SRA. FREDDY. (*Con risa de protesta*) ¡Mi querida Lady John!

FARNBOROUGH. ¡Muy bien! ¡Qué idea tan horrible esa de ser respetada!

SRTA. LEVERING. (*Sonriendo*) ¡Simplemente espeluznante!

LADY JOHN. (*En el escritorio*) Ahora, mis queridos amigos frívolos, fuera. Solamente tenemos unos minutos para hablar de la generosidad del señor Soper antes de que se vaya la señorita Levering.

SRA. FREDDY. (*A Farnborough*) ¿Sabía que consiguió que ese vejestorio le diera a la Lady John ocho mil libras para caridad antes de morir?

FARNBOROUGH. ¿Quién lo consiguió?

LADY JOHN. La señorita Levering. Él nunca lo habría hecho por mi, pero ella lo engatusó.

FARNBOROUGH. Sí, uff, ¡por Júpiter!!

SRA. FREDDY. (*Entusiasmada se vuelve hacia su marido*) ¿No es maravillosa?

LORD JOHN. (*En un aparte*) Una criatura adorable. Todo lo que necesita es…

El señor y la señora Freddy y Farnborough salen al jardín. Lady John está en el escritorio. La señora Heriot está delante, Jean y Lord John a la derecha.

GREATOREX. (*En un diván, al lado de la señorita Levering*). Demasiado maravillosa para perder el tiempo con la gente equivocada.

SRTA. LEVERING. Después de esto perderé menos mi tiempo.

GREATOREX. Me alegra saberlo, no puedo verla sonsacando dinero para alojamientos y tonterías semejantes más propias de tenderas jubiladas.

SRTA. LEVERING. Ya veo, lo llama tonterías. A usted podríamos sacarle ocho mil libras.

GREATOREX. (*Muy bajito*) Lo dudo.

La señorita Levering le mira.

GREATOREX. Si le diera esa cantidad, para sus pequeños proyectos, ¿Qué me daría a cambio?

SRTA. LEVERING. (*Tranquila*) Soper no nos pidió nada.

GREATOREX. (*Horrorizado*) ¡Soper! ¡No me lo creo!

LORD JOHN. (*Se vuelve hacia la señorita Levering*). ¿Soper? ¿Todavía hablando de Soper? ¿Qué halagado estaría el viejo?

GREATOREX. *(Más bajito*) ¿Escuchó lo que la señora Heriot dijo de él? "Tan amable, tan generoso, tan vulgar, pobrecillo. No le conocimos en Londres, nos lo encontraremos en el cielo".

Greatorex y Lord John salen riendo.

LADY JOHN. (*A la señorita Levering*) Siéntese aquí querida. (*Indicando la silla delante del escritorio*) Jean no hace falta que te quedes. Esto no te interesará.

SRTA. LEVERING. (*Con tono que muestra estar de acuerdo*) Es solamente un esfuerzo para conocer la mayor maldad del mundo.

JEAN. (*Hace una pausa como para entender lo que le dicen*) ¿A qué llama la mayor maldad del mundo? (*Mira a la Sra. Heriot y a Lady John*)

SRTA. LEVERING. La indefensión de las mujeres. (*Jean se pone de pie*).

LADY JOHN. *(Se levanta y pone su brazo sobre los hombres de la joven)* Jean, querida, sé que no puedes pensar en nada más que no sea (*en un aparte*) él, así que vete y…

JEAN. En serio, puedo pensar en todo mejor de lo que lo he hecho nunca. Él me ha levantado un velo, ha hecho que todo sea más vivo, más… más importante.

SRTA. LEVERING. (*Se gira*) ¿Quién?

JEAN. Pues sí, no es que no me preocupe por otras cosas, en realidad me interesan mil veces más.

LADY JOHN. Estás enamorada.

SRTA. LEVERING. ¡Eso es! (*Sonríe a Jean*) La felicito.

LADY JOHN. (*Volviendo al papel*) Bien, esto, como pueden ver, obvia la dificultad que usted apuntó.

SRTA. LEVERING. Sí, bastante.

SRA. HERIOT. Pero, entonces va a costar mucho más.

SRTA. LEVERING. Merece la pena.

SRA. HERIOT. No nos quedará nada para el órgano en St. Pilgrim.

LADY JOHN. Querida Lydia, dejemos el asunto del órgano.

SRA. HERIOT. (*Con aspereza*) No nos podemos permitir poner a un lado el efecto sublime de la música.

LADY JOHN. Lo que primero tenemos que hacer, es la casa de acogida barata y bien hecha.

SRA. HERIOT. Ya hay varias casas así, pero en cambio, pobre St. Pilgrim…

SRTA. LEVERING. No hay ninguna para las mujeres más pobres.

LADY JOHN. No, incluso el excelente Soper estaba decidido a multiplicar las casas Rowton[2]. Nunca se consigue que los hombres sean conscientes, y no siempre las mujeres…

SRTA. LEVERING. Es la obra que menos puede esperar.

SRA. HERIOT. No estoy de acuerdo con ustedes, y resulta que he pasado una gran parte de mi tiempo dedicada a obras de caridad.

SRTA. LEVERING. ¡Ah! Entonces estará interesada en la chica que vi morir en una casa de acogida[3] hace bien poco. Contenta de que su tos estuviera empeorando, pero con la esperanza de no morir antes que su padre. Por dos razones. Nadie excepto ella podía cuidar al anciano fuera de la casa de acogida[4], y el padre estaba orgulloso. Si ella moría antes, él se moriría de hambre; y lo peor de todo es que él se enteraría de lo que le había pasado a su hija.

SRA. HERIOT. Imagino que ella no contó cómo había caído tan bajo.

SRTA. LEVERING. Sí, ella estaba trabajando en el servicio de una casa. Perdió el tren de vuelta un domingo por la noche y tenía mucho miedo de despertar a su jefe a esas horas. La persona equivocada la encontró llorando en el andén.

SRA. HERIOT. Debería haber acudido a una mutualidad[5].

SRTA. LEVERING. ¿A las once de la noche?

---

2 Rowton Houses, casas Rowton eran una cadena de albergues construidas por el filántropo victoriano Lord Rowton para que los trabajadores tuvieran un lugar decente para vivir.

3 En el original Tramp Ward, casas para gente pobre y sin recursos en el Reino Unido en la época victoriana.

4 En el original "workhouse", un lugar donde la gente pobre en el Reino Unido que no tenía con qué subsistir podía ir a vivir y trabajar.

5 En el original Friendly Society, una especie de mutua de trabajadores.

SRA. HERIOT. También hay Ligas de Rescate. Yo misma he estado muy conectada con una durante veinte años…

SRTA. LEVERING. "¡Veinte años!" Siempre llegando después de que el tren se haya marchado, después de la chica y de la persona equivocada que se la llevó al final del viaje… (*Los ojos de la señora Heriot brillan*).

JEAN. ¿Dónde está ella ahora?

LADY JOHN. No importa.

SRTA. LEVERING. Hace dos noches estaba en una esquina bajo la lluvia.

SRA. HERIOT. Imagino que cerca de un pub.

SRTA. LEVERING. Sí, parecido. Se estaba muriendo, le dijeron que debía salir y quedarse bajo la lluvia. "No debo entrar", ella dijo. "Esto es lo que me ha dado", y comenzó a llorar. En sus manos había dos peniques que habían pintado de plateado para que parecieran medias coronas.

SRA. HERIOT. No me creo esta historia. Es el tipo de suceso que se extiende como un bulo, ahora, ¿Quién se la ha contado?

SRTA. LEVERING. Fuentes creíbles. Yo tampoco me lo creía hasta que…

JEAN. ¿Qué?

SRTA. LEVERING. Hasta que lo vi con mis propios ojos la semana pasada.

LADY JOHN. ¿Vió? ¿Dónde?

SRTA. LEVERING. En un albergue cerca de la iglesia para la que quiere un órgano nuevo.

SRA. HERIOT. ¿Y qué la llevó allí?

SRTA. LEVERING. Estaba de peregrinaje.

JEAN. ¿Peregrinaje?

SRTA. LEVERING. En el inframundo.

LADY JOHN. ¿Fue allí?

JEAN. ¿Cómo pudo?

SRTA. LEVERING. Me puse un abrigo viejo, y un sombrero raído (*se gira hacia Lady John*). No saben cuántas cosas están fuera del alcance de una mujer bien vestida. La atrevida y libre mirada de un hombre a una mujer que cree desamparada; debe-

rían sentir esa mirada antes de poder entender buena parte de la historia.

SRA. HERIOT. (*Se levanta*) ¡Jean!

JEAN. ¿Pero a dónde fue usted vestida así?

SRTA. LEVERING. Entre las mujeres sin mujeres sin hogar, en una noche lluviosa buscando albergue.

LADY JOHN. (*Apresurada*) No me extraña que haya estado mala.

JEAN. (*Casi inaudible*) ¿Y es así como cuentan?

SRTA. LEVERING. No.

JEAN. ¿No?

SRTA. LEVERING. Mucho peor; no me atrevo a contárselo, no podría describirlo.

SRA. HERIOT. (*A Jean*) No es necesario imaginar mucho, querida, que esas criaturas desgraciadas sienten como nosotras sentiríamos.

SRTA. LEVERING. Las chicas que necesitan alojamiento y trabajo no son todas criadas.

SRA. HERIOT. (*De repente*) Sabemos que todas las mujeres que comenten… errores no lo son.

SRTA. LEVERING. (*Continúa*) Es por ello por lo que todas las mujeres deberíamos interesarnos en este tema, las chicas jóvenes también.

JEAN. Sí, sí.

LADY JOHN. (*A la vez*) No. Esto es un tema para nosotras, mayores…

SRA. HERIOT. (*Con cierto aire retador)* O para personas con conocimiento en la materia. No todas podemos tener acceso a las fuentes de información que tiene la señorita Levering.

SRTA. LEVERING. (*Mirando fijamente a los ojos de la señora Heriot*) Sí, puedo daros acceso. Como pueden imaginar, sé de primera mano cómo están las chicas sin hogar.

LADY JOHN. (*Alegre se aparta a un lado*) Bien, querida, nos vendrá muy bien. (*Golpeteando la mesa*)

SRTA. LEVERING. Una vez me sucedió que me molestó mucho un suceso desagradable que estaba ocurriendo en casa

de mi padre. ¡Hace años! Yo era una chica impulsiva. Le di la espalda a mu padre…

LADY JOHN. (*A Jean*). Mal aconsejada.

SRA. HERIOT. Por supuesto, si una chica hace eso…

SRTA. LEVERING. Eso es lo que dijeron mis amistades (*mirando a Jean*) y yo no podía contarles nada.

JEAN. ¿Ni a su madre?

SRTA. LEVERING. Había fallecido. Me fui a Londres a un hotel y me puse a buscar un trabajo. Caminé de un lado para otro, todos los días todo el día. Se suponía que tenía educación. Incluso había recibido clases en París; sabía tocar varios instrumentos, y cantar canciones en diferentes idiomas. (*Pausa*)

JEAN. ¿Nadie quiso que usted le enseñara francés o cantar?

SRTA. LEVERING. Los directores de los colegios creían que yo era muy joven. Hubo gente que me oyó cantar, pero las condiciones eran muy duras y el dinero se acabó pronto. Empecé a empeñar mis baratijas. Y me quedé sin ellas.

JEAN. ¿Y seguía sin trabajo?

SRTA. LEVERING. Correcto, pero para entonces yo ya había aprendido cosas reales, una cuenta de hotel sin pagar y nada de dinero. (*Pausa*) Algunas chicas piensan que es muy duro tener que ganarse la vida. Lo horrible es que no te dejen hacerlo.

JEAN. (*Se inclina)* ¿Qué pasó?

LADY JOHN. (*Se levanta*) Querida (*a la señorita Levering*) ¿Tiene ya su equipaje aquí abajo? ¿Está lista?

SRTA. LEVERING. Sí, todo excepto mi sombrero.

JEAN. ¿Y bien?

SRTA. LEVERING. Bueno, de casualidad me encontré con un amigo de la familia.

JEAN. Qué suerte.

SRTA. LEVERING. Eso pensé. Era diez años mayor que yo. Dijo que quería ayudarme.

Pausa.

JEAN. ¿Y no lo hizo? (*Lady John pone su mano sobre el hombro de la señorita Levering*)

SRTA. LEVERING. Quizá, después de todo (*cambiando de tono*) ¿Por qué pierdo el tiempo conmigo? Pertenecía al pequeño grupo de mujeres poderosas. Mi cuerpo no nació débil, y mi espíritu no se quebró por culpa de lo habitual que era la esclavitud. Pero, como la señora Heriot fue muy amable de apuntar, conozco algo del posible destino de las chicas sin hogar. Descubrí que había parques agradables, museos, bibliotecas gratuitas en nuestro grande y rico Londres, y ni un solo lugar donde las chicas desamparadas pudieran estar seguras de que el trabajo no fuera matar y de que la comida no fuera peor que el rancho de la cárcel. Es por ello por lo que las mujeres no deberían descansar hasta que este albergue se ponga en pie y abra sus brazos.

JEAN. No, no…

SRA. HERIOT. (*Cogiendo los guantes, el abanico, el librito de oraciones, etc…*) Incluso cuando esté construido… ya iremos viendo. Muchas de esas criaturas prefieren la vida que tienen. Les gusta.

SRTA. LEVERING. Una vez una mujer, de esas que saben de qué hablan, me dijo que a muchas de ellas les "gusta tanto" que les es indiferente el riesgo de ir a la cárcel. Y añadió que eso les da un descanso.

LADY JOHN. ¡Un descanso! (*La señorita Levering mira el reloj mientras se pone de pie, Lady John y la Sra. Heriot agachan sus cabezas sobre el plan y hablan en voz baja*)

JEAN. (*Intercepta a la Srta. Levering*) Quiero empezar a entender algo… soy muy ignorante.

SRTA. LEVERING. (*La mira inquisitoria*) Soy una persona muy ocupada…

JEAN. (*Interrumpe*) Tengo una razón especial para querer no ser ignorante, (*impulsivamente*) mañana iré a la ciudad y comeremos juntas.

SRTA. LEVERING. Gracias, yo (*mira a la Sra. Heriot*)… yo tengo que irme y ponerme el sombrero.

Sale.

SRA. HERIOT. (*En un aparte*) ¡Qué poco le afectan todos estos horrores!

LADY JOHN. Me dejan helada, ¡Puf! *(se levanta con prisa*). Me pregunto si habrá firmado en el libro de visitas.

SRA. HERIOT. Para todas sus ideas del albergue es realmente dura.

JEAN. ¿La Srta. Levering?

SRA. HERIOT. Oh, por supuesto tú no pensarás lo mismo. Ella te lo ha presentado muy hábil para atraer tu simpatía.

JEAN. No parece dura.

LADY JOHN. (*Mirando nerviosa a Jean*) No estoy segura de cómo lo hace. Su boca, siempre así como si estuviera reteniéndose de algo con mucha fuerza.

SRA. HERIOT. (*Rápida*) Es cierto.

Sale Lady John a la entrada para ver el libro de visitas.

JEAN. ¿Por qué no la he visto nunca antes?

SRA. HERIOT. Ha estado viviendo en el extranjero (*dudando*). Imagino que no sabes nada de ella.

JEAN. No sé cómo tía Ellen ha llegado a conocerla.

SRA. HERIOT. Eso fue por mi. Pero yo no pensaba presentártela.

JEAN. Parece que ha estado en muchos sitios. ¿Por qué no debería?

SRA. HERIOT. (*Rápida*) No debes preguntarle por Eaton Square.

JEAN. Ya lo he hecho.

SRA. HERIOT. Entonces tendrás que escabullirte.

JEAN. (*Con una mirada insistente*) Debe haber una razón, una muy buen razón.

SRA. HERIOT. Hay algo que habría preferido no contarte, pero veo que no te dejas llevar… así que supongo que tendrás que saberlo. (Baja la voz) Hace unos diez o doce años la conocí y estaba muy enferma en una granja perdida en Gales. Habíamos alquilado la casa grande para el mes de agosto. La mujer del granjero tenía miedo y me rogó que fuera y la viera para

ver que pensaba yo. Y en seguida me di cuenta de que se estaba muriendo.

JEAN. ¡Muriendo! ¿Qué era lo que…?

SRA. HERIOT. No le conseguí sacar nada más que lo que ya sabía la granjera. No tenía documentos. No había recibido a nadie excepto un hombre de Londres, un médico sombrío, sin nombre por supuesto. Y luego se puso así de enferma. El granjero y su mujer, gente muy respetable, estaban indignados y querían echarla.

JEAN. ¡Echarla! Pero…

SRA. HERIOT. Sí, hay gente que no tiene piedad. Insistí en que debían tratarla como a un ser humano y entonces nos hicimos amigas… más o menos. A pesar de lo que hice por ella…

JEAN. ¿Qué hizo?

SRA. HERIOT. Ya te lo he contado, y le presté dinero. Y no era poco dinero.

JEAN. ¿Nunca se lo ha devuelto?

SRA. HERIOT. Sí, claro, después de un tiempo. Pero yo siempre le guardé el secreto, lo que sabía de él.

JEAN. ¡Pero ahora me lo está contando!

SRA HERIOT. Era mi deber, además tampoco he tenido nunca su confianza total.

JEAN. ¿No era normal que ella…?

SRA. HERIOT. Bueno, teniendo en cuenta todo, ella podría haberme contado quién era el responsable.

JEAN. ¡Oh, tía Lydia!

SRA. HERIOT. Todo lo que dijo es que estaba avergonzada (*pierde los nervios*) avergonzada por haber tenido la valentía de resistirse, no de la tentación original sino de la presión que la llevó a decidir que ella no podía seguir adelante con eso, tal y como me contó.

JEAN. (*Levanta las cejas*) Estás siendo muy delicada… creo que no lo entiendo.

SRA, HERIOT. (*Irritada*) Lo único que necesitas entender es que no es una compañía aconsejable para una joven.

JEAN. ¿Cuándo volvió a verla después…después de?

SRA. HERIOT. (*Con una mueca de disgusto*) El invierno pasado en casa de los Bishop. Ella tiene amistad con la esposa. La acogieron para que les ayudara con su trabajo. Y luego se acercó al nuestro. Tus tíos son muy ingenuos con ella, yo voy a impedir que ella siga avanzando con esto, al menos hasta que el albergue esté listo.

JEAN. Me pregunto si ella puede animarse a hablar sobre las mujeres desafortunadas que hay en el mundo.

SRA, HERIOT. Con mucha desfachatez.

JEAN. O valentía (*Se pone la mano en la garganta como si la frase se hubiera quedado allí)*

SRA. HERIOT. Incluso presume de saber más que yo. Por supuesto no me importa lo más mínimo, pobrecilla, pero siento que se lo debo a tu madre fallecida, contarte quien es, especialmente ahora que eres ya mayorcita para saber algo de la vida.

JEAN. (*Despacio*) pues ella de niña no sufrió por su ignorancia (*se aparta*), me pareció que ella es maravillosa.

SRA. HERIOT. ¡Maravillosa!

JEAN. (*Despacio*) Haber pasado por lo que ella pasó cuando tenía, ¿Cuántos años?

SRA. HERIOT. Diecinueve o así.

JEAN. Cinco años menos que yo. ¡Verse abandonada y salir adelante!

SRA. HERIOT. (*Pone la mano sobre el hombro de la joven*). No ha estado bien que ella te contara su sórdida historia precisamente hoy.

JEAN. Es una historia muy triste, pero hoy no era un mal día para conocerla. Me siento mal por todas las mujeres que no son felices. (*Se oye el ruido del motor fuera. Se levanta rápidamente*). ¡Ese es Geoffrey!

SRA. HERIOT. ¡Sr. Stonor! ¿Qué te hace pensar que…?

JEAN. Sí, sí. Estoy segura, estoy segura.

Se retoca la ropa nerviosa. Se gira y ve a Lord John entrando desde el jardín. El ruido del motor es más alto.

LORD JOHN. ¿Quién crees que está haciendo ese ruido?

JEAN. (*Agarrándole*) ¡Cielos! ¿Cómo podría comportarme alguna vez como una chica que no está comprometida con el único hombre en la tierra que merece la pena?

SRA. HERIOT. ¡Todo este tiempo estaba esperando al Sr. Stonor!

JEAN. Me prometió que intentaría venir al almuerzo si le era posible, pero yo tenía miedo de que algo se lo impidiera.

LORD JOHN. (*Sonríe mientras cruza la entrada*) Ya sabes que nosotros no habríamos soportado la decepción.

JEAN. Yo tampoco.

La puerta de la entrada se abre. Lady John aparece radiante, seguida de una figura alta, con un sobretodo, sin gafas. Rasgos firmes, afinados, piel tersa, buen color. Cabello fino, rubio, peinado; ojos grises, prominentes pero no especialmente atractivos; labios llenos pero firmes. Geoffrey Stonor es más grueso de lo que un hombre de cuarenta años debería ser, pero con buena forma física. El lacayo está de pie esperando ayudarle con su chaqueta.

LADY JOHN. ¡Qué agradable sorpresa!

Jean se ha adelantado solamente un paso y está sonriendo a la figura que se acerca.

LORD JOHN. ¿Cómo está? (Él se acerca y estrecha manos con *Stonor. Farnborough aparee por una de las ventanas francesas*).

FARNBOROUGH. Sí. ¡Por Júpiter! ¡Qué grandísima suerte! (*Girándose hacia los demás que están cerca de la ventana*).

Los que están fuera se inclinan y tratar de ver pero luego se giran y hacen como que hablan entre ellos, aunque de tanto en tanto se giran educadamente para echar una mirada ante la expectación que ha creado la última llegada.

STONOR. ¿Cómo está?

Le da la mano a la Sra. Heriot, que apresurada le ha dado las dos manos. Se acerca a Jean, que se ha adelantado, se dan la mano y se miran a los ojos sonriendo.

JEAN. ¡Cuánto tiempo desde la última vez!

LORD JOHN. (*A Stonor*) Tiene mucha iniciativa. No lo podía creer cuando me dijeron que había conducido hasta la ciudad para reunirse con un simpatizante suyo.

STONOR. No sé cómo se cubría el territorio antiguamente. (*A Lady John*) No tiene sentido quedarse en la zona de uno todo el tiempo. De aquí a poco estaremos volando para conseguir lo queremos. (*Sonríe a Jean*).

JEAN. Calla, (*sonríe y mira por encima de su hombro y habla bajito*) hay todo tipo de gente aquí.

FARNBOROUGH. (*Incapaz de resistir la tentación, se adelanta*) ¿Cómo está Sr. Stonor?

STONOR. Oh, ¿qué tal?

FARNBOROUGH. Algunos de nosotros estábamos hablando ayer en la sala mientras fumábamos sobre si el hecho de ir conduciendo un coche no perjudicaba las posibles opciones.

GREATOREX. Sí, hemos escuchado muchas historias sobre la impopularidad de los coches de motor, entre aquellas personas que no se lo pueden permitir, claro. ¿Qué opina usted?

LADY JOHN. Estoy segura de que gana más votos al poder llegar a más sitios que antiguamente…

STONOR. Bueno, pues no sé qué decirles. A veces me pregunto si el encanto de nuestra presencia no se ve contrarrestado por la manera en la que rompemos hasta ahogarlos en el polvo a nuestros compañeros y atropellamos a sus cerdos y gallinas, por no hablar de sus hijos.

LORD JOHN. (*Con ansiedad*) ¿Cuáles son las perspectivas en general? (*Farnborough se acerca*)

STONOR. (*Serio*) Tendremos que trabajar más duro de lo que habíamos pensado al principio.

FARNBOROUGH. ¡Ah! (*Se retira*).

JEAN. (*Habla en privado mientras desliza su brazo en el de su tío y sonríe a Geoffrey*) Él dice que cree que podré marcar una diferencia de verdad en sus oportunidades. ¿No es angelical?

STONOR. (*Jocoso*) ¿Angelical? Maquiavélico. Coloco todas mis esperanzas en el hecho de que seas capaz de contrarrestar la influencia perniciosa de la superficial esposa de mi oponente.

JEAN. Quieres que sea una parte importante en todo esto ¿no es así Geoffrey?

STONOR. (*Sonriendo*) Por supuesto que quiero.

Farnborough se va acercando haciendo como que está hablando con la Sra. Heriot.

LORD JOHN. No os veo yo juntos muy optimistas. ¿Alguna complicación? (*Jean y Lady John se juntan, la chica está radiante, sigue a Stonor con la mirada y le susurra a la simpática dama*)

STONOR. Bueno (*saca el periódico del bolsillo*) hay cierta agitación con el tema de las mujeres. Curiosamente, probablemente puede que tenga consecuencias en el asunto.

LORD JOHN. ¿Por qué debería? ¿No puedes hacer tú lo que los otros cuatrocientos han hecho?

STONOR. (*Ríe*) Pero, verá, el mero hecho de que cuatrocientos-veinte miembros hayan estado preocupados en prometer apoyo, y luego una vez en el Parlamento el tema se haya quedado sin apoyos…

LORD JOHN. ¡Déjalo estar! Dios mío, pienso lo mismo.

STONOR. Por supuesto. Solo que es una estrategia ya un tanto desgastada.

Entra la Srta. Levering, con su sombrero, guantes y pañuelo en la mano.

LORD JOHN. Pero si se creyeran que van a tener a un futuro ministro de gabinete de su lado…

STONOR. Será muy vergonzoso para el ministro. (*Stonor se vuelve para hablar con Jean. Se queda de piedra al ver a la Srta. Levering*)

JEAN. (*Sonríe*) ¿Se conocen?

SRTA. LEVERING. (*Mirando a Stonor con atención pero calmada*) Todo el mundo en esta parte del mundo conoce al Sr. Stonor, pero él no me conoce a mi.

LORD JOHN. Señorita Levering… (*Se inclinan*)

Entra Greatorex, dejando de lado a la Sra. Freddy.

JEAN. (*A la Srta. Levering con entusiasmo*) Oh ¿Le ha oido hablar?

SRTA. LEVERING. Sí, estaba visitando a unas amistades cerca de Dutfield y me llevaron a escucharle.

STONOR. Oh, la noche en la que las sufragistas hicieron su acostumbrado debate…

SRTA. LEVERING. La noche en la que le pidieron…

STONOR. (*Intentando huir a la menor ocasión, da la mano a la Sra. Freddy*) Bien, señora Freddy, ¿Qué piensa de sus amigas ahora?

SRA. FREDDY. ¿Mis amigas?

STONOR. (*Le enseña el periódico del domingo*) Sí, las mujeres alborotadoras.

SRA. FREDDY. (*Con dignidad*) No son mis amigas, pero no creo que usted deba llamarlas…

STONOR. ¿Por qué no? (*ríe*) Puedo perdonarlas por molestar al gobierno saliente; pero son unas incontroladas.

SRTA. LEVERING. (*En calma*) ¿No es esa una expresión que se usa para hablar de otro tipo de clase de personas?

GREATOREX. (*Que ha cogido el periódico*) Él tiene razón. ¿Cómo está? ¡Mujeres incontroladas! ¡Eso es lo que son!

FARNBOROUGH. (*Leyendo por encima del hombro*) ¡Que las encierren! ¡A todas!

GREATOREX. (*Asiente enfadado*) Una molestia de orden público, paseando con porras y escupiendo en la cara a los policías.

SRA. FREDDY. (*Con un aire atormentado*) ¿Me pregunto si de verdad escupen?

GREATOREX. (*Exultante*) Por supuesto que sí.

SRA. FREDDY. (*Se gira para él*) Usted no tiene ninguna autoridad sobre lo que ellas hacen. Usted sale corriendo.

GREATOREX. (*Intentando no reírse*) ¿Correr? (*Se echa para atrás unos pasos*) Y si yo alguna vez reúno el coraje para volver, será para votar por la buena educación en público, y no por algo peor de lo que ya tenemos.

SRA. FREDDY. (*Resignada*) Eso debería hacer yo. No piense que apruebo los métodos sufragistas.

JEAN. (*Con curiosidad y diversión*) Usted apoya el sufragio ¿no?

SRA. FREDDY. ¿Aquí? (*Se encoge de hombros*) No pierdo el tiempo.

GREATOREX. (*Burlándose*) Solamente la policía.

SRA. FREDDY. (*Con lamento*) Si se preocupara por conocer la actitud de las verdaderas trabajadoras en la reforma, podría haberse dado cuenta por los periódicos de la semana pasada que no perdimos el tiempo al separarnos del pequeño grupo de histéricas. (*Mira a su marido e instantáneamente controla sus palabras*).

SRA. HERIOT. Han devaluado a todas las mujeres a los ojos del mundo entero.

JEAN. (*Se reúne con Stonor*) Realmente no acabo de ver qué es lo que quieren, las sufragistas.

GREATOREX. Notoriedad.

FARNBOROUGH. ¿Qué quieren? Una buena paliza, eso es lo que yo les daría.

SRA. HERIOT. (*Murmura*) Un tipo animado.

LORD JOHN. Bien, lo que sí está claro es que han la están liando parda. (*Greatorex se ríe, todavía leyendo el periódico*) Y creo que estas escenas tontas les divierten a ustedes mucho.

GREATOREX. ¡Un último golpe mortal a toda esta tontería!

JEAN. (*Aplaudiendo con fervor*) Oh, espero que duren hasta que terminen las elecciones.

FARNBOROUGH. (*Mira fijamente*) ¿Por qué?

JEAN. Oh, queremos que ellas lleven a los trabajadores a votar al candidato conservador, ¿no?

Mira a su alrededor en busca de ayuda. Carcajadas generalizadas.

LORD JOHN. Bien, querida…

GREATOREX. Los trabajadores son unos pedazos de idiotas, pero ni ellos las escucharán…

JEAN. (*De nuevo apelando a Stonor*) ¡Pero escuchan como nadie! Pregunté por qué casi no había nadie en el mitin en Long Mitcham y me dijeron que habían ido a escuchar a la señorita…

STONOR. Solamente para divertirse.

LORD JOHN. No tiene un efecto real en el voto.

GREATOREX. Ni el más mínimo.

JEAN. (*Mirando a Stonor fijamente*) Por qué, yo creí que tú dijiste…

STONOR. (*Nervioso, se frota la barbilla y habla rápido*) Creo que me vendría bien un poco de agua y jabón.

LORD JOHN. Te acompañaré arriba. Ya conoces a Freddy Tunbridge.

Stonor se para para darle la mano. Salen los tres.

JEAN. (*Perpleja mientras Stonor sale, se dirige a Greatorex*) Bien, si las mujeres no son de ninguna importancia en la política, no es por la razón que usted argumenta. De tanto en tanto hay alguna dominguera entre ellas.

GREATOREX. (*Arrastra los pies, nervioso*) Ejem, ejem (*se encuentra cerca de la Sra. Freddy*) ¡Dios! Los peligros que atacan los cimientos de los hombres! (*con aire cómico, se echa para atrás y se va*).

JEAN. (*A Farnborough, se ríe*) ¿Por qué se comporta así?

FARNBOROUGH. Su sentido de la moralidad está conmocionado.

JEAN. ¿Por qué? Le vi con la Sra. Freddy juntos, la otra noche en el teatro, como uña y carne.

FARNBOROUGH. Eso fue antes de que él supiera los puntos de vista rebeldes de ella.

JEAN. ¿Qué opinión rebelde?

GREATOREX. Chiss, es domingo, (*y se aparta sigiloso*).

JEAN. (*Se ríe*) No puedo creer que las mujeres estén tan desamparadas cuando veo hombres que les tienen tanto miedo.

GREATOREX. El gran error fue enseñarles a leer y a escribir.

JEAN. (*Sobre el hombro de la Srta. Levering, susurra*) Dígale algo.

SRTA. LEVERING. (*Sonriendo*) Oh, no, que va. Ese no fue el peor error.

GREATOREX. Sí, lo fue.

SRTA. LEVERING. No, créame. El error fue dejar que las mujeres aprendieran a hablar.

GREATOREX. Ah (*se gira raudo*). Ya veo cual va a ser la próxima gran reforma.

SRTA. LEVERING. (*Levanta un poco la voz*) Cuando las mujeres sean todas mudas, ya no habrá más discusiones.

GREATOREX. (*Con gesto de burla*) El mismo paraíso. (*A un lado*) Eso es mucho mejor que estar hablando de ello, ya me entienden.

SRTA. LEVERING. ¿Por qué cree que lo sé?

GREATOREX. Solamente las mujeres simples lo ignoran.

Jean se une a la Srta. Levering.

GREATOREX. Farnborough espéreme, no puedo ir sin protección.

Farnborough y Greatorex salen.

SRA. FREDDY. Es cierto lo que dicen los viejos cínicos. La escena en el Parlamento ha provocado un retroceso en la reforma de una generación.

JEAN. Ojala hubiera estado allí.

SRA. FREDDY. Estabas.

JEAN. Oh, ¿fue cómo lo contaron en los periódicos?

SRA. FREDDY. Peor. Nunca me he visto tan emocionada en público. Ninguna tragedia, ni una gran ópera jamás atrapó

a un público como la situación en el Parlamento esa noche. Allí estábamos sentadas conteniendo la respiración, con todo favorable para nosotras como nunca había sucedido antes. Otros cinco minutos y se habría aprobado la reforma, entonces, todo, en un momento…

LORD JOHN. (*A la Sra. Heriot*) Escuchen, están hablando de las mujeres gamberras.

SRA. HERIOT. No, gracias. (*Se sienta aparte con el periódico*)

SRA. FREDDY. (*Emocionada*) Todo en un momento, extendieron una horrible bandera raída en la zona de las mujeres, chillos, insultos, pelea, la policía, el vergonzoso espectáculo de las mujeres, de nosotras, oh, no puedo pensar en ello (*camina de un lado para otro. Se para*). Luego, a la mañana siguiente. La gente alardeando. Nuestras amigas hostigadas, la gente que estaba saludando, casi ganando y todo se tiró por la borda, descorazonador. Incluso mi marido. Freddy has sido maravilloso dejándome colaborar cuando sentía que yo debía, pero siempre he sabido que no le gustaba la idea. Se siente intimidado. Estoy segura de que le da un vuelco el corazón cuando ve mi nombre entre las mujeres que van a dar un discurso. Pero siempre ha sido un ángel antes de esto. Después del desagraciado incidente me dijo: esto muestra como las mujeres no están capacitadas para nada que les pida pensar con coherencia y actuar debidamente.

JEAN. ¡Pensar que han sido las propias mujeres las que han tirado por tierra todo!

SRA. FREDDY. ¡El trabajo de cuarenta años destruido en cinco minutos!

JEAN. Las sufragistas debieron sentirse muy mal cuando se despertaron al día siguiente.

SRA. FREDDY. No les tengo ninguna simpatía. Estoy pensando en el castigo que tendremos que pagar todas las mujeres por un puñado de histéricas.

JEAN. Siguen dándome pena. Debe ser horrible descubrir todo el daño que les has hecho a lo que más te importa en el mundo.

SRTA. LEVERING. ¿Has visto a las sufragistas arrepentidas?

SRA. FREDDY. Bien, ellas no podrán evitar darse cuenta ahora de lo que han hecho.

SRTA. LEVERING. (*Calmada*) ¿No les parece que sería posible que se hayan dado cuenta de que han atraído el interés sobre el tema de la mujer de tal manera que está anunciado ahora en todos los periódicos y se habla del tema desde el fin del mundo hasta John O'Groats? ¿No creen que ellas saben que se ha hablado y escrito más nunca sobre este tema en los últimos diez días, después del incidente, que en los últimos diez años?

SRA. FREDDY. ¿No estará diciendo que fue buena idea lo que hicieron?

SRTA. LEVERING. (*Se encoge de hombros*) Solamente estoy diciendo que no parece un método tan malo hacer saber que quieren algo y que lo quieren ya, (*sonriendo*).

JEAN. (*Se levanta*) ¿No dijo Greatorex que las mujeres han estado pidiéndole al Parlamento de manera educada durante cuarenta años?

SRTA. LEVERING. Y los hombres lo único que han hecho es reírse.

SRA. FREDDY. No, nunca hemos tenido tantos parlamentarios de nuestro lado.

SRTA. LEVERING. Oí a alguien decir que la ley había llegado tan lejos una y otra vez.

JEAN. Oh, seguramente no…

SRA. FREDDY. (*Incrédula*) S.. sí. Esto solamente era una resolución. La ley pasó una segunda votación hace treinta y siete años.

JEAN. (*Con los ojos muy abiertos*) ¿Y qué cambió?

SRTA. LEVERING. Los hombres se rieron más alto.

SRA. FREDDY. Oh, consiguió segundas votaciones varias veces, pero nunca antes hemos tenido tantos amigos en el Parlamento.

SRTA. LEVERING. ¿Amigos?

JEAN. ¿Cómo los llamaría?

SRTA. LEVERING. Quizá es porque estaba pensando en una historia divertida, al menos él dijo que era divertida, que me

contó un liberal el otro día. Un miembro radical salió del parlamento después de su discurso en favor de la ley de las mujeres y regresó media hora más tarde, escuchó a varios otros parlamentarios hablando en la entrada acerca del elevado número de ellos que iba a votar la medida. Y el amigo de las mujeres, movió la mandíbula y se acercó a uno de ellos y dijo: "Dios mío, no me diga que se lo van a dar".

JEAN. ¡Oh!

SRA. FREDDY. ¡No creerá que todos los hombres en el Parlamento son como ese!

SRTA. LEVERING. No creo que todos los hombres sean ladrones pero dejo la puerta cerrada con llave.

JEAN. (*Casi sin respirar*) Usted cree que la noche del incidente, ¿cree que los hombres decidieron no jugar limpio?

SRTA. LEVERING. (*Su frialdad contrasta con el nerviosismo de las otras*) ¿Las mujeres no estuvieron tranquilamente sentadas hasta justo diez minutos antes de la hora de cierre?

JEAN. ¡Diez minutos para solventar un asunto como este!

SRTA. LEVERING. (*Tranquiliza a la Sra. Freddy*) ¿No cree que los hombres estaban más preocupados en jugar a su viejo juego?

LADY JOHN. (*Se adelanta*) ¿Cree que estuvieron posponiendo a propósito el tema hasta que ya se les hizo tarde?

SRTA. LEVERING. (*Con tono serio*) Yo no estuve allí, pero no he oído a nadie negar que las mujeres esperaron hasta las once menos diez. Entonces descubrieron que habían mandado a los policías a la zona donde estaban ellas en el momento justo. Luego, me han contado, cuando las mujeres vieron que las habían traicionado de nuevo, usaron los minutos que quedaban para impresionar al país y relatar sus demandas, de la única manera que les dejaron. (*Se sienta inclinada hacia delante, sonriendo, con la mano en la barbilla*) Para alguien de fuera parece que las mujeres, bien educadas, y que habían trabajado durante cuarenta años habían influido menos que esas jóvenes enfadadas en cinco minutos.

SRA. FREDDY. ¡Oh, venga, sea justa!

SRTA. LEVERING. Bien, debe usted admitir que, al día siguiente, todos los periódicos en Europa y América conocían que hay mujeres en el Reino Unido trabajando tan duro por el sufragio que los hombres por fin han dejado de reírse y las han echado del Parlamento. Los hombres incluso se han dado cuenta de lo poco que les gusta la diversión mandando a las mujeres a la cárcel muy serios. Y todo el mundo está hablando de ello.

La Sra. Heriot deja el periódico y une a las otras mujeres.

LADY JOHN. Me he dado cuenta de que cada vez que los hombres se van, las mujeres se reúnen para hablar del tema.

JEAN. (*Alegre*) Yo no tendré que esperar a que los hombres se vayan (*se inclina hacia el hombro de Lady John y le dice en voz baja*). Él apoya la causa.

LADY JOHN. ¿Cómo lo sabe?

JEAN. Se lo dijo a las mujeres en el Parlamento.

La Sra. Freddy mira perpleja, las otras sonríen.

LADY JOHN. ¡Oh!

El Sr. Freddy y Lord John aparecen por la puerta por la que se fueron. Paran de hablar.

SRA. FREDDY. ¡Aquí está Freddy! (*En voz baja, a la Srta. Levering*) Usted está juzgando desde afuera. Aquellas de nosotras que hemos estado trabajando durante años, creemos que la estrategia es de locos. ¿Por qué? ¡Piense! La única oportunidad de conseguir lo que queremos es convenciendo a los hombres. (*Con la mirada deja de seguir a su marido y pilla a la Srta. Levering un gesto involuntario*) ¿Qué sucede?

SRTA. LEVERING. "Convencer a los hombres" ha sido la estrategia de las mujeres durante siglos. ¿Cree que el resultado nos haría sentirnos orgullosas del medio para conseguirlo? ¿Sí? Entonces vayamos a Picadilly a medianoche. (*Las mujeres miran a Jean*) No, olvidé…

SRA. HERIOT. (*Majestuosa*) Sí, no es la primera vez que lo olvida…

SRTA. LEVERING. Olvidé la norma según la cual ninguna mujer decente tiene nada que hacer en las calles de Londres por la noche a menos que vaya acompañada por un hombre. Oí que también en la zona de Nine Elms. Una mujer dijo: "estás obligada a traerte a un hombre".

SRA. HERIOT. (*Se levanta*) Jean, vamos.

Coge a Jean por el brazo y la lleva hacia la ventana, donde señala a Greatorex y Farnborough. La Sra. Freddy se une a su marido y a Lord John.

LADY JOHN. (*Amable, en un aparte a la Srta. Levering*) Querida, creo que tía Lydia Heriot tiene razón. No debemos hacer o decir nada que anime este fermento del feminismo y le diré por qué: es probable que traiga consigo algo terrible.

SRTA. LEVERING. ¿Qué es ese algo terrible?

LADY JOHN. La rivalidad de género.

SRTA. LEVERING. (*Se levanta*) Ya está aquí.

LADY JOHN. (*Muy seria*) No diga eso. (*Jean se ha ido separando del grupo de la Sra. Heriot y la ventana y se queda detrás de Lady John, mirando a la Srta. Levering*)

SRTA. LEVERING. (*A Lady John*) Usted ya sabe que está aquí y le da miedo mencionarlo.

LADY JOHN. (*Se gira y ve a Jean muy seria*) Si está aquí es culpa de esas agitadoras.

SRTA. LEVERING. (*Amable*) Ninguna mujer empieza ese camino. (*Se inclina hacia delante con las manos unidas*) Todas las mujeres están en un estado de sujeción natural (*sonríe a Jean*), no, mejor dicho, son leales a su idea de romance y de ser madres. Y lo encarnan en un hombre. (*Mira a la cara a Lady John*) Seamos sinceras. Todas las mujeres saben por qué esa lealtad murió.

Lady John se gira rápida y ve a Lord John que se acerca con el Sr. Freddy y se une a ellos al pie de las escaleras. La Srta. Levering se ha

acercado a la mesa a por sus guantes, etc… y entre los papeles se le cae el pañuelo que tenía en su librito.

JEAN. (*En voz baja a la Srta. Levering*) Toda esa charla en contra de las malvadas sufragistas, me ha entrado la curiosidad de ir y escuchar lo que tienen que decir.

SRA. LEVERING. (*Sonriendo ampliamente como si hubiera encontrado lo que estaba buscando, como si hubiera encontrado la cinta del sombrero)* Bien, ellas se reunirán en Trafalgar Square a las tres.

JEAN. ¿Esta tarde? Pero no sé cómo voy a llegar a la ciudad, a menos que me invente una excusa.

LORD JOHN. (*Benevolente*) ¿Todavía hablando de los planes del refugio?

SRTA. LEVERING. No, dejamos el tema hace tiempo.

LORD JOHN. Y ¿de qué es la charla ahora?

Jean mira confusa a la Srta. Levering.

SRTA. LEVERING. De…de lo último en cintas del sombrero, (*ata la suya al sombrero*).

GREATOREX. ¡La invencible frivolidad de una mujer!

LORD JOHN. (*Cordial*) No las rete. Es un buen tema.

SRTA. LEVERING. *(Pícara*) Oh, temía que usted nos despreciara por ello.

LOS DOS HOMBRES. (*Condescendientes*) En absoluto, en absoluto.

JEAN. (*A la Srta. Levering mientras aparece el lacayo*) Oh, vienen a por usted. No olvide el libro. (*El lacayo trae un telegrama para Jean*), anda, es para mi.

SRTA. LEVERING. Pero es hora de que yo… (*Cruza hasta la mesa)*

JEAN. (*Abre el telegrama*) ¿Puedo? (*lee, y mira a la Srta. Levering*) Tengo su libro. (*Se lo da y mira el libro*) ¡Dante! ¿Por dónde va? (*Abre por el señalizador*) Oh, ¡El Infierno!

SRTA. LEVERING. No, esto en un lugar peor.

JEAN. No sabía que hubiera uno peor.

SRTA. LEVERING. Sí, es peor con Los Cobardes.

JEAN. No lo recuerdo, ¿Eran los Güelfos o los Gibelinos?

SRTA. LEVERING. (*Sonriendo*) Ninguno, por eso Dante no los toleraba. (*Más seria*) Decía que no había sitio en el cielo ni en el purgatorio, ni siquiera una esquina en el infierno, para las almas que se quedan fuera de la lucha. (*Mira fijamente a la chica*) Los llamaba "desgraciados que nunca vivieron", porque nunca sentían el dolor del partidismo. Así que ellos caminan sin rumbo por el borde del limbo entre los abortados y los repudiados de la Creación.

JEAN. (*Respira hondo después de mirar sin parpadear. Cuando la Srta. Levering se gira para decir adiós, Jean mira el telegrama*). Tía Ellen, tengo que ir a Londres.

Stonor, que acaba de entrar, lo oye pero hace como que habla con el Sr. Freddy.

LADY JOHN. ¡Querida niña!

SRA. HERIOT. ¡Tonterías! ¿Está tu abuelo peor?

JEAN. (*Dobla el telegrama*) No, no. No lo creo. Pero es necesario que vaya, a pesar de todo.

SRA. HERIOT. Ve con el señor Stonor.

JEAN. Dijo que tenía que irse justo después del almuerzo.

LADY JOHN. Voy a acompañar a la Srta. Levering a la puerta y ahora vuelvo y lo hablamos.

LORD JOHN. (*A la Srta. Levering*) ¿Por qué está usted despidiéndose como si nunca fuera a volver?

SRTA. LEVERING. (*Sonríe*) Una nunca sabe. Quizá no vuelva. (*A Stonor*) adiós.

Stonor se inclina ceremonioso. Los otros ríen. Stonor se derrumba.

JEAN. (*Impulsiva*) ¡Puede que no haya otro tren! Srta. Levering…

STONOR. (*De pie delante de ella*) ¿Y qué si no hay? Te llevaré en coche.

JEAN. (*Intensamente*) ¿De verdad? (*Se le cae el telegrama sin darse cuenta*). Debo estar a las tres.

STONOR. (*Recoge el telegrama y un pañuelo que había cerca y echa un vistazo al telegrama*) ¿Por qué? ¡Es solamente una invitación para cenar…el miércoles!

JEAN. Chiss. (*Coge el telegrama y se lo pone en el bolsillo*)

STONOR. Oh, ¡ya veo! (*en voz baja, sonríe*) Me encanta que organices que nos vayamos así. ¡Eres una chica lista!

JEAN. No es eso lo que estaba organizando. Quiero oir lo que esas mujeres tienen que decir en Trafalgar Square, las sufragistas.

STONOR. (*Incrédulo pero sonríe*) ¡Qué absurdo! (*Mira a la Lady John*). Además creo que a ella no le gustará que te saque de aquí tan rápido.

JEAN. Entonces tendrá que inventarse una excusa y venirse con nosotros.

STONOR. Ah, no sería lo mismo…

JEAN. (*Dice rápidamente*) Y podemos estar de vuelta aquí para la cena.

Geoffrey Stonor mira el pañuelo que todavía tiene en la mano, y lo dobla de esquina a esquina.

JEAN. (*Como ausente*) ¿Mío?

STONOR. (*Sin pensar*) No. (*Se lo da a la Srta. Levering cuando pasa por su lado*) Suyo.

La Srta. Levering, de camino a la entrada con Lord John no se da cuenta.

JEAN. (*Coge el pañuelo y se lo entrega a la Srta. Levering, mira la esquina bordada con una letra, se para*) Pero no es una L., ¡es una V.! (*Geoffrey Stonor de repente se gira y coge el periódico*)

LADY JOHN. (*Desde la entrada*) Venga Vida, por aquí, la acompaño.

SRTA. LEVERING. Sí, voy.

Sale la Srta. Levering.

JEAN. Yo no sabía que su nombre de pila es Vida, ¿cómo lo sabías tú?

Stonor mira el periódico en silencio.

Telón.

ACTO DOS

Primera escena

Lado norte de la columna de Nelson en Trafalgar Square.

El telón sube entre un clamor. La multitud, que aumenta de repente, está compuesta principalmente por jóvenes debiluchos y viejos haraganes. Hay unos pocos artesanos decentes; algunos cerveceros; tres o cuatro mujeres que trabajan en una casa como sirvientas o en un restaurante del Strand; una mujer mayor de negro que mira fijamente y escudriña las caras de los hombres y ríe nerviosa de tanto de tanto; una o dos mujeres de negocios tranquilas, de entre treinta y cuarenta años; dos hombres de clase media que miran fijamente y susurran y sonríen. Un anciano tranquilo con un montón de periódicos del domingo sin vender bajo el brazo y con una atención embebida, y con la mano que tiene libre detrás de oreja para escuchar mejor. Una mujer de cuarenta con los anteojos se pasea con un montón de propaganda para repartir. Muchos de los hombres están fumando cigarrillos o en pipa. En los extremos de la multitud, de cientos, dos hombres elegantes con sombreros brillantes merodean, levantan el monóculo, y se van paseando.

En medio de la escena hay una plataforma, con una gran bandera roja, un palo sujetado por un hombre delgaducho, el otro palo por un niño de ocho años pequeño y sucio. En la parte baja de la bandera se lee Votos para las Mujeres, con enormes letras blancas. Es de desear que se consiga el efecto de la altura sobre la multitud de las personas que hablan desde el escenario.

Cuando la cortina se levanta una mujer de clase trabajadora levanta los brazos y habla muy inteligente, su voz no llega bien debido a la muchedumbre. Viste de marrón y parece que tiene mal color de cara. A su lado el moderador de de la mesa intentando que el público la escuche. Allen Trent es alto, delgado, de cabello marrón, cuarenta y ocho años, ligeramente jorobado, con un aspecto agradable, buena voz, con el aspecto de un visionario. Detrás de ellos, mirando o hablando entre ellas, hay varias mujeres vestidas muy cuidadosamente; una destaca sobre las demás, joven, muy delgada, y con mucha gracia; mejillas coloradas y redondas, labios color escarlata, cabello marrón naturalmente ondula-

do, y cierto aire de chiquilla. Mira a la turba sin inmutarse. La voz del moderador de la mesa casi no se oye.

MUJER TRABAJADORA. (*Con el dedo señalando, y la voz que sobresale sobre el tumulto*) Tengo hijos y nos reímos de todo esto, pero estoy avergonzada y también lo estarían ellos si vieran como os estáis comportando hoy (*risas generalizadas*). La gente dice que esto es un movimiento de la mujer de clase media pero es una falsedad. Yo soy una mujer trabajadora, la esposa de un trabajador (*Voz: pobre hombre*). Soy una pobre guardiana de la ley y…

JOVEN RUIDOSO. Mira esto, ¡Qué gracioso!

Risas.

VIEJO VENDEDOR DE PERIÓDICOS. Oh. Venga ya. ¡Cállate!

JOVEN RUIDOSO. ¡Porque tú lo digas!

VOZ. ¡Vete a casa a lavarle los calcetines a tu viejo!

VOZ. ¡Ponte a limpiar las escaleras!

MUJER TRABAJADORA. Vaya mierda de ama de casa que deja las escaleras para el domingo por la tarde. Quizá es cuando tú limpias las tuyas. Yo hago las mías por la mañana antes de que todos vosotros os despertéis.

VIEJO VENDEDOR DE PERIÓDICOS. ¡Muy cierto lo que dice! Cada palabra.

MUJER TRABAJADORA. Decís que las mujeres no servimos para pensar en política. ¿Qué es la política? (*un clamor*) Pues cuidar de la casa pero más grande. ¿No vivís en casas bien cuidadas? Y le dais a vuestras esposas su salario.

Risas y burlas.

VOCES. Eso es lo que quiere, nuestro dinero. ¡Dios mío!

MUJER TRABAJADORA. Si solo fuera por nuestra comodidad ¿Creéis que muchos de vosotros, hombres trabajadores darían dinero a sus mujeres? ¡No! ¿Cuál es la razón por la que

miles de ellos lo hacen? Porque el hombre trabajador sabe que una libra para él son veinte chelines para ella, y que ella exprimirá los chelines hasta convertirlos en libras. Muchos de vosotros sabéis en qué se convierte una casa en cuanto no la gestiona una mujer. Bien, pues las leyes y el gobierno es lo mismo, un desastre, porque los hombres no han contado con las mujeres para llevar la casa nacional. (*Clamor*) Pero, como os dije, es una falsedad decir que solamente las mujeres bien quieren votar. ¿Qué pasa con las noventa y seis mil trabajadoras textiles? ¿Con las modistas de Yorkshire? Puedo deciros lo que las mujeres pobres piensan de esto. Yo soy una de ellas y puedo deciros que queremos la reforma. Debemos tener derecho a votar (*abucheos*). ¡Y damos las gracias a las mujeres que están en la cárcel por haberlo intentado por todas nosotras!

Con un ligero énfasis final y una mirada sobre su hombro a la mujer mayor y al joven detrás de ella, parece que se quiere ir, pero se frena mientras el murmuro del gentío crece.

OTRAS VOCES. Que se corten el pelo.
No, ¡solamente nosotros!
¡Sufragistas tontas! ¡Que se queden en casa!
Y la policía, que monte filas.
VOZ. (*Más alta que las otras*) ¡Se ve que no pueden!
OTRAS VOCES. ¡Ja, ja! ¡Cállate ya!

Clamor general.

MODERADOR DE MESA. Ustedes evidentemente no saben lo que tenían que haber hecho los hombres antes de la extensión del sufragio en el año 67. Y no son manifestaciones violentas. (*La voz queda sepultada por el ruido*)

MUJER TRABAJADORA. (*Se adelanta de nuevo y su voz sube sobre las demás*) Decís que el lugar de la mujer es la casa. ¿No sabéis que hay un tercio de las mujeres de este país que no pueden permitirse el lujo de quedarse en su casa? Salen para ganar dine-

ro y pagar el alquiles y mantener la casa. Y también hay mujeres que no tienen ni siquiera una miserable casa. No tienen una.

JOVEN RUIDOSO. Tú dijiste que tenías una. ¿Por qué no te quedas en ella?

MUJER TRABAJADORA. Ya habló el hombrecito. Si a uno de los suyos les va bien, no les importa lo que le pase al resto, a las mujeres.

Las voces acallan a la mujer y al moderador de la mesa.

VIEJO VENDEDOR DE PERIÓDICOS. (*Al joven ruidoso*) Anda, tómate media pinta más y vete a casa a dormirla.

MUJER TRABAJADORA. Quizá vuestras casas están bien. Quizá no vivís juntos los mayores, los jóvenes, los casados, solteros en una habitación. Yo vengo de un sitio donde las familias tienen que tienen que vivir con lo puesto. Si no me creéis, venid conmigo y os lo enseño. (*Abre sus brazos*) ¡Venid a los barrios de Poplar y Bow! Ni siquiera os acordáis de las mujeres con muchas horas de trabajo ni de los niños mal alimentados y los agujeros infectos en los que viven. Y encima queréis que no pensemos…

VAGABUNDO. Nosotros nos dedicaremos a pensar, tú vete a cuidar de los niños.

MUJER TRABAJADORA. ¡Ya cuido de mis hijos! He criado a siete. ¿Qué has hecho tú por los tuyos? Quizá tus niños nunca tienen hambre y quizá tú estás satisfecho, aunque tengo que decir que viéndote no lo creo.

VOZ. Mujeres, niños, ¿Qué pasa con los hombres? ¿Todos son felices? (*Risa burlona*)

VOCES. ¡No, no! No precisamente ¿Feliz? ¡Dios!

MUJER TRABAJADORA. No, siento pena por vosotros. (*Voz estridente: "Muchas gracias"*) y os ayudaremos si nos dejáis.

VOZ. ¿Ayudarnos? Nos quitáis el pan de la boca ¡Las mujeres no dejáis de fastidiarnos!

MUJER TRABAJADORA. ¿Por qué una mujer gana menos que un hombre por el mismo trabajo? Solamente porque no podemos tener mejores trabajos. Eso es parte del motivo por el que estamos aquí hoy. ¿De verdad creéis que nos gusta ganar menos?

No. Somos iguales que vosotros. Queremos tanto como podamos conseguir.

VOCES. ¡Vale! ¡Vale! *(Risas*)

MUJER TRABAJADORA. Las mujeres tenemos mucho qué hacer con nuestros salarios. Tenemos niños en los que pensar. Y cuando tengamos nuestros derechos, la carne y la sangre de una mujer no será más barata que la de un hombre y los jefes se hacen ricos sin vosotros y contratándonos a nosotras. Ojala los hombres pudierais ver que tenemos la misma causa, y que si nos ayudáis os beneficia a vosotros.

VOCES. ¡Tonterías! ¡Estupideces!

VIEJO VENDEDOR DE PERIÓDICOS. ¡Tan verdadero como la palabra de Dios!

Ella se retira detrás de la bandera con las otras. Hay algún aplauso.

UN HOMBRE. (*Paternalista*) Bueno, no estuvo tan mal, para ser mujer.

OTRO. No, para ser mujer.

MODERADOR DE LA MESA. (*Hablando por encima del último hombre*) Ahora la señorita Ernestine Blunt hablará…

Aplauso. Risas irónicas, la gente se pega más, atentos. Ernestine Blunt tiene veinticuatro años pero parece más joven. Es muy belicosa. Hay algo divertido y entretenido en ella, como si fuera en contra de su deseo, lo que la hace más cautivadora. No tiene gestos convencionales de ningún tipo al principio. Usa las manos para marcar énfasis aunque de manera inconsciente. Su manera de hablar es menos monótona de la que algunas mujeres emplean, pero ella tiene la costumbre de inclinar el cuerpo al final de cada frase como si subrayara las últimas palabras y así las enfatiza. Es evidentemente práctica, de las que les gusta pensar que no tienen sentimentalismos en su manera de ser y cuyo sentimiento, cuando existe, se comunica de manera magnética a los demás.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Quizá es mejor que empiece explicando un poco nuestra estrategia.

VOCES. (*Chillando*) ¡Estrategia! ¡Ya la sabemos! ¡Crear problemas! ¡Escándalo público!

SRTA. ERNERSTINE BLUNT. Para explicarles qué hemos hecho, debo recordar lo que han hecho otros. Quizá ustedes no saben que las mujeres mandaron su primera petición al Parlamento en el año 1866.

VOZ. ¿Cómo lo sabes?

Ella se para un momento, bajando la guardia por lo repentino del ataque.

VOZ. ¡No estabas allí!

VOZ. Ese fue el problema, ¡ja, ja!

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Y se presentó la petición…

VOZ. Vamos a escucharla ahora que ha salido de la cuna.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. … y presentada en el Parlamento por un gran liberal, John Stuart Mill.

VOZ. ¿Mill? ¿Quién lo conoce en su casa?

SRTA. ERNESTINE BLUNT. En los últimos treinta y seis años las resoluciones han estado entrando y saliendo del debate en el Parlamento. Y esta es nuestra historia. Y ahora nos encontramos terminando el año 95, sin la seguridad de que, si seguimos así, las niñas nacidas en esta generación podrán ejercer los derechos de ciudadanas, aunque lleguen a vivir cien años. Tenemos que intentar otras vías. Nos preguntamos ¿Qué han conseguido los hombres con el sufragismo? Bien, hemos aumentado los niveles...

VOCES. ¡Sin arañar en la cara!

¡Disraeli dáselo! ¡Fuera!

¡Ayudas para los condados!

¡Oh, cielos, la educación!

¡Revueltas Cartistas!

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Pero nosotras no queremos seguir esos ejemplos violentos. No queremos, pero si es la única manera en la que el país nos vea y nos tenga en cuenta, entonces, estamos preparadas.

VOZ. ¡Te enseñarán! ¡Dales un mes!

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Pero no piensen que nos da miedo acabar en la cárcel. Iríamos toda la vida si eso fuera necesario para conseguir libertad para el resto de las mujeres.

VOCES. ¡Escuchad! ¡Escuchad! ¡Tonterías! ¿Por qué los hombres no te ayudan?

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Aquí hay alguien preguntando por qué no ayudan los hombres. En parte es porque todavía no lo entienden…pero lo harán antes de que terminemos. (*Risas*) Todavía no saben lo que está en juego…

RESPETABLE ANCIANO. (*Se ríe en voz baja*) Cielos ¡nos están educando!

VOZ. ¿Qué será lo siguiente?

SRTA. ERNESTINE BLUNT. … y en parte porque el hombre más valiente tiene miedo al ridículo. Oh, sí. Toda nuestra vida hemos escuchado mucho hablar de la timidez y sensibilidad de las mujeres. Y es verdad. Somos sensibles. Pero os digo, el sentido del ridículo atrapa a los hombres. A la mujer la empodera. Hemos conocido el valor del ridículo. Damos la bienvenida al ridículo. Debemos dar las gracias más sinceras a los cómicos. Los que nos dibujan se han convertido en nuestros amigos sin quererlo. ¿Quién pierde el tiempo pintando a quién no es importante? ¿Qué anuncio se recuerda al final?

JOVEN POETA. Cierto.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Si no lo supiéramos por otros medios, las tiras cómicas de los periódicos nos dirían que hemos llegado. Pero nuestra mayor deuda de agradecimiento la tenemos con el hombre que nos llamó gamberras… (*La multitud se ríe*). No somos gamberras pero esperemos que no se den cuenta. Si todo el mundo dijera que somos agradables, mujeres bien educadas, ¿Quién vendría a escucharnos? Ni los hombres (*clamor*). Los hombres nos dicen que no es femenino que nos preocupemos de la política. ¿Cómo saben ellos lo que femenino o no? Eso lo tiene que decidir una mujer. Dejemos que se preocupen ellos de lo que es ser masculino. Les va a llevar todo su tiempo.

VOZ. ¿Hemos terminado? Oh, no.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Ellos dicen que sería un desastre si consiguiéramos el voto, porque entonces seríamos com-

petidoras en la lucha económica. Pero es que eso ya ha sucedido. ¿Saben que ochenta y dos mujeres de cada cien en este país ya ganan un sueldo? Antes se decía que era anti-femenino que las estudiantes se interesaran por las artes, que traen fama y fortuna. Pero nadie dijo nada de que fuera anti-femenino que las mujeres hicieran trabajo duro y mal pagado. Ese trabajo tenía que hacerlo alguien, y los hombres no se lanzaron a por él. ¡Oh, no!

Risas, interrupción.

HOMBRE EN LA PARTE EXTERIOR. Sabe hablar, la pequeña.

OTRO. Oh, todas saben hablar.

BORRACHO Y SUCIO CINCUENTÓN. Me encantaría ser tu marido. Vente pa' casa.

SU COLEGA. Yo la llevo.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. (*Habla por encima del ruido*) Oh, no, dejemos que las mujeres frieguen, cocinen y laven. ¡Está bien! Pero si quieren intentarlo con los trabajos mejor pagados de las profesiones liberales, muy anti-femeninas, ¡Claro! Entonces es otra cosa. Ahora quiero que me escuchen, porque es importante. Los hombres dicen que si seguimos compitiendo con ellos por los premios más altos, vamos a perder toda la protección de su caballerosidad, que, sí, reíros, nos reímos.

(*Se inclina hacia delante con los ojos iluminados*)

Pero las mujeres que conocí en la fábrica de Ferry Tin, trabajando por cinco chelines a la semana, a ellas no las vi reírse. La maravillosa caballerosidad de los jefes no les impide pagar a sus empleadas diez peniques al día por seleccionar carbón y cargar y descargar carretillas, no les impide forzar a las mujeres a que se ganen el pan de maneras mucho peores. Así que no hablemos de caballerosidad. Es muy sarcástico. Dejemos que este fantasma de la caballerosidad de vaya, a cambio de un poco de justicia de verdad.

VOZ. Si la cámara baja del Parlamento no te da justicia, ¿por qué no vas a la cámara alta?

SRTA. ERNESTINE BLUNT. ¿Qué?

VOZ. Mejor te das prisa, antes de que cierren.

Risas, un hombre al fondo le pregunta algo.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. (*No oye nada*) Podrá preguntarme lo que quiera al final del mitin.

RECIÉN LLEGADO. (*Chico de dieciocho* años) Oh ¿Es el momento de preguntar? Señorita, ¿Quién mató a Cock Robin?[6]

Ella está a punto de seguir hablando, pero sobre el ruido general la voz de un hombre al fondo le llega insistente. Se inclina para escuchar lo que dice. Mientras tanto, Geoffrey Stonor acaba de llegar por una esquina seguido de Jean y Lady John.

JEAN. (*Empujando hacia adelante*) ¿Es una de ellas? ¡Qué bajita!

STONOR. (*Dudando*) Yo, yo, supongo.

JEAN. Oh, Geoffrey pregunta a alguien. Estoy muy decepcionada, yo quería escuchar a una de ellas, de las peores.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. (*Al que interrumpe, en el otro lado*) ¿Qué? ¿Qué dice? (*Fuerza el gesto para escuchar, y se pone la mano en la oreja. No se oye lo que se están diciendo ella y el hombre*)

LADY JOHN. (*Ha estado mirando con detenimiento a las personas del escenario, y se gira hacia un trabajador al lado suyo*) Caballero ¿podría decirme quién de ellas son las más provocadoras de jaleo?

TRABAJADOR. Que no la camelen, señorita.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Oh, ya veo, hay un hombre allí preguntando…

JOVEN. Tengo una pregunta. ¿Está casada?

OTRO. (*Risillas*) Venga, aquí tiene una oportunidad, este joven es un buen partido… (*risas*).

SRTA. ERNESTINE BLUNT. (*Sigue como si no se hubiera enterado*)

6 Canción infantil.

HOMBRE. (*Preguntando*) Si las mujeres consiguen la ciudadanía plena y se declara la guerra. ¿Las mujeres irán al frente?

JOVEN POETA. No, de verdad, de verdad ¿ahora?

SRTA. ERNESTINE BLUNT. (*Sonríe)* Bien, ya sabéis que algunos dicen que todo el problema con nosotras es que luchamos. Pero solamente si la necesidad nos obliga a ellos. Nosotras no queremos pelear, lo contrario de los hombres, a los que les gusta pelear por pelear. Las mujeres quieren la paz.

VOZ. Escuchad, escuchad.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Y cuando participemos en los temas públicos tendremos menos probabilidad de una guerra. Pero eso no quiere decir que las mujeres no sepan luchar. Las mujeres Bóer lo hicieron. Las mujeres rusas se enfrentaron a conflictos peores que ninguna batalla. (*La voz le tiembla un poco, y se emociona pero logra controlarse y sigue*) Pero todas las mujeres sabemos que eso no es bueno, queremos la paz. Nuestra participación, y estamos orgullosas de recordarlo, ha sido ir detrás de los hombres en tiempos de guerra, recogiendo los trozos (*un gran clamor*). Sí, parece divertido, ¿verdad? Vosotros salís volando en pedazos, y entonces nosotras llegamos y los pegamos todos. Si saben ustedes algo de enfermería en tiempo de guerra, entonces saben mucho del trabajo que hacemos en la guerra, y siempre se ha hecho.

VIEJO VENDEDOR DE PERIÓDICOS. Así se dice, bien.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Los hombres se quejan de que cada vez más cogemos lo que siempre ha sido suyo. En las fábricas ya no pueden dejar fuera a las mujeres. La única pregunta es ¿cómo vamos a continuar trabajando? Mientras la mujer siga sufriendo malas condiciones, no solamente se hace daño a ella, sino a todos. Pero si los hombres están asustados de nuestra competencia, no hay problema, con gusto les dejamos pelear en las guerras, dejemos que los hombres acaben con vidas. Nosotras damos vida. (*Su voz es cada vez más emotiva y transmite orgullo).* Que nadie se atreva a decir que nuestra tarea no es una de las más peligrosas. Y ya termino, porque aquí me acompañan más personas que quieren hablar y una nueva compañera que quiero que escuchéis.

Ella se retira con aplausos. Hay un intercambio rápido de palabras entre ella y el moderador de la mesa.

VOCES DE LA MULTITUD. La pequeña muy bien, Ernestine es genial.

JEAN. (*Mira a Stonor para ver cómo se lo está tomando todo*) ¿Bien?

STONOR. (*Sonriendo a Jean*) Bien.

JEAN. Nada reprobable en lo que ha dicho, ¿verdad?

STONOR. *(Levanta los hombros*) Oh, reprobable.

JEAN. A la vez hace sentirme muy triste.

STONOR. (*La rodea con el brazo para protegerla*) No debes tomártelo muy en serio.

JEAN. No puedo evitarlo, no puedo Geoffrey. ¡Nunca sabré dar un discurso así!

STONOR. (*Se echa para atrás*) Espero que no.

JEAN. ¿Por qué…? Yo creía que tú querías que yo…

STONOR. (*Sonriendo*) Para dar bonitos discursos con compostura, como yo hice. Así y (*parece que pierde el hilo de lo que quería decir cuando la mira*).

JEAN. (*Con un ligero fruncido de cejas*) Tú dijiste…

STONOR. ¿Qué tienes las mejillas sonrosadas? Bien, sigo pensando lo mismo.

JEAN. (*Sonriendo*) Chiss, no se lo digas a todo el mundo.

STONOR. Y tú eres las única criatura femenina que he visto nunca que no va como un espantajo en los vehículos con motor.

JEAN. (*Emocionada y sonriendo*) Me alegra que no pienses que soy un espantajo.

MODERADOR DE MESA. Ahora pediré a *(no se entiende el nombre*) que se dirija al público.

JEAN. (*Ve cómo Lady John se va para un lado*) Oh, tía Ellen, no se vaya todavía.

LADY JOHN. ¿Irme? No, desde luego que no. Quiero escuchar más. (*Girando la cabeza*). No puedo creerlo, ella era un las peores.

Un hombre alto de color cetrino se adelanta. Su pelo ralo crece a mechones sobre su huesudo cráneo.

VOZ. Este es Pilcher.

OTRA. ¿Quién es Pilcher?

OTRA. Si no te puedes permitir una botella de crece-pelo. ¿Por qué no cortas el pelo?

SR. PILCHER. (*En absoluto incómodo*) Esta mañana he estado hablando en un mitin en Ammersmith y cuando les he dicho que esta tarde iba a estar aquí hablando para las mujeres, bien, pues pasó lo que suele pasar. (*Clamor desde la multitud*) En estos momentos, si uno quiere paz y tranquilidad en un mitin público (*la multitud termina su frase con una carcajada*). Había un hombre en Ammersmith también hablando de que el espacio de las mujeres es su casa. ¿Lo llamáis casa? Tenéis una caseta donde podéis comer y una esquina donde podéis acurrucaros unas horas hasta que volvéis al trabajo. No, hombres, hay demasiados como vosotros que no podéis darles a las mujeres casas en condiciones para vivir, demasiados en ese pelaje que siguen sermoneando sobre las mujeres que quieren hacer de las casas un sitio más decente.

VOZ. Si el voto no nos ha traído nada bueno ¿Qué les va a traer a las mujeres?

SR. PILCHER. Mira aquí. ¿Algún hombre del partido liberal? (*gritos y aplausos*) Bien, no necesito decirles a estos hombres que el voto no ha traído cosas buenas. Ellos lo saben. Y nos traerá cosas mejores cuando sepáis usar el poder que tenéis en las manos y…

VOZ. ¡Poder! Los tipos al fondo de la calle son los que tienen poder.

SR. PILCHER. Eres tú y los hombres como tú, los que les dais poder. Llevasteis a los liberales al parlamento sobre vuestros hombros. (*Aplauso complaciente*) Os creísteis sus palabras amables. Nunca os preguntasteis qué es ser liberal.

VOZ. Aquí tenemos un buen tipo, (*aplausos y abucheos*)

SR. PILCHER. No, no lo es. Y si él es feliz, es solamente porque cree que tú eres tan tonto de remate que le volverás a dar la mayoría de nuevo. (*Risas, también ríe Stonor*) Para que un liberal

esté contento le basta con mirar a los borregos como vosotros, orgullosos y felices, mientras vosotros veis a los líderes liberales abandonar los ideales liberales. (*Voces de acuerdo y protestando*) Enseñadme a un liberal y os enseñaré alguien que da vergüenza. (*Stonor se acerca divertido*) Él esparce sobre el trabajador la luz de cálida y justo al otro lado está guiñando el ojo a los terratenientes. Así demuestra que está entre ellos y los socialistas. ¡Eh! Socialistas, Ja socialistas. (*Risas generalizadas a las que Stonor se une*), los liberales, esos tipos que se sientan en medio.

VOZ. ¡Sobre la valla!

SR. PILCHER. Los tories a un lado, los socialistas al otro. Bien, no siempre se está cómodo en el medio. Les gusta que les expriman. Ahora les digo a las mujeres, los conservadores no os han prometido mucho pero ¡lo que prometen lo cumplen!

STONOR. (*A Jean*) Este tipo no lo hace nada mal.

SR. PILCHER. Los liberales, os prometerán la tierra, pero os darán nada de nada.

Rugidos de aprobación.

JEAN. ¿A qué es divertido? ¿Estás contento de haber venido, verdad?

STONOR. (*Riendo*) ¡Este tipo es realmente bueno!

SR. PILCHER. Nosotros los hombres hemos visto lo que pasa una y otra vez. Pero las mujeres pueden meter más prisa. Ellas no se quedarán paradas. Ellas no han tenido una oportunidad justa ni para reclamar sus derechos. Mientras venía para acá, escuché a un hombre diciendo: "mira esa multitud". Por qué ¡todos somos hombres! Si las mujeres quieren el voto ¿por qué no van a tenerlo? Bien, os diré por qué. Porque tienen que hacernos la cena y ahora están lavando los platos.

VOZ. ¿Entonces tenemos que decirles que se queden en casa y que laven los paltos?

SR. PILCHER. (Ríe a carcajadas) Si nos dejaran todo eso un par de veces quizá entenderíamos qué es la cuestión de las mujeres. Yo sé por qué mi mujer no está aquí. Es porque ella sabe que no soy de mucha utilidad en casa y ella espera que yo pueda con-

seguir algo hablando aquí. Quizá está equivocada. En cualquier caso. Aquí estoy para votar por ella y por todas las mujeres.

VOCES. ¡Escuchad! ¡Escuchad! Ohhh.

SR. PILCHER. Y para deciros a vosotros, hombres, la mejora que va a suceder cuando veamos que las mujeres comparten los asuntos públicos tal y como se merecen.

VOZ. ¿Qué sabrás tú de eso? Ni siquiera sabes hablar bien.

SR. PILCHER. (*Parece tocado un momento, por primera y última vez*) No estoy aquí para hablar bien sino para hablar de la reforma. No estoy defendiendo mi manera de hablar, pero diré que si madre hubiera tenido sus derechos quizá mi gramática hubiera sido mejor.

Stonor y Jean intercambian sonrisas. Él la coge del brazo e inclina su cabeza para susurrarle algo al oído. Ella escucha con la mirada baja y su cara feliz. Esta escena cariñosa dura en unas pocas intervenciones.

Interrupción. Una voz insistente pero no clara. El que habla espera un segundo y luego sigue.

SR. PILCHER. Sí, si las mujeres…

No puede hacerse oir. El moderador de mesa parece agobiado y ansioso. La señorita Ernestine Blunt alerta, mira para todos los lados.

SR. PILCHER. Espere un minuto, ¡medio minuto hombre!

VOZ. ¿A quién le estás hablando? Yo no soy tu hombre.

SR. PILCHER. ¡Qué bien! Parece que hay un caballero que no cree que las mujeres deban tener derecho a votar.

VOZ. ¿Uno? ¡Ja ja! (*risas)*

SR. PILCHER. ¿Quizá no sabe mucho de mujeres? (*comentarios que no se distinguen*) Oh, el caballero dice que está casado. Bien, entonces, por el bien de su esposa no estamos del todo decepcionados. Sin duda ella está diciendo: "Que dios bendiga a esas mujeres que están manifestándose en Trafalgar Square, así tengo la tarde del domingo tranquila para mi".

Risas, Abucheos para el que interrumpe y para el que habla.

SR. PILCHER. (*Señalando)* ¿Por qué? Eres como el hombre de Amersmith esta mañana cuando me estaba preguntando: ¿Te gustaría que los hombres se quedaran en casa y lavaran los platos? (*Risas*) Yo le dije que le daría ningún consejo porque tengo mucho respeto por…

VAGABUNDO. Es su lugar, las mujeres tienen que limpiar.

SR.PILCHER. Creo que en tu caso tienes razón, muchos como vosotros, mírate, no sabéis ni lavaros vosotros mismos, *(risas*).

VOZ. (*Amenazante*) ¿A quién le hablas?

El moderador de la mesa con más ansiedad que antes, movimiento en la multitud.

VOZ AMENAZANTE. ¿A quién te refieres de nosotros?

SR. PILCHER. (*Mirando fríamente hacia abajo*) Para hacer un hombre como es debido necesitamos a diez como vosotros, así que me refiero a todos vosotros...

Réplicas enfadadas que no se distinguen y movimiento en la masa. La señorita Ernestine Blunt que ha estado viendo la crispación con la cara seria, se vuelve de repente, mira a alguien que acaba de llegar al final del escenario. La señorita Blunt se acerca con entusiasmo, y le dice al señor Pilcher claramente:

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Ella está aquí.

Ella le da la mano a alguien para que suba los escalones de la plataforma. Risas e interrupción en la masa.

LADY JOHN. Ahora, aquí tenemos a otra mujer que va a hablar.

JEAN. Oh ¿Sí? ¿Quién? Espero que sea una de las más violentas.

SR. PILCHER. (*Habla encima de Jean, mira a la nueva que acaba de llegar*). Vale, de acuerdo. (*Se vuelve a la izquierda*) Prestemos atención a microbio que nos está viciando el aire a la derecha…

Risas e interrupciones.

Geoffrey Stonor mira, en la distancia, a la nueva que llega, le cambia la cara. Jean suelta su brazo del de él, y de repente se acerca a una sombra más cerca del escenario. Stonor de adelanta y la toma por el brazo.

STONOR. Nos vamos.

JEAN. Todavía no, por favor, oh, no. (*Sin respiración se gira*) ¿Por qué? Yo creía que…

STONOR. (*A Lady John con decisión*) Me llevo a Jean de esta masa, ¿Viene?

LADY JOHN. ¿Qué? Oh, sí, si quieres (*echa otro vistazo*) Pero no es… sí, ¡lo es!

Vida Levering se adelanta. Lleva un abrigo largo, verde liso. Se queda de pie delante de Ernestine Blunt y mira a la multitud con cierta aprehensión.

JEAN. ¡Geoffrey!

STONOR. (*Intentando llevarse a Jean*) Lady John está cansada…

JEAN. Pero no ves quién es ¡Geoffrey! (*Le mira y se queda sorprendida por la mirada que ve en él*)

Lady John ha ido empujando hasta delante, sorprendida, con las gafas levantadas.

Geoffrey Stonor tiene un gesto de incomodidad y se parapeta detrás de dos policías. Jean cada poco tiempo se gira para mirarle con la cara de perplejidad.

SR. PILCHER. (*Retoma su palabra después de un rato de interrupciones*) Me voy a bajar para acabar con ese microbio mientras una señora os dirige unas palabras (*sube la voz*) si es que puede hacerse escuchar.

Pilcher se retira en medio de los abucheos y los aplausos.

MODERADOR DE MESA. (*Acosado e intentando crear una distracción*) Alguien sugiere, y es buena idea, que me gustaría escuchar, (*el ruido baja*) parece ser que se incluirá una cláusula en la ley de sufragio expresamente reservará el derecho para el Ministro, y para cada hombre respetable el poder de impedir el voto a las mujeres de la familia si ellos declaran que no tienen la suficiente inteligencia para poder hacer uso del mismo.

VOVES. ¡Oh! ¡Oh!

MODERADOR DE LA MESA. Ahora, os pido que escuchéis, tan callados como podáis, a una señora que no está acostumbrada a hablar en … en … Trafalgar Square, o , que no está acostumbrada en absoluto.

VOCES. Una muda ¡Bravo! Tres vivas por la muda.

MODERADOR DE LA MESA. Una señora que, como os digo, os contará sus impresiones sobre el sistema policial y de justicia de este país, si os quedáis callados.

Jean mira asombrada la cara de Stonor mientras Vida Levering sube al escenario.

SRTA. LEVERING. Señor moderador, señores, señoras…

VOCES. ¡Habla más alto!

La señorita Levering se pone colorada, se acerca al borde del escenario y sube la voz un poco.

SRTA. LEVERING. Solamente quería decirles que yo estuve presente en el juzgado cuando se acusó a las mujeres de generar disturbios.

VOZ. No deberías mezclarte en lo que no importa.

SRTA. LEVERING. Yo… yo (*balbucea y se calla*)

VOCES. (*Hablando y riendo cada vez más alto*) ¿Cómo se llama? ¿Señora o señorita? A esta no la he visto antes.

MODERADOR DE LA MESA. (*Agobiado*) Ahora, venga ya, no interrumpan.

UNA CHICA. (*Estridente*) Esta no me gusta. Podéis ver que no es una de ellas.

SRTA. LEVERING. (*Intenta empezar de nuevo*) Yo…

VOZ. Son una desgracia, las mujeres que hay detrás de ella.

UN HOMBRE CON UN AIRE PATERNAL. Es la manera en la que os comportáis lo que hace que el gobierno no os conceda lo que pedís.

MODERADOR DE LA MESA. (*Pierde la paciencia*) Es porque tú sigues con eso… (*El ruido aumenta*)

El moderador de la mesa se desespera, levanta los brazos y mueve los labios. La señorita Levering está desanimada, se gira y mira a Ernestine Blunt y hace gestos diciendo: "esto no está bien, no puedo seguir". Ernestine Blunt se adelanta, le dice unas palabras al Moderador de la Mesa, que deja de dar vueltas y mueve la cabeza.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. (*Se dirige a la gente*) Mirad aquí. Si el gobierno retira el derecho al voto porque no le gusta la manera en la que lo pedimos, démoselo a las calladitas. ¿El gobierno quiere castigar a todas las mujeres porque no le gusta el comportamiento de unas cuantas? Quizá es lo que los hombres llaman justicia. Para las mujeres no es justicia.

VOCES. ¡Ja! ¡Ja!

SRTA. LEVERING. Sí, es la primera vez que salgo aquí, pero ellos nunca me han dado el derecho a un voto.

SRTA. ERNESTINE BLUNT. (*Con energía*) ¡No! Y aquí hay una, dos, tres y cuatro mujeres en el escenario. Ahora, todas queremos el voto. Bien, pues estamos de acuerdo en perder todos nuestros derechos civiles si les dan el voto a las otras mujeres.

VOZ. Mirad aquí, la señora dio un discurso, ¡vamos a darle una oportunidad!

SRTA. ERNESTINE BLUNT. Quizá tú, no sabes, no sabes…

VOZ. (*Sarcástico*) ¿Cómo lo vamos a saber si no nos lo dices?

SRTA. LEVERING. (*Sonrojada y riendo*) Gracias. No podemos tener un mejor lema. ¿Cómo lo vas a saber si no conseguimos decírtelo? (*Continua con esfuerzo*) Bien, yo ni lo sabía antes de que a los sargentos y los policías les dieran órdenes de embaucar a la gente a la vez que se escuchaban las acusaciones. Es reclamar algo y te mandan a la policía judicial de Marlborough antes de la de Marylebone.

VOZ. Deberían mandaros a la de Holloway, ¿no?

VIEJO VENDEDOR DE PRENSA. Siga señorita, no se preocupe.

VOZ. ¿Qué esperas de un cerdo sino un gruñido?

SRTA. LEVERING. Te dicen que el juicio rápido es a las 2 pero en realidad se retrasa hasta las 11. Me molestaron mucho y no me creí nada de lo que me dijeron, (*creando suspense*). Sí, eso es lo primero que tenemos que aprender, no creernos todo lo que nos dicen simplemente porque nos lo diga un hombre. Llegué a mi juzgado, no quería llegar tarde, llegué muy temprano. Oí un ruido. En la puerta vi los cascos de dos policías y me dije: ¿Qué clase de crimen me va a tocar escuchar? ¿Es esto para un ladrón que vaya entre los dos policías o será un asesino? ¿Qué clase de delincuente le toca ir antes que a las mujeres que piden su derecho al voto? Pero, aunque lo intenté no pude ver al prisionero. Mi corazón me hizo dudar. Me pregunté ¿será una mujer? Entonces los policías se acercaron y vi *(espera un instante*) a un pequeño, y delgado y medio hambriento joven. ¿Sabéis de qué le acusaban? De robo. ¿Qué había robado ese pequeño criminal? Leche. Allí sentada me pareció que los hombres, que tenían el poder del mundo en sus manos desde el comienzo, lo habían hecho muy mal y que…

VOCES. ¡Oh! ¡OH! Pobre hombre ignorante, ¿Estamos tristes? Oh no.

SRTA. LEVERING. …lo han hecho tan mal que ahora tenemos a pobres y desempleados en esas condiciones. Cuando

nuestro único remedio para un chico hambriento es mandarlo a la policía porque robó un poco de leche, y yo me pregunto por qué los hombres no quieren que se les ayude en algo en lo que han fallado claramente, pues esto significa que ¿no es hora ya de que las mujeres ayudemos en esto?

VOZ. ¿Habría mujeres juezas?

Se queda parada ante la pregunta.

VOCES. ¡Ja! ¡Ja! Magistradas.

OTRA VOZ. ¡Mujeres! Dejemos que prueben primero…

UN ESTUDIANTE DE ARTE HARAPIENTO. (*Pelo largo, sombrero ligero, corbata suelta*) Miles de ellas estudian música, ¿dónde está su Beethoven? ¿Su Platón? Y ¿su Shakespeare femenino?

OTRO. Eso, ¿qué han hecho?

La señorita Levering tensa las manos y empieza a recuperar su posición. Entonces el Moderador de la mesa dice: "Venga, denle a esta dama una oportunidad para que hable, no interrumpan". Ella, con un gesto le dice que "está todo bien".

SRTA. LEVERING. (*Seria y elevando la voz*) Estas preguntas son muy oportunas. Nos las hacen mucho y mes gustaría contestarlas. ¿Desde cuándo la sociedad se sostiene por la existencia de unos pocos genios? ¿Cuántos Platón hay aquí entre la multitud?

VOZ. (*Muy alto y chillón*) ¡Buen punto!

SRTA. LEVERING. Ninguno. Y esto no impide que os registréis para votar. ¿Cuántos Shakespeare hay en Inglaterra hoy? Ninguno. Y el estado no se cae a trozos. Se construyen vías de tren, barcos, casas y los niños siguen naciendo. ¡El mundo sigue adelante! (*Se inclina hacia delante*) ¡Y sigue gracias a la gente normal!

VOCES. (*Sumisos*) ¡Escuchad! ¡Escuchad!

SRTA. LEVERING. Personalmente me da igual si pensáis que las mujeres pueden o no pintar grandes cuadros, o componer música maravillosa o escribir libros increíbles. Me basta con

que estemos con la gente normal, que hacen que el mundo se mueva. Pero (*toma aire*) me gustaría que el mundo fuera mejor. Estamos hablando de justicia. Me he enterado de la clase de alojamiento en la que viven las mujeres sin hogar más pobres en esta ciudad de Londres. Y parece que solamente los hombres en la misma situación tienen un alojamiento. Parece que algunas medidas se presentaron al ayuntamiento para que las mujeres tuvieran casas de acogida semejantes a las de los hombres. Y estudiaron la cuestión muy cuidadosamente. Y ¿Qué decidieron? Pues que no podían hacer nada.

LADY JOHN. (*Se vuelve hacia Stonor*) ¿De verdad?

STONOR. (*Hablando sobre las palabras de Levering*) No lo sé.

SRTA. LEVERING. ¿Por qué esa institución con poder no pudo hacer nada? Pues porque si estas casas baratas y decentes se abren a las mujeres, dijeron, entonces las mujeres sin hogar ¡las usarían! Bien, quizá pensaréis que no estoy siendo sincera. Pero esa fue precisamente la decisión que tomaron y los motivos. Esas mujeres cuya lucha más amarga por sobrevivir las ha llevado a una vida horror…

STONOR. (*Severo a Lady John*) Cree que esto es el tipo de asuntos… (*Con la cabeza señala a Jean*).

SRTA. LEVERING. …las mujeres marginadas podrían hacer uso de estos albergues, decentes y baratos. Pues resulta que solamente pueden los hombres. ¿Solamente ellos valen para usar los alojamientos? ¿Son todos unos angelitos? ¿O es que los errores cometidos por los hombres no tienen importancia? Todavía se les recomienda a las mujeres que dependan de la caridad de los hombres.

Los dos policías que al principio daban paseos, se han quedado parados escuchando justo detrás de Stonor. Se dan la vuelta, siguen caminando y dejan a Stonor a la vista, avergonzado, se mueve nervioso y Vida Levering le mira fijamente. La cara de ella cambia un poco y le fallan los nervios por un instante.

SRTA. LEVERING. ¡Justicia y gallardía! (*Levanta la voz y habla más deprisa*) me recuerda lo que ustedes leen en las noticias,

y de lo que se cuenta del juicio a la chica de Manchester por el asesinato de su hijo. No es un tema agradable. Incluso aunque sepamos que existe, no se habla de ella en mi grupo de conocidos. Hace algunos meses yo misma habría apartado mis ojos del titular rápidamente. Pero esta mañana en las noticias leí estas cosas. Como sabrán, el asunto es que una chica trabajadora, huérfana y con 18 años, dejó el cadáver de su hijo recién nacido en la puerta de su jefe y se fue arrastrándose medio desmayada. Unos días después se ve delante de un juez, y juzgada por el asesinato de su hijo. Su jefe, un hombre casado, por supuesto informó a la policía del hallazgo en su puerta y se le reclamó para que diera su testimonio. La chica le gritó en el juzgado: "eres el padre". Él no podía negarlo. El juez reprochó al hombre su comportamiento y se lamentó de que la ley no le hiciera responsable a él. Así que se fue de rositas. Y la chica ahora está cumpliendo condena en la cárcel.

Susurros y comentarios que no se entienden en la multitud excepto la voz de Jean.

JEAN. (*Se dirige a Stonor*) ¿Por qué te disgusta tanto?

STONOR. ¿Yo? ¿Por qué crees que yo…?

JEAN. (*Con cierto aire temeroso*) Nunca te había visto la mirada que tienes…

MODERADOR DE LA MESA. Orden, por favor, escuchen a la dama…

SRTA. LEVERING. (*Señalándole que todo va bien*) Los hombres alardean de que al ciudadano inglés se le juzga por sus iguales. Y ¿a las mujeres? (*refuerza la voz*) A la mujer la arresta un hombre, la juzga un hombre, la condena un hombre, un hombre la lleva a la cárcel, y un hombre la cuelga. ¿Dónde están sus iguales? ¿Por qué los hombres insisten tanto en ser juzgados por sus iguales? Así la justicia no se pervierte, ¿no? Un igual es el que mejor entiende sus circunstancias, sus tentaciones, el grado de su culpabilidad. No hay semejante igualdad entre las diferentes clases de hombres como las que existe entre hombre y mujer. Qué hombre tiene el conocimiento que le hace adecuado para

juzgar las acciones de una mujer en un momento de angustia (*baja la voz y se inclina a la masa*) ese momento es el que alguna mujer lucha para traer a un hombre al mundo. Me he dado cuenta de que el hombre que ha hablado antes y ha mencionado al partido laborista, ustedes han aplaudido. Algunos se llaman laboristas, pues sepan que cada mujer que trae un hijo al mundo es una laborista. Y ninguno de ustedes puede juzgar por lo que pasa la mujer en ese momento de angustia…

JEAN. (*Con miedo en la mirada, mira a su amor, la cara pálida, susurra*) Geoffrey…

SRTA. LEVERING. (*Tomando aire, sigue hablando bajito*)… en esa gran agonía cuando, incluso con las mejor condiciones que el dinero y el amor pueden comprar, muchas mujeres caen en una depresión temporal, y no pocas acaban suicidándose. En el caso de la pobre chica abandonada, ¿qué hombre puede juzgar con justicia sus actos en ese terrible momento de locura transitoria? Las mujeres sabemos de estas cosas como los que caminan sobre fuego saben sobre las llamas.

Stonor hacia un movimiento hacia Jean y ella se gira mirando de frente al público. Ella dirige sus propias manos hacia su garganta como si se estuviera ahogando. Por su cara se puede entender que "ella lo sabe". La señorita Levering se inclina sobre el escenario y habla con gran inteligencia y en voz bajita.

SRTA. LEVERING. Para terminar diría a las mujeres aquí que no es suficiente sentir pena por estas desafortunadas hermanas. Tenemos que conseguir condiciones de vida más justas. Las mujeres deben organizarse. Debemos aprender a trabajar juntas. Todas, ricas, pobres, felices, infelices, todas hemos trabajado solamente para los hombres. No sabemos trabajar para nosotras. Pero debemos aprender. Aquellas que puedan, que por favor den dinero…

VOCES. (*Quejas*) Oh, sí, ¡Dinero! ¡Dinero!

SRTA. LEVERING. Aquellas que no tengan dinero, incluso las que son tan pobres que no pueden dar parte de su trabajo,

pueden compartir su cariño y su apoyo. (*Se vuelve para escuchar lo que el Moderador de la mesa le está susurrando*).

JEAN. (*Bajito a Lady John*) Oh, me alegro de tener poder.

LADY JOHN. (*Desconcertada*) ¿Poder? ¿Tú?

JEAN. Sí, el dinero.

Lady John intenta hacerse camino para acercarse a Stonor.

SRTA. LEVERING. *(De repente termina de escuchar al Moderador de la mesa y se dirige al público*) Oh, sí. Y espero ustedes se unan a la Asociación. Suban aquí después de la reunión y pueden apuntar sus nombres.

VOZ ALTA. Ningún hombre se apuntará.

SRTA. LEVERING. (*Con energía*) ¡Me refiero a las mujeres!

Está a punto de retirarse cuando los ojos se le iluminan, y se dirige por última vez al público, silenciando el rumor generalizado y atrayendo la concentración de la gente con la pasión que transmite con la voz.

SRTA. LEVERING. Sería estupendo que los hombres y las mujeres estuvieran en esto juntos, codo con codo, pero la gran mayoría de los hombres no moverían un dedo. Espero que con el tiempo ellos se den cuenta de todo lo que han renunciado. De momento, y como muchos hombres dicen, sería un mal día para Inglaterra si todas las mujeres pensaran de los hombres lo que pienso yo.

Se retira con un alboroto. Las otras mujeres del escenario se acercan a ella. El Moderador de la mesa intenta en cabo hacerse escuchar en la multitud alterada. Jean intenta abrirse camino entre la multitud delante de ella.

STONOR. (*Grita*) Aquí, ¡sígueme!

JEAN. No, no, yo…

STONOR. Vas por el camino equivocado.

JEAN. Este es el camino por el que debo ir.

STONOR. Puedes salir más deprisa por aquí.
JEAN. Es que no quiero salir.
STONOR. ¡Qué! ¿A dónde vas?
JEAN. A pedirle a esa mujer que me dé el honor de trabajar con ella.

Ella desaparece entre la multitud.

Telón.

ACTO TRES

Primera escena

En la habitación de dibujo en la casa del viejo Señor Dunbarton en Eaton Square. Seis de la tarde del mismo día. Cuando se abre el telón la puerta se abre y entra Jean, mira su asiento, cruza la estancia, caminando despacio sobre los espacios de suelo de madera entre las alfombras. Se acerca a la ventana y está a punto de deshacer los lazos de las cortinas cuando el mayordomo abre las puertas correderas.

JEAN. (*Al mayordomo*) Chiss (*Se acerca silenciosa a la puerta que ella ha dejado abierta y la cierra. Cuando vuelve, el mayordomo ha dado un paso para acomodar a Stonot y se ha ido, cerrando las puertas correderas. Stonor se adelanta rápido. Va a decir algo*). Habla bajo por favor.

STONOR. (*Enfadado*) Te estuve esperando una hora.

Ella se gira como buscando una silla cerca.

STONOR. Si no te importa dejarme tirado de esa manera, por lo menos podrías haber pensado en Lady John.

JEAN. (*Con pausa*) ¿Está ella aquí contigo?

STONOR. No. Yo estaba más cerca y ella estaba cansada. La dejé tomando un té. No sabíamos si tú estarías aquí o qué te habría pasado.

JEAN. El señor Trent nos pidió un coche.

STONOR. ¿Trent?

JEAN. El Moderador de la reunión.

STONOR. ¿Nos pidió?

JEAN. A la señorita Levering y a mi.

STONOR. (*Agitado*) A la señorita Le…

Entra el señor Richard Farnborough, con más frenesí que nunca.

FARNBOROUGH. (*Mira a Stonor*) ¡Por fin! Perdóneme esta intrusión señorita Dunbarton, pero cuando se lo cuente… (*se gira a Stonor*) Le están llegando telegramas de todo Londres. Y me están colocando en su entorno.

STONOR. ¿Quién? ¿Qué sucede?

FARNBOROUGH. (*Se coloca el sombrero y busca nervioso algo en el bolsillo del pecho*) Anoche, en Dutfield estaba el demonio. El liberal ha destrozado su mitin.

STONOR. ¡Oh! No he visto nada el periódico del domingo.

FARNBOROUGH. ¡Espere A la prensa de mañana por la mañana! El desgraciado dio un discurso maravilloso.

STONOR. ¿Acerca de qué?

FARNBOROUGH. Abolición de la Cámara Alta.

STONOR. Cuando yo estaba estudiando del Eton ya hablaban de eso.

FARNBOROUGH. Sí, pero este tipo nuevo tiene una manera diferente de decirlo… la gente se volvió loca. *(Pomposo*) La plataforma Liberal ha descrito Dutfield como el comienzo de un cambio.

STONOR. (*Frío)* Eso es lo que piensa usted...

FARNBOROUGH. Bueno, su agente piensa lo mismo (*Abre un telegrama*)

STONOR. Mi… (*Coge el telegrama*) "Busca a Stonor", mmm, mmm.

FARNBOROUGH. (*Señalando*) "el tremendo efecto del manifiesto liberal de anoche tendrá su respuesta en los periódicos de mañana". (*Listillo*) Ve, señor Stonor, es un grito de guerra.

STONOR. (*Se vuelve sobre sus talones*) ¡Estupideces!

FARNBOROUGH. (*Un poco frustrado*) Bien, han estado diciendo que no tenemos nada que ofrecer excepto el personaje popular. Ninguna reforma, no…

STONOR. Nada de ceder a la masa, imagino, (*se aleja nervioso).*

FARNBOROUGH. (*Desairado*) En estos días de democracia (s*e vuelve a Jean buscando apoyo*), espero que perdone mis modales. (*Contrariado por la cara de ella*) Pero puedo ver que se da cuenta de la gravedad (*baja su voz con la intención de dirigirse a ella solamente*).

Él no es un simple miembro del partido. Todo el mundo sabe que estará en el gobierno.

STONOR. (*Seco*) Si es que hay un gobierno liberal.

FARNBOROUGH. Nadie lo podía imaginar hasta anoche. Por qué, incluso su propio hermano, aunque me temo que puedo parecer entrometido (*se quita el sombrero*).

STONOR. (*Muy frío*) ¿Qué pasa con mi hermano?

FARNBOROUGH. Me encontré con Lord Windlesham cuando yo salía corriendo del Carlton.

STONOR. ¿Dijo algo?

FARNBOROUGH. Le conté las noticias de Dutfield.

STONOR. (*Impaciente*) ¿Y?

FARNBOROUGH. Dijo que eso solamente confirmaba sus temores.

STONOR. (*Casi sin respirar*) ¿Eso fue lo que dijo?

FARNBOROUGH. Sí. La derrota es inevitable, eso cree él, a menos que… (*Pausa, Geoffrey Stonor que ha estado paseando, se para pero no levanta la mirada)…* a menos que no "fabrique alguna dinamita política en las próximas horas", esas fueron sus palabras.

STONOR. (*Vuelve a caminar, arriba y abajo, con la mirada en el suelo. Se para*.) Debes estar cansada.

JEAN. No, no.

STONOR. (*A Farnborough*) Le agradezco que se tome tantas molestias. (*Le da la mano con la idea de que se vaya*). Veré lo que podemos hacer.

FARNBOROUGH. (*Le ofrece escribir un telegrama*) Si quisiera escribir algo, yo mismo lo mandaría.

STONOR. (*Divertido*) Mi joven amigo, no lo entiende. Movimientos de este tipo no son los adecuados de acuerdo con una política responsable. Tengo que pensarlo.

FARNBOROUGH. (*Desilusionado*) Oh, bien, solamente espero que nadie más salte a la palestra antes que usted. (*Mira el reloj*)Ya le digo (*a Jean*) que me enteraré de a qué hora entran los periódicos en la rotativa en domingo. Adiós (*a Stonor*) estaré en el Club en caso de que me necesite para algo.

STONOR. (*Con seriedad*) No, no, no haga eso. Si tengo algo nuevo que decir…

FARNBOROUGH. (*Febril*) Pe - pero con el partido, como dijo su hermano, "se enfrenta a un desastre electoral".

STONOR. Si decido contratacar mandaré un telegrama a las oficinas centrales. Adiós.

FARNBOROUGH. Oh, a - adiós. (*Apesadumbrado*).

Jean toca la campana. Farnborough sale.

STONOR. (*Mirando fijamente la alfombra*) "Dinamita política" ¿eh? (*pausa*). Después de todo… las mujeres son mucho más conservadoras que los hombres, ¿verdad? (*Jean mira hacia delante sin la menor intención de contestar*) Especialmente las mujeres con propiedades. (Él mira a Jean como si se acabara de dar cuenta de su silencio). Ves, ahora (*Se sienta en una silla*) el motivo por el que te he animado a interesarte por la política. Porque la gente como nosotros no salimos gritando, no hay señal exterior que indique que no vemos, algunos, lo que hay. Por poco que sea lo que quieren, las mujeres de nuestra clase se conformarán. Las mejores cosas del mundo, todo lo que la civilización ha ganado estaría en peligro si, cuando llegue el cambio, las únicas mujeres que tienen práctica en la política son las mujeres de clase baja, inoculadas con el virus socialista (*frunce el ceño*)

JEAN. Geoffrey.

STONOR. (*Retoma el telegrama delante de él*) Veamos, cómo podemos ponerlo, cuando llegue el momento, ¿vale?

Stonor coge un lápiz y se inclina para escribir. Jean abre los labios para hablar, se mueve como una sombra más cerca de la mesa y termina sentándose de nuevo, con cara de incredulidad, triste.

STONOR. (*Sostiene el papel, sonriendo*) ¡Vaya dinamita! Quizá demasiado, ¿no crees? ¿Cariño?

JEAN. Geoffrey, lo sé todo.

STONOR. ¿De qué?

JEAN. De la señorita Levering.

STONOR. ¿Quién?
JEAN. Vida Levering.

Stonor se queda parado sin palabras. Pequeña pausa.

JEAN. (*Habla y llora a la vez*) ¿Por qué la abandonaste?
STONOR. (*Estupefacto*) ¡Yo! ¿Yo?
JEAN. Oh, ¿por qué lo hiciste?
STONOR. (*Agitado*) Por dios, ¿qué te ha contado?
JEAN. Alguien me contó parte, luego la manera en la que la mirabas en casa de tía Ellen, la señorita Levering diciendo que no la conocías, y luego se te escapó que sabías su nombre de pila en el pañuelo. ¡Oh! Todo encaja.
STONOR. (*Recuperando la compostura*) ¡No se puede negar tu ingenuidad!
JEAN… Y luego, cuando ella habló en el meeting sobre la "hora oscura" yo te miré, y entonces lo entendí, ¿Por qué la abandonaste?
STONOR. Yo no la abandoné.
JEAN. Ahhh (*Se tapa los ojos con las manos*).

Stonor hace un movimiento hacia ella, y ella balbucea:

JEAN. Estoy desolada, desolada.

Stonor mira agitado. Jean deja caer las manos sobre su regazo e habla inmutable.

JEAN. Entonces ella huyó de ti, ¿no?
STONOR. No quieras que entre en este tema.
JEAN. ¿Huyó de ti?
STONOR. (*Con una mirada de enfado incontrolable*) ¡Sí!
JEAN. ¿Se fue porque no te ibas a casar con ella?
STONOR. No podía casarme con ella y ella lo sabía.
JEAN. ¿Tú querías?
STONOR. (*Piensa por un momento y luego baja la mirada*) Creía que sí, luego… Fue hace mucho tiempo.

JEAN. Y ¿por qué no podías?

STONOR. (*Un momento de gran irritación*) ¿Por qué me reprochas? Es un tema que concierne a otra mujer.

JEAN. Si dices que el tema no es asunto mío, estás diciendo (*le tiembla la voz*) que tú no eres asunto mío.

STONOR. (*Controlando su temperamento con dificultad*) En esos días, yo, yo, dependía totalmente de mi padre.

JEAN. ¿Por qué? Ya tendrías treinta años Geoffrey.

STONOR. (*Pequeña pausa*) ¿Qué? Oh, más o menos.

JEAN. Y todo el mundo dice que eres muy listo.

STONOR. Bien, están equivocados.

JEAN. (*Se acerca*) Debe haber sido terriblemente duro. (*Stonor se gira hacia ella*) para los dos. (*Stonor se queda de piedra*) Que un hombre como tú no tuviera la liberta que incluso los de clases más bajas tienen.

STONOR. ¿Libertad?

JEAN. Para casarse con la mujer de su elección.

STONOR. Ella no rompió conmigo porque yo no pudiera casarme con ella.

JEAN. ¿Por qué entonces?

STONOR. Eres muy joven para hablar del tema (*se gira un poco*).

JEAN. No soy tan joven como cuando ella…

STONOR. (*Gira hacia ella*) Muy bien, ¡pues allá va! La verdad es que, no parecía que ella le diera tanta importancia al hecho de que no pudiera casarme con ella, como le das tú.

JEAN. ¿Por qué estás tan seguro de eso?

STONOR. Porque ella ni lo mencionó cuando me escribió para decirme que iba a desprenderse de… de…

JEAN. ¿Qué le haría escribir eso?

STONOR. (*Con rabia*) ¿Por qué sigues hablando de algo que sucedió hace tiempo?

JEAN. ¿Qué motivos te dio?

STONOR. Si tienes tanta curiosidad por qué no le preguntas a ella.

JEAN. (*Le mira fijamente*) Tienes miedo de contármelo.

STONOR. (*Intentando responder con calma*) Esperaba, en ese momento, ganarme a mi padre. Ella me culpó porque (*se acerca a la ventana y mira a lo lejos y habla en voz baja*) si el bebé hubiera vivido no habría sido posible que mi padre no le diera importancia.

JEAN. ¿Querías que no le diera importancia? No entiendo nada.

STONOR. (*Se vuelve hacia ella*) Por supuesto que no lo entiendes. (*La agarra de los hombros e intenta acercarla*) Si lo hicieras, no serías la criatura bonita, tierna e inocente que eres.

JEAN. (*Ha retirado su mano, se ha apartado de él, como con un impulso, elocuente*) Me alegro de que no quisieras abandonarla, Geoffrey. No fue culpa tuya después de todo, simplemente un malentendido que puede aclararse.

STONOR. ¿Aclararse?

JEAN. Sí. Aclararse.

STONOR. (*Horrorizado*) No estarás pensando que ese viejo romance que he olvidado…

JEAN. (*Susurra con horror, mirando la puerta*) ¡Olvidado!

STONOR. No, no. No quiero decir exactamente olvidado. Pero me estás torturando así que no sé qué decir, *(se acerca más*). Tú no, Jean, ¡tú no dejarás que esto se interponga entre nosotros dos!

JEAN. (*Se acerca el pañuelo a los labios y luego lo aparta y dice muy seria*) No puedo hacer o deshacer lo que ha pasado. Pero me alegro de que al fin no quisieras abandonarla con su problema. Y así se lo dirás la próxima vez que la veas, ¿de acuerdo? (*se dirige a la puerta*).

STONOR. ¿A dónde va? (*Sube la voz*) ¿Por qué habría de recordarle lo que solamente quiero olvidar?

JEAN. (*Con el dedo en los labios*) Chisss.

STONOR. (*Mirando la puerta*) No quieres decir que ella está…

JEAN. Sí. Dejé que descansara un poco. (Él retrocede con rabia incontrolada. Ella le sigue. Sin decir palabra, él coge su sombrero) Geoffrey, no te vayas antes de escucharme. No sé si lo que yo pienso te importa ahora, pero espero que sí. (*Con lá-*

grimas) Todavía puedes hacer que yo piense en ti sin temblar, si quisieras.

STONOR. (*La mira fijamente. Luego duramente*) ¿Qué es lo que me estás pidiendo?

JEAN. Reparar el daño, Geoffrey.

STONOR. (*Con un estallido*) ¡Tú pobre inocente!

JEAN. Desde luego soy pobre. Pero (*con sus dos manos juntas*) no soy tan inocente como para saber que debes corregir los errores que has cometido, si es que todavía es posible.

STONOR. Tú no estás lo suficientemente loca como para pensar que puedo corregir y volver atrás a algo de hace diez años y que acabó. ¡Por qué, es cruel, una locura!

JEAN. No. (*Cogiéndole del brazo*). Lo que hiciste hace diez años, eso sí que fue una locura. Esto de ahora es simplemente pagar una deuda.

STONOR. Mira Jean, creo que estás terriblemente agitada y cansada también y...

JEAN. No, no estoy cansada, aunque hoy he viajado mucho. Sé que te ríes de las conversiones repentinas. Crees que son histéricas, peor, vulgares. Pero la gente debe poder tenerla cuando pueda. Y Geoffrey, no quiero que veas la mía, sé que tu amor nunca podría significar fuerza. Solamente debilidad. Y tengo miedo. Tanto miedo que no me atreveré a darte la oportunidad de hacer que me odie a mi misma. Nunca nos veremos de nuevo.

STONOR. Estaba en lo cierto cuando tuve miedo de esa vena tuya de fanatismo, (*camina hacia la puerta*).

JEAN. Cierto que no podías errar si te vas ahora y piensas que lo bueno no volverá. (Él se gira). Incluso aunque yo pudiera cambiar mis sentimientos, no podría hacer que las cosas fueran diferentes. Sé que eso envenenaría mi vida hasta el final, y la tuya también.

STONOR. (*Con rabia contenida*) ¡Ella ha empleado muy bien su tiempo! (*Como un pensamiento de repente*) ¿En qué ha cambiado? ¿Ha tenido visiones?

JEAN. ¿Qué quieres decir?

STONOR. ¿Por qué está intrigando para agarrar a un hombre que, hace diez años, se negó a ver, o a mantener ningún tipo de comunicación con él?

JEAN. ¿Intrigando para agarrar? ¡Ni si quiera te ha mencionado!

STONOR. ¡Qué! ¿Entonces cómo demonios sabes lo que quiere? ¿Le has preguntado?

JEAN. (*Firme*) De eso no hay duda alguna.

STONOR. (*Con alivio*) ¡Eres una niña absurda y ridícula! Entonces todo esto es invención tuya. Bien, gracias a Dios. (*Se sienta en la silla más cercana y se seca el sudor de la cara con un pañuelo*).

JEAN. (*Perpleja, incómoda*) ¿Por qué le das las gracias a dios?

STONOR. (*Intentando pensar un plan de acción*) Supongo, que no voy a arriesgarlo, pero supongo (*mira a Jean y su cara de ternura. Se levanta*). Si me merezco sufrir o no da igual, tú no lo mereces. No llores querida. Nunca fue así. Tenía que esperar hasta estar seguro de que lo entenderías.

JEAN. *(Levanta los ojos*) Oh ¿es eso verdad? (*Controla su movimiento hacia él*) Amarte me ha abierto los ojos y ya no soñaré despierta. Si en algún momento llegué a pensar que por mi eras capaz de hacer esto…

STONOR. (*La agarra de los hombros y dice con voz ronca*) ¡Mira! ¿De verdad me pides que me olvide de la chica que amo y vaya a pedirle en matrimonio a una mujer que no me importa nada en absoluto?

JEAN. Una vez sí te importó. Y te importará de nuevo. Es bonita, brillante… lo tiene todo. Me he enterado de que puede ganarle a cualquier hombre en…

STONOR. (*Empuja a Jean*) ¡Te ha embrujado!

JEAN. Geoffrey, Geoffrey, no te vayas así. ¡Esto no ha terminado!

STONOR. (*Oscuro, meditando*) Supongo que si ella me rechaza… tú…

JEAN. Ella no te rechazará.

STONOR. Lo hizo una vez.

JEAN. Ella no rechazó casarse contigo.

Jean va hacia la puerta.

STONOR. (*La coge por el brazo*) ¡Espera! (*intentando ganar tiempo*) Lady John está esperando, todo este rato, a que le mande un mensaje.

JEAN. Eso no es urgente.

STONOR. Da igual, bajaré y mandaré el mensaje.

JEAN. (*Parada de repente*) Muy bien (*Se sienta*). Volverás si eres el hombre que dices ser. (*Rompe a llorar, los codos sobre la mesa, las manos sobre la cara*)

STONOR. (*Se da la vuelta, se inclina sobre ella, hace un gesto de cogerla en sus brazos*) Mi amor más querido…

Se abre la puerta y aparece Vida Levering. Se queda parada al ver a Stonor y entonces Stonor se da la vuelta al leve sonido. Su cara se oscurece, se queda de pie mirándola y con rabia y sin decir nada se va. Jean, escuchando que él sale cerrando la puerta, hunde su cabeza sobre la mesa en un sollozo. Vida Levering cruza la estancia y se queda de pie al lado de la chica.

SRTA. LEVERING. ¿Qué sucede?

JEAN. (*Levanta la cabeza, secándose los ojos*) He, he visto a Geoffrey.

SRTA. LEVERING. (*Intentando suavizar el tema*) ¿Es este el efecto que tiene ver a Geoffrey?

JEAN. Verá, yo ahora, ahora sé (*la señorita Levering mira sin entender*) cómo él (*baja la mirada*), cómo le arruinó la vida a alguien.

SRTA. LEVERING (*Rápida*) ¿Quién te lo ha contado?

JEAN. Varias personas.

SRTA. LEVERING. Buen, debería tener cuidado con lo que cree que le han contado.

JEAN. (*Apasionada)* Usted sabe que es verdad.

SRTA. LEVERING. Sé que es posible que estén equivocados.

JEAN. ¡Ya veo! Está intentando protegerle…

SRTA. LEVERING. ¿Por qué debería? ¿Qué tiene que ver conmigo?

JEAN. *(Con lágrimas*) Oh… oh... usted debe amarle.

SRTA. LEVERING. Escúcheme…

JEAN. (*Se levanta*) ¿Por qué lo niega? (*La señorita Levering, a punto de interrumpir, guarda silencio*) Geoffrey no… (*Jean lucha por controlar sus sentimientos, va hacia la ventana. Vida Levering renuncia a seguirla y se sienta a la izquierda. Jean vuelve lentamente hacia ella con la cabeza agachada y no la levanta hasta que está cerca de Levering. Entonces la cara de la chica cambia*) Oh no, ¡no ponga esa cara! ¡Se lo traerá de vuelta! (S*e cae de rodillas al suelo cerca de la silla*).

SRTA. LEVERING. Usted sería una insolente si no fuera porque es una romántica (*más suave*). No podrá traerle de vuelta.

JEAN. Sí, él…

SRTA. LEVERING. Pero hay algo que usted puede hacer…

JEAN. ¿Qué?

SRTA. LEVERING. Hacer que reconozca que está en deuda con nosotras.

JEAN. ¿En deuda con nosotras?

SRTA. LEVERING. En deuda con las mujeres. No puede reparar lo que robó pero…

JEAN. (*Hace un gesto de dolor y se levanta*) Sí, sí.

SRTA. LEVERING. (*Duramente*) No, él no puede rehacer el pasado. Pero sí el presente. Hay miles con la esperanza en sus corazones y la juventud en su sangre. Dejemos que las ayude. Dejemos que sea un amigo de las mujeres.

JEAN. (*Con entusiasmo*) Sí, sí, ya lo entiendo. ¡Perfecto!

Se abre la puerta. Stonor entra con Lady John y hace un gesto a las dos como diciendo, "veis".

JEAN. (*Ve a Stonor*) ¡Gracias!

LADY JOHN. (*Con un tono conciliador se dirige a Jean*) Bien, te escapaste de nosotros. Vida, creo que el Sr. Stonor quiere hablar con usted unos minutos (*mira el reloj*) pero me gustaría decirle algo antes y ya me voy. (*A Stonor*) ¿Cree que el coche… el chófer dijo algo de repostar?

STONOR. Ah ¿Sí? Voy a ver…

Mientras Stonor sale se encuentra con el mayordomo. Sale Stonor.

MAYORDOMO. El señor Trent ha llamado, señorita, para llevar a la señorita Levering al meeting.

JEAN. Lleve al señor Trent a mi salita. Le diré que usted no puede ir esta noche.

Sale el mayordomo, sale Jean.

LADY JOHN. (*Rápida*) Lo sé, querida, no sabes de lo que es capaz esta chica tan impulsiva.

SRTA. LEVERING. Sí, lo sé.

LADY JOHN. Pero seguramente no tiene su aprobación, lo que ella pretende.

SRTA. LEVERING. No tenía mi aprobación al principio, pero he estado pensándolo.

LADY JOHN. Bien, pues entonces tengo que decir que me siento muy decepcionada por usted. Usted dejó a este hombre hace años por las razones que fueran, y que a usted le parecieron convenientes y buenas razones. Y ahora usted se pone en medio de él y de esta jovencita, simplemente como venganza o al menos yo lo veo así.

SRTA. LEVERING. ¿Es esto lo que él le ha contado?

LADY JOHN. Él no dice nada que no sea justo y considerado.

SRTA. LEVERING. Veo que ha cambiado.

LADY JOHN. Y usted no ¿verdad?

SRTA. LEVERING. He cambiado más que él.

LADY JOHN. Pero… (*pena y asombro en su tono de voz*) … ¿él todavía le importa, Vida?

SRTA. LEVERING. No.

LADY JOHN. Ya veo. Simplemente quiere casarse, con quien sea.

SRTA. LEVERING. Oh, Lady John. No hay hombres que nos estén escuchando.

LADY JOHN. *(Sorprendida*) No, ya veo.

SRTA. LEVERING. Entonces ¿por qué mantener las apariencias?

LADY JOHN. ¿Qué apariencias?

SRTA. LEVERING. La de que casarse a toda costa en lo que más desea una mujer hasta que se muere. Usted y yo sabemos que no es cierto.

LADY JOHN. Bien, pero… ¡Oh! Era la imagen inesperada de traerle… Eso fue lo que la incitó esta tarde. (*Con un intento de comprensión*) Por supuesto. El recuerdo de algo así nunca muere, nunca se desvanece para una mujer.

SRTA. LEVERING. Eso es lo que quiero que ella piense.

LADY JOHN. (*Confusa*) ¡Jean! (*La señorita Levering asiente*)

LADY JOHN. Entonces ¿no es así?

SRTA. LEVERING. ¿Usted de verdad cree que una mujer con otras cosas en las que pensar está diez años absorta en un recuerdo así?

LADY JOHN. (*Asombrada*) ¡Entonces lo ha superado!

SRTA. LEVERING. Si los periódicos no me lo recordaran cada cierto tiempo ni me acordaría de que existe una persona llamada Geoffrey Stonor.

LADY JOHN. (*Con entusiasmo*) ¡Qué alegría!

SRTA. LEVERING. (*Sonríe triste*) Yo también me alegro.

LADY JOHN. Y si Geoffrey Stonor le propusiera… cómo llamarlo, una reparación, ¿la rechazaría?

SRTA. LEVERING. (*Sonríe con desprecio*) ¿Geoffrey Stonor? Para mi es simplemente un eslabón más en la cadena. Es cierto que pienso mucho en las mujeres que ahora son infelices, y que eso me recuerda a ese momento pasado de infelicidad mía. Pienso en las trabajadoras de Cradley Heath, las chicas de los suburbios, en el ejército de mujeres explotadas cuya existencia…

LADY JOHN. (*Interrumpe deprisa*) Entonces por qué quiere hacerle creer a la pobre Jean que…

SRTA. LEVERING. (*Se inclina hacia delante*) Mire, confío en usted, Lady John. No sufro por ese error del pasado como Jean

piensa, pero convertiré en oro su preocupación, por una causa más grande que la mía.

LADY JOHN. No la entiendo.

SRTA. LEVERING. Jean no es lo bastante mayor como para preocuparse por una persona más que por un principio. Pero si mi medio olvidado dolor puede convertir su generosidad en un bien común…

LADY JOHN. ¿Qué propone entonces?

SRTA. LEVERING. Usar a Geoffrey Stonor para que nos ayude.

LADY JOHN. ¿Ayudarla?

SRTA. LEVERING. El hombre que atendió a una mujer muy enferma, dios sabe a cuantas más, bien puede atender a miles de ellas. Geoffrey Stonor hará que su hijo y su nieto nunca puedan tratar a una mujer como él me trató a mí.

LADY JOHN. ¿Cómo hará eso?

SRTA. LEVERING. Acabando con la indefensión de las mujeres.

LADY JOHN. (*Irónica*) Quiere decir que él tiene poder…

SRTA. LEVERING. ¿Poder? Sí, los hombres tienen poder sobre las mujeres pobres y asustadas.

LADY JOHN. (*Impaciente)*¡Qué tontería! Habla como si las mujeres no tuvieran su parte de humanidad. No estamos más hechas de hielo que los hombres.

SRTA. LEVERING. No, pero tenemos más autocontrol.

LADY JOHN. ¿Más que los hombres?

SRTA. LEVERING. Usted sabe que sí.

LADY JOHN. (*Sagaz*) Pero no debemos admitirlo.

SRTA. LEVERING. ¡Tienen miedo y nos toman por sus peces!

LADY JOHN. (*Evasiva)* Ellos hablan de nuestra falta de autocontrol, y eso es lo último que ellos quieren que tengamos las mujeres.

SRTA. LEVERING. Oh, nosotras sabemos lo que ellos quieren que nosotras tengamos. Así que nos apresuramos a tenerlo. Y si no, nos vamos sin esperanza, algunas veces sin comida.

LADY JOHN. (*Sorprendida*) ¡Usted nunca lo amó!

SRTA. LEVERING. Oh, sí, una vez. Fue la incapacidad de tener lo más maravilloso de la vida, lo que convirtió nuestras vidas en una maldición.

LADY JOHN. No la entiendo.

SRTA. LEVERING. Oh ¡ser entendida! Eso es demasiado. Cuando todo el mundo sepa que me he unido a la Asociación…

LADY JOHN. Pero usted no…

SRTA. LEVERING. …. Quién va a resistirse a la tentación de decir "pobre Vida Levering, qué pena que ella no tenga un marido y un bebé para quedarse calladita". Los pocos que me conocen, también estarán seguros de que no he conseguido realizarme, mi pobre historia es responsable de mi nueva marcha. (*Se inclina y mira fijamente a Lady John*) Mi querida amiga, ella será consciente de todo, de que es un sentimiento de pérdida, o algo peor, un rencor. La única diferencia entre mí y las miles de mujeres con esposos y niños es que yo soy libre de decir lo que pienso. Ellas no.

LADY JOHN. (*Se levanta y mira el reloj*) Debo volver, tengo abandonados a mis invitados.

SRTA. LEVERING. (*Se levanta*) Imagino que abajo se encontrará al señor Stonor esperándola.

LADY JOHN. (*Avergonzada*) Oh, él le iba a decir algo al chófer…

La señorita Levering ha abierto la puerta. Allen Trent está a punto de decir adiós a Jean en la entrada.

SRTA. LEVERING. Bueno, señor Trent, no creo que nos vayamos a ver esta noche.

TRENT. ¿Por qué no? ¿Le he fallado alguna vez?

SRTA. LEVERING. Lady John, este caballero es uno de nuestros aliados. Es lo suficientemente bueno como para protegerme de la multitud.

LADY JOHN. Bien, es muy amable por su parte, además teniendo en cuenta todo lo que dijo hoy sobre los hombres *(se dan la mano*).

TRENT. Yo tampoco tengo una gran opinión sobre los hombres. Debo añadir que tampoco de la mayoría de las mujeres.

LADY JOHN. ¡Oh! Bueno, en cualquier caso me quedo más tranquila al pensar que el discurso directo de la señorita Levering no ha eliminado toda la perspectiva masculina.

TRENT. ¿Por qué debería?

LADY JOHN. ¡Tiene usted razón! No crea todo lo que ella dice en el calor de la propaganda.

TRENT. Yo creo todo lo que ella dice. Pero no estoy apartado.

LADY JOHN. (*Sonríe*) Ni cuando ella dice…

TRENT. (*Interrumpe*) ¿Nunca hubo un misógino que acabó decidiendo que podía hacer una excepción?

LADY JOHN. (*Sonríe profusa*) ¿Es eso en lo que usted se basa?

TRENT. Bien, ¿De igual manera, por qué no debería haber alguien de odia a los hombres demostrar que acepta razonar?

SRTA. LEVERING. Esa parte de la pregunta no me concierne. Vengo de un lugar en el que me doy cuenta de que las primeras batallas de esta nueva lucha deben librarse por mujeres únicamente. La única ayuda que pueden darnos los hombres, que es la enmienda a la ley, no quieren. El resto es para nada.

LADY JOHN. Vida, no sea desagradecida. El señor Trent está listo para enfrentarse a la crítica en público al apoyarla.

SRTA. LEVERING. Me hace ilusión que yo, como persona, necesite al señor Trent. Estoy a salvo en la multitud. Por favor no me espere y no venga a recogerme de nuevo.

TRENT. (*Sonrojado*) Por supuesto, si usted…

SRTA. LEVERING. Y esto me recuerda que me pidieron que le diera las gracias, y le dijera que ellas, las mujeres de la Asociación, no necesitarán más a un moderador de mesa, aunque, le ruego que me crea, esto no tiene que ver con ningún sentimiento por mi parte.

TRENT. (*Herido*) Por supuesto, seguro que hay otros hombres preparados, más conocidos que yo…

SRTA. LEVERING. No es eso. Es simplemente que se han dado cuenta de que un hombre no sabe mantener el orden tan bien como una mujer. (Él se queda mirando)

LADY JOHN. ¿Lo dice en serio?

SRTA. LEVERING. (*A Trent*) ¿No se ha dado cuenta de que los peores tumultos suceden cuando los hombres están a cargo?

TRENT. Bueno, (*ríe un tanto triste mientras se aleja hacia la puerta*). No veo la relación entre las dos cosas. Adiós.

SRTA. LEVERING. Adiós.

Jean le acompaña a la escalera.

LADY JOHN. (*Cuando Trent desaparece*) Ese chico está enamorado de usted. (*Levering la mira*) Adiós. (*Se dan la mano*) ¡Ojala no hubiera sido usted tan desagradable con ese pobre chico!

SRTA. LEVERING. ¿En serio?

LADY JOHN. Sí, me gustaría estar más segura de que le dirá a Geoffrey que las mujeres inteligentes no alimentan sus errores ni esperan castigarlos.

SRTA. LEVERING. ¿No está segura?

LADY JOHN. (*Se acerca a Vida*) ¿Lo está usted?

Levering mira al suelo, callada, sin moverse. Lady John, mira nerviosa el reloj, y en un gesto de profunda perturbación sale deprisa. Vida cierra la puerta. Vuelve al centro. Se sienta y se cubre la cara con las manos. Se levanta y empieza a caminar de un lado para otro. Intenta controlar su agitación. Entra Geoffrey Stonor.

SRTA. LEVERING. Bueno, ¿te han preparado? ¿Vienes con la lección aprendida por fin? (*ríe a carcajadas*)

STONOR. (*Mirándola a distancia*) No estoy seguro de entenderte. (*Pausa*). Aunque tu tono no sea el apropiado, yo no soy el chico de los recados. (*Pausa, el silencio de ella le irrita*). He prometido ofrecerte lo que creo que se llama "reparación".

SRTA. LEVERING. (*Rápida*) Después de todos estos años te has dado cuenta de que ¿me debes algo?

STONOR. (*A punto de protestar, se controla*) No estoy aquí para negarlo.

SRTA. LEVERING. (*Firme*) Paga, entonces paga.

STONOR. (*Un momento de tensión, él con los labios sellados, la mira. Hierático*) Eso es lo que he prometido y eso es lo que voy a hacer.

SRTA. LEVERING. ¡Ah! Y si insisto en que lo hagas todo bien (*en voz bajita*) entonces ¿no sabes que debes pagarme en especie?

STONOR. ¿Qué quieres decir?

SRTA. LEVERING. Devuélveme lo que me quitaste: mi fe. Dame eso.

STONOR. Oh, si te refieres a decirte frases… (*impaciente*)

SRTA. LEVERING. (*Se acerca*) O devuélveme la amabilidad, la tolerancia. Oh, no me refiero a tu tolerancia. Devuélveme la capacidad de poder pensar con justicia sobre mis hermanos, y no como burletas y ladrones.

STONOR. No me he burlado de ti. Y te he preguntado si…

SRTA. LEVERING. ¡Algo nuevo que sabías que rechazaría! O (*le brillan los ojos*) ¿Te daba miedo que no lo hiciera?

STONOR. Supongo, si nos molesta mucho, podemos…

SRTA. LEVERING. No podría, incluso aunque no me molestara. Y no sueñes con pedírmelo, siquiera con pensar que había la menor de las posibilidades.

STONOR. No puedo hacer más que ofrecerte una reparación que esté en mis manos. Si no la aceptas pues entonces… (*con cara de hemos terminado*)

SRTA. LEVERING. ¿Aceptarla? ¡No! ¡Vete y vive en deuda! Paga y paga y paga y todavía seguirás en deuda. Nunca podrás devolvérmelo. (*Más bajito*) Y cuando te vayas a morir pensarás: "pagué todas mis deudas excepto una".

STONOR. Estoy bastante cansado, sabes, de esta charla de la deuda. Si escucho que sigues con este tema yo…

SRTA. LEVERING. ¿Qué?

STONOR. No. Mantendré mi resolución (*se gira hacia la puerta*).

SRTA. LEVERING. (*Le intercepta*) ¿Qué resolución?

STONOR. Vine aquí, bajo una gran presión, para hablar del futuro, no para abrir el pasado.

SRTA. LEVERING. El futuro y el pasado son uno.

STONOR. Hablas como si esa vieja locura fuera solamente mía. Es como piensan las mujeres.

SRTA. LEVERING. Lo sé. Y no es justo. Los hombres sufren igual que las mujeres. Estamos acostumbradas a pensar que el hombre es una especie de semi-dios. Si él le dice a ella: "ve al infierno", al infierno se va.

STONOR. No te equivoques. No solamente la mujer. Se van juntos al infierno.

SRTA. LEVERING. Sí, se van juntos pero el hombre vuelve de nuevo solo. Como una norma. Es más conveniente para él. Y para la otra mujer… (*los ojos de los dos se dirigen a la puerta*)

STONOR. (*Enfadado*) Tengo la conciencia tranquila. Sé, y también lo sabes tú, que muchos hombres en mi situación no se habrían complicado la vida. Yo sufrí muchísimo.

SRTA. LEVERING. (*Asombrada*) Así que has vivido todos estos años sintiendo que cumpliste con tu obligación.

STONOR. No solo eso. Permanecí a tu lado con una fidelidad quijotesca. Si, como hacen las mujeres, remueves pasado, insisto en que lo hagas correctamente.

SRTA. LEVERING. (*Muy bajito*) ¿Crees que no lo recuerdo bien?

STONOR. No cuando haces creer a otras personas que yo te abandoné. (*Rabia contenida*) Es una carga bastante pesada cuando lo piensas. (*Se controla, con un gesto de impaciencia*).

SRTA. LEVERING. Bien, cuando lo hacemos, cinco minutos en cinco años, cuando nos paramos para pensarlo…

STONOR. Recordemos que fuiste tú la que se largó. Ya que has aireado la historia, podrías al menos ser justa al contar los hechos.

SRTA. LEVERING. Crees que los hechos te excusarán. (*Se sienta*).

STONOR. No hay duda de que los has olvidado puesto que Lady John me ha dicho que no recordarías mi existencia ni una vez al año de no ser por los periódicos.

SRTA. LEVERING. ¡Ah, te importa!

STONOR. (*Varonil*) Lo que me importa es que des falsas impresiones. (*Ella está a punto de hablar pero él se acerca*) ¿Niegas que me devolvieras sin abrir las cartas que te mandé?

SRTA. LEVERING. (*Tranquila*) No.

STONOR. ¿Niegas que no quisieras verme y cuando yo insistí desapareciste?

SRTA. LEVERING. No niego nada de eso.

STONOR. Porque no he tenido noticias tuyas todos estos años.

SRTA. LEVERING. Imagino que no.

STONOR. Muy bien, entonces ¿qué puedo hacer?

SRTA. LEVERING. Nada. Era muy tarde para hacer nada.

STONOR. ¡No era tarde! Tú sabías, leíste la prensa, que mi padre murió ese mismo año. Ya no había barreras entre nosotros.

SRTA. LEVERING. Oh, sí, había una barrera.

STONOR. La que tú te hiciste entonces.

SRTA. LEVERING. Yo tenía parte de culpa, pero la barrera (*le tiembla la voz*) era cosa tuya.

STONOR. No era cosa mía… si hubieras conocido a mi padre…

SRTA. LEVERING. ¡Oh, ya empezamos! ¿Cuantas veces vas a decirme "si hubieras conocido a mi padre"? Pero tú dijiste, (*más bajito*) tú llamaste al gran muro de otra manera.

STONOR. ¿Cómo?

SRTA. LEVERING. (*Muy bajito*) El bebé que estaba por llegar.

STONOR. (*Apresurado*) Eso fue antes de que muriera mi padre. Yo espera que nos diera su consentimiento.

SRTA. LEVERING. (*Mueve la cabeza negando*) ¡Cómo solía aterrorizarme ese personaje todo poderoso! Qué oportunidad tenía un nonato frente al "último de los grandes lords" como solías llamarlo.

STONOR. Sabes que el niño se habría interpuesto entre tú y yo.

SRTA. LEVERING. Sé que el niño se interpuso entre los dos.

STONOR. (*Con cierta ansiedad*) Se interpuso…

SRTA. LEVERING. Las madres felices enseñan a sus hijos. El mío me enseñó a mi.

STONOR. Hablas como si…

SRTA. LEVERING. …me enseñó que una mujer puede hacer cualquier cosa por amor, incluso matar ese amor.

Silencio.

STONOR. (*Temeroso de entenderlo todo, se levanta como dando por terminada la conversación*) Desde luego me dejaste claro que no quedaba nada de tu amor por mi.

SRTA. LEVERING. Lo usé todo para el bebé.

STONOR. (*Mira fijamente, se acerca, habla deprisa y muy lento*) ¿Quieres decir que después de… todo… vivió?

SRTA. LEVERING. No. Quiero decir que fue sacrificado. Pero me enseñó que no hay barrera infranqueable que no pueda derribar un bebé.

STONOR. (*Iluminado*) ¿Fue por eso por lo que… tú, por qué?

SRTA. LEVERING. (*Sin poder hablar un momento, mueve la cabeza*) Día y noche, ¡allí estaba! Entre mis pensamientos sobre nosotros. (Él se sienta de nuevo, *mirándola*) En mis momentos más infelices me despertaba y creía escuchar un llanto. Era mi propio llanto, pero parecía como si lo estuviera meciendo en mis brazos. Supongo que me volví loca. Solía acostarme en esa granja solitaria queriendo hacerle callar. Pero era a mí a la que yo no quería escuchar.

STONOR. Yo nunca supe…

SRTA. LEVERING. No te culpé por ello. No podías arriesgarte a estar conmigo.

STONOR. Estuviste de acuerdo en que por el bien de los dos…

SRTA. LEVERING. Sí, tú tenías que ser muy cauteloso. Eras muy conocido. Tu padre autoritario, tu brillante futuro político…

STONOR. Sé justa. Nuestro futuro… o al menos yo lo veía así.

SRTA. LEVERING. Sí, todo pendiente de un secreto. Seguro que le parecí demasiado simple. Nunca supiste del fantasma de un bebé que nunca vio la luz, el elemento más frágil que quería barrer y olvidar, y que de hecho barriste y olvidaste. No sabías que bastaba con que me alejaras de tu vida (*Más bajito con intensidad añadida*). Soy capaz de más. (*Stonor cambia de cara*) Todavía es posible.

STONOR. ¿Me estás amenazando?

SRTA. LEVERING. No, te estoy preparando.

STONOR. ¿Para qué?

SRTA. LEVERING. Para la tarea que queda por hacer. Con tu ayuda o con la de esa chica. (*Stonor levanta la mirada*). Uno de los dos. Su vida, todo lo que tiene, con esta nueva tarea, o te la dejo para ti.

STONOR. Ya veo, un precio. ¿Y bien?

SRTA. LEVERING. (*Mira la cara de él buscando, duda y sacude la cabeza*) Incluso si pudiera confiar en que vas a pagar, no, sería muy barato dejarla a cambio de lo que pudieras hacer.

STONOR. (*Se levanta*) A pesar de lo que piensas, ella no es tu muñeco de juguete.

SRTA. LEVERING. ¡Tienes mucho miedo de que ella lo sea! Pero estás equivocado. No creas que controlo solamente a Jean Dunbarton.

STONOR. (*Enfadado*) ¿A quién más?

SRTA. LEVERING. EL Nuevo Espíritu que está fuera. (*Stonor se aleja con una exclamación y empieza a dar vueltas, como un centinela, y se para delante de la puerta*). ¿Quién más que esa chica sin experiencia ha sentido la nueva lealtad y ha respondido a ella como ha hecho?

STONOR. (*Sin aliento*) "Nueva", claro, y leal.

SRTA. LEVERING. Leal sobre todo. Pero nada nuevo que no haya visto antes. Ha sido así desde que el mundo es mundo. Ella tiene por lo que tú luchas.

STONOR. (*Su voz baja hasta el registro más bajo*) Lo único por lo que estoy luchando es por una persona con mucha imagi-

nación. Accedí a hablar contigo con la esperanza de… (*con gesto de impotencia*). Solamente me queda mostrarle que tu verdadero motivo es la venganza.

SRTA. LEVERING. ¡En cuanto se lo digas estarás perdido! (*Stonor no se mueve, su aspecto es el de un hombre que ve cómo la felicidad se disipa*). Sé lo que temen los hombres. Parece que a través del miedo llega la iluminación. Es por ello por lo que otorgo gran valor a Jean Dumbarton más allá de su fortuna. (*Stonor levanta la mirada sin ganas y la fija en la cara de Vida*). Más que cualquier chica que conozco, si la mantengo alejada de ti, esa criatura gentil e inflexible podría provocar en los hombres el viejo temor medio superstición que…

STONOR. ¿Temor? Creo que estás loca.

SRTA. LEVERING. Loca, asexuada. Estos son los adjetivos de hoy. En la Edad Media los hombres gritaban "bruja" y las quemaban, a las que no servían a los hombres en la cama ni en el poder.

STONOR. Quieres hacer que esa pobre chica se crea que…

SRTA. LEVERING. Ella ve por sí misma que hemos llegado a un punto en el que tenemos que mirar por nosotras. Vosotros nos enseñáis que no debemos pediros aquello que necesitamos más. Si las mujeres tienen que ser liberadas por mujeres… (*mira hacia la puerta*) entonces ¿Quién sabe? A lo mejor ella es la nueva Juan de Arco.

STONOR. (*Espantado*) ¡Entonces ella es el sacrificio!

SRTA. LEVERING. Vosotros nos habéis enseñado a tomarnos con calma el sacrificio de las mujeres. Los hombres nos han dicho en cada idioma que es un "mal necesario". (*Stonor permanece clavado en el suelo, mirando al fondo*) La felicidad de una chica comparada con la felicidad de miles ¿quién podría dudarlo? Jean no.

STONOR. ¡Bien! ¡Bien! No puedes ver que esta campaña loca que has empezado con ella, incluso aunque tenga éxito ¿solamente lo tendrá con la ayuda de los hombres? ¿Qué excusa tienes para no ir directamente al objetivo?

SRTA. LEVERING. ¿Crees que no me gustaría ir directamente al objetivo?

STONOR. Lo creo. Estás más interesada en castigarme y ver como ella se convierte en un sacrificio.

SRTA. LEVERING. Dices que quiero castigarte solamente porque, como la mayoría de los hombres, no os molestáis en entender lo que queremos o si estamos decididas a conseguirlo. No puedes matar este nuevo espíritu entre las mujeres (*acercándose*) y no cometas el gran error de considerarnos excepcionales o infelices. Es tan extraño, Geoffrey, ver a un hombre como tú tan engañado como los haraganes de Hyde Park que increpan a Ernestine Blunt preguntándole "¿Quién ha herido tus sentimientos?" (*Acercándose más*) ¿Por qué no te das cuenta de que hay algo más profundo que la experiencia personal? (*Bajando la voz y mirando hacia la puerta*). Y si solamente tienes en cuenta el lado personal, hay mucho que depende de ti y de lo que nos pondremos de acuerdo en los próximos cinco minutos.

STONOR. (*Alejándola de la puerta)* Me recomiendas fijarme en los grandes objetivos. Pero en tu ambición de atar a esa chica a las ruedas del "progreso", te olvidas del hecho de que la gente apropiada para ello, los hombres a los que colocas al final de la lista, están listos esperando para dar el salto.

SRTA. LEVERING. ¡Los hombres están listos! ¿Qué hombres?

STONOR. (*Evitando mirarla, eligiendo las palabras*) Las mujeres tienen la culpa de que la situación se haya vuelto tan delicada que la gente responsable se ha frenado, por el momento, de verse implicada en este tema.

SRTA. LEVERING. Ya hemos visto la frenada.

STONOR. Sin citar a nadie, quiero señalar que el nuevo antagonismo te ha cegado y no puedes ver el hecho de que yo, en particular, no soy tu oponente.

SRTA. LEVERING. Esa frase me suena. La hemos escuchado muchas veces.

STONOR. Me refería, si me lo permites, a una persona con la que se puede contar. Alguien que puede arrastrar al partido, o incluso acabar ocupando un puesto en el gobierno.

SRTA. LEVERING. (*Rápida*) ¿Quieres decir que tú estás listo?

STONOR. Lo estaba hace una hora.

SRTA. LEVERING. ¡Ah! Hace una hora.

STONOR. Exacto. No entiendes a los hombres. Pueden ser guiados pero no conducidos. Diez minutos antes de que entraras por esa puerta estaba listo para decirte que iba a usar todo mi resorte político para apoyar esta reforma.

SRTA. LEVERING. ¿Y ahora?

STONOR. Ahora me has bloqueado por culpa de tu intento de chantaje. Forzando mi mano le das a mi apoyo un aire de compraventa, buscando el fin personal. Exactamente el mismo error de las agitadoras de la Asociación como tú la llamas. Tienes mucho que aprender. Este movimiento seguirá adelante, no por la agitación sino a pesar de ella. Hay hombres en el Parlamento que han estado trabajando activamente en la reforma… tan activamente como para un cambio constitucional…

SRTA. LEVERING. (*Sonríe cansada*) Y ellos todavía no lo han conseguido porque…

STONOR. Porque habría sido premiar el comportamiento no apropiado (*saca un papel arrugado del bolsillo*) ¡Mira!

SRTA. LEVERING. (*Se enciende con excitación mientras él lee el telegrama*) Está todo muy bien. Veo solamente una objeción.

STONOR. ¿Objeción?

SRTA. LEVERING. No lo has mandado.

STONOR. Eso es culpa tuya.

SRTA. LEVERING. ¿Cuándo lo escribiste?

STONOR. Justo antes de que entraras, cuando… (*mira a la puerta*).

SRTA LEVERING. Seguro que le ha gustado mucho a Jean, el mensaje. (*Le devuelve el papel. Stonor asombrado ante la actitud ligera de ella, y recordando que Jean no se lo tomó igual cuando lo leyó. Se deja caer en una silla y hunde la cabeza en las manos*). Podría llegar a un trato rápido contigo, pero creo que no lo haré. Si los dos queremos y tu ambición te mete prisa quizá… (*ella mira a la figura floja y sin esperanza que ha envejecido de pronto; se acerca a él*). Después de todo, la vida no ha sido demasiado justa para ti. (Él levanta los ojos). Te rindes de los sueños de una mujer apasionada a los sueños de otra.

STONOR. Puedes quizá decirme… ¿Qué quieres decir?

SRTA. LEVERING. ¿Manteneros separados a los dos? No.

STONOR. (*Por primera vez llora. Después de un momento ofrece su mano*) ¿Qué puedo hacer por ti? (*Vida sacude la cabeza, no habla*) Por tu yo de verdad. No por la Vida reformista, o la política, por la mujer a la que hice daño sin querer (*ella se aleja, luchando por contener sus sentimientos, él posa su mano en el brazo de ella*). Quizá no te lo creas pero ahora lo entiendo todo. No hay nada que yo pueda hacer para reparar el daño.

SRTA. LEVERING. No se puede hacer nada. No puedes devolverme a mi bebé.

STONOR. (*Ante la angustia de la cara de Vida, la suya también cambia*) ¿Ese fantasma no te dejará descansar?

SRTA. LEVERING. Oh, sí. Veo que la vida merece la pena. Hay mucho trabajo que hacer.

STONOR. (*La para antes de llegar a la puerta*) ¿Por qué solamente crees que eres tú la que en estos diez años ha aprendido algo? ¿Por qué no darle a un hombre la oportunidad de que ha aprendido algo, a sentir pena, profundo dolor, por las consecuencias que tuvieron sus acciones? Parece que crees que yo me lo he tomado todo a la ligera. No es justo. Toda mi vida, desde que desapareciste, el solo pensar en ti me ha dolido mucho. Daría todo lo que tengo si supiera que eres feliz de nuevo.

SRTA. LEVERING. ¡Oh la felicidad!

STONOR. (*Con interés*) ¿Por qué no podrías encontrarla de nuevo?

SRTA. LEVERING. (*Mira fijamente un instante*) ¡Ya veo! No pudo evitar hablarte de Allen Trent, Lady John, ¿verdad?

STONOR. Eres una de las pocas personas a las que no se le nota el paso del tiempo. Es más, estás incluso más… que nunca. No has perdido tu belleza.

SRTA. LEVERING. Los dioses dicen que era tan poco efectiva que no merecía la pena llevársela. (*Se queda de pie mirando al vacío*) ¿Un accidente femenino? ¿Qué es? Algo tan trivial para el mundo como sórdido para la mayoría. Pero ha llegado el momento en el que una mujer pueda mirarse al espejo y decir: ¿Qué importancia tiene mi dolor secreto? ¿Forma parte de algo? Y en-

tonces entiendo que sí. Ya no soy simplemente una mujer que ha se ha tropezado por el camino. *(Con dificultad controla el temblor de su voz*) Soy una mujer que se ha golpeado, ha sangrado y se ha quitado el polvo de las manos y las lágrimas de la cara, no se ha dicho a sí misma "aquí hay una mujer sin suerte" sino que afirmará "aquí hay una roca que se ha tropezado con muchas. Veamos si podemos moverlas del camino de otra mujer". Y entonces ella llamará a la gente y vendrán a ayudarla. Ningún hombre dejará que una mujer, por si sola, se encargue de mover la roca de la ofensa. Sino que (*con una llama de entusiasmo*), si muchos ayudan, Geoffrey, todo es posible.

STONOR. (*La mira con asombro y pena*) ¡Dios! ¡Te importa de verdad!

SRTA. LEVERING. (*Conmovida por la cara de él*) No estés triste. ¿Te cuento un secreto? Los sueños apasionados de Jean no tienen que darte miedo, si tuviera un bebé. Eso, desde el comienzo, no es la fortaleza sino la mayor de las debilidades, los pequeños bracitos que someten lo más fiero de nosotros. (*Stonor acerca su mano a ella. Ella no la toma, pero habla con gran amabilidad*) Tendrás otros niños, Geoffrey, para mí solamente hubo uno. Bueno, bueno, (*se seca las lágrimas de la cara*) ya que los hombres ha intentado y han fracasado en la tarea de crean un mundo decente para que los niños puedan vivir en él, por eso algunas de nosotras no tenemos hijos. (*Con calma recoge su sombrero y gabán*) Sí, somos las que no tenemos excusa para estar alejadas de la lucha.

STONOR. ¡Vida!

SRTA. LEVERING. ¿Qué?

STONOR. Has olvidado algo (*ella se gira y* él está firmando el papel). Esto…

Ella sale tranquila con la "dinamita política" en sus manos.

Telón

Fin